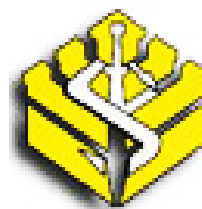




**UNIVERSIDAD DE CARABOBO
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA SALUD
DIRECCIÓN DE ESTUDIOS DE POSTGRADO
DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES
MENCIÓN ESTUDIOS CULTURALES**



**UNA HERMENÉUTICA DEL FÚTBOL COMO FENÓMENO
DE LA CULTURA**

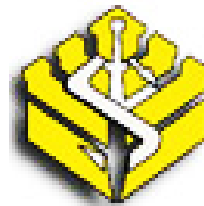
Autor:

Lcdo. Jhonny J. Castillo M.

Bárbula, Octubre de 2015



**UNIVERSIDAD DE CARABOBO
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA SALUD
DIRECCIÓN DE ESTUDIOS DE POSTGRADO
DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES
MENCIÓN ESTUDIOS CULTURALES**



UNA HERMENÉUTICA DEL FÚTBOL COMO FENÓMENO DE LA CULTURA

Autor:

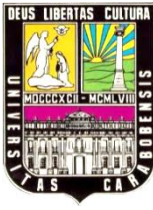
Lcdo. Jhonny J. Castillo M.

Tutor:

Doctor Jesús Puerta

Trabajo de grado presentado ante la Universidad de Carabobo para optar al Título de Doctor
en Ciencias Sociales Mención Estudios Culturales

Bárbula, Octubre de 2015



**UNIVERSIDAD DE CARABOBO
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA SALUD
DIRECCIÓN DE ESTUDIOS DE POSTGRADO
DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES
MENCIÓN ESTUDIOS CULTURALES**



CONSTANCIA DE APROBACION DEL TUTOR

**UNA HERMENÉUTICA DEL FÚTBOL COMO FENÓMENO DE
LA CULTURA**

Acepto la Tutoría del presente trabajo según las condiciones del Área de Estudios de Postgrado de la Facultad de la Salud del Doctorado en Ciencias Sociales Mención Estudios Culturales de la Universidad de Carabobo.

En Bárbula a los ____ del mes de _____ del año dos mil trece.

Firma: _____

**Dr. Jesús Puerta
C.I.: 4.261. 989**



**UNIVERSIDAD DE CARABOBO
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA SALUD
DIRECCIÓN DE ESTUDIOS DE POSTGRADO
DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES
MENCIÓN ESTUDIOS CULTURALES**



AUTORIZACION DEL TUTOR

Dando cumplimiento a lo establecido en el Reglamento de Estudios de Postgrado de la Facultad de Ciencias de la Salud del Doctorado en Ciencias Sociales Mención Estudios Culturales de la Universidad de Carabobo en su artículo 133, quien suscribe Dr. Jesús Puerta **C.I.: 4.261.989** en mi carácter de Tutor del Trabajo **UNA HERMENÉUTICA DEL FÚTBOL COMO FENÓMENO DE LA CULTURA** presentado por el ciudadano Jhonny J. Castillo M., cédula de identidad N° V- **9.551.250**, para optar al título de Doctor en Ciencias Sociales Mención Estudios Culturales, hago constar que dicho trabajo reúne los requisitos y méritos suficientes para ser sometido a la presentación pública y evaluación por parte del jurado examinador que se le designe.

En Bárbula a los ____ del mes de _____ del año dos mil trece.

Firma: _____



UNIVERSIDAD DE CARABOBO
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA SALUD
DIRECCIÓN DE ESTUDIOS DE POSTGRADO
DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES
MENCIÓN ESTUDIOS CULTURALES



VEREDICTO

Nosotros, miembros del Jurado designado para la evaluación del Trabajo de Grado titulado: **UNA HERMENÉUTICA DEL FÚTBOL COMO FENÓMENO DE LA CULTURA** presentado por el ciudadano Jhonny J. Castillo M., titular de la cédula de identidad N° 9.551.250, para optar al título de **Doctor en Ciencias Sociales Mención Estudios Culturales** estimamos que el mismo reúne los requisitos para ser considerado como: **APROBADO**

Bárbula, Octubre de 2015.

Nombre y Apellido	C.I. N°	Firma del Jurado
<i>Dalia Conea</i>	<i>5.382.724</i>	<i>Dalia Conea</i>
<i>Sherline Quisno</i>	<i>7550450</i>	<i>Sherline Quisno</i>
<i>Vanessa</i>	<i>3301580</i>	<i>Vanessa</i>

DEDICATORIA

A mi madre amada, María Eugenia Mendoza de Castillo, que un día cualquiera se le ocurrió una idea genial: cambiar la frialdad de la academia y los libros por casi nada, es decir: la humildad, la solidaridad, el amor y la más profunda ternura.

A todos mis hermanos, compañeros eternos. Pero sobre todo a Basil, mi alter ego, ese volcán de alegría que partió tan rápido, pero tan rápido, que no me dio tiempo a que le expresara cuanto lo quiero.

Y a Peggy, el más grande amor. Quien me dejó partir en el momento cuando más necesitaba quedarme. A ella, mujer que sin proponérselo me enseñó que el dolor, la angustia y la soledad parecen ser eternas... pero el valor y las ganas de existir también.

AGRADECIMIENTOS

Al viejo Enrique que me iluminó el camino del fútbol.

A mi tutor Jesús Puerta, que se atrevió a creer que el fútbol es cosa “seria”.

A Mitzy Flores, siempre dispuesta a cualquier ayuda y a cualquier recomendación.

Al camarada Octavio Beaumont Contreras, entusiasta orientador

Y a Orlando Vargas, compañero de balones y de infancias, a quien nunca jamás podré retribuirle tanta amistad y tanto apoyo.

INDICE

	Pág.
CAPÍTULO I	
FÚTBOL HERMENÉUTICA Y FENOMENOLOGÍA.....	1
Lectura multidisciplinaria.....	9
Hermenéutica y fenomenología.....	19
Paul Ricoeur y lo Simbólico.....	31
CAPÍTULO II	
LA HISTORIA DEL FÚTBOL.....	33
Un grito de gol.....	36
El Popol Vuh y la pelota.....	38
El fútbol llegó a América en barcos ingleses.....	40
El fútbol en Venezuela.....	43
CAPÍTULO III	
LA SOCIOLOGÍA DEL FÚTBOL.....	45
Microsociedad imperfecta.....	48
Pasión de Masas.....	50
Ver a pelé, bien vale una tregua.....	54
Tarjeta roja para el árbitro.....	55
Catástrofe histórica en Lima.....	56

La guerra entre El Salvador y Honduras.....	57
Tragedia de Heysel.....	59
Jugando con la muerte.....	61
¿El opio de los pueblos?.....	63
Las Malvinas y Maradona.....	67
El paraíso de los Hooligans.....	70

CAPÍTULO IV

LA LITERATURA DEL FÚTBOL.....	76
La Odisea.....	81
La Eneida.....	83
De las carreras a otros deportes.....	84
Popol Vuh.....	87
La dinámica de lo impensado.....	91
Borges y Gabo se pasan la pelota.....	99
Gabo.....	100
El fútbol a sol y sombra.....	105
Gol de Maradona.....	107
Adios Maracaná.....	108
Del cuento a la novela.....	111

CAPÍTULO V

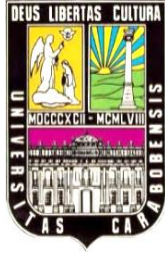
EL ARTE DEL FÚTBOL.....	119
¿Por qué es un arte?.....	125
Belleza.....	130
Representación de la realidad.....	134
Creación de formas.....	135
La expresión.....	137
Choque en el espectador.....	138

CAPÍTULO VI

LA FILOSOFÍA DEL FÚTBOL.....	141
Una experiencia lúcida.....	144
Semiología del fútbol.....	147
Riqueza simbólica.....	151
Nada más que un juego.....	154
El tiempo y la angustia.....	158

CONCLUSIONES.....	165
-------------------	-----

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	168
---------------------------------	-----



**UNIVERSIDAD DE CARABOBO
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA SALUD
DIRECCIÓN DE ESTUDIOS DE POSTGRADO**



UNA HERMENÉUTICA DEL FÚTBOL COMO FENÓMENO DE LA CULTURA

Autor: Jhonny J. Castillo M.

Tutor: Dr. Jesús Puerta

Fecha: Octubre 2015

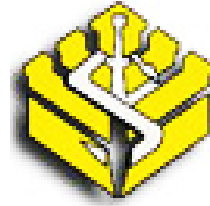
RESUMEN

Este trabajo titulado: Una hermenéutica del fútbol como fenómeno de la cultura, es una reflexión seria y originalísima entorno a un fenómeno de gran trascendencia social, simbólica, y, sobre todo, mediática, que visto desde ese estadio, es abordado aquí, no de forma simplista y reduccionista, como lamentablemente lo ha hecho la academia, sino más bien desde una perspectiva multidisciplinaria y dialógica que intenta religar todas las ramificaciones de una telaraña que merece ser resuelta con acuciosidad y sin prejuicios. Con esta investigación pretendemos una hermenéutica del fútbol, es decir una interpretación, una comprensión y una valoración fenomenológica del hito deportivo más importante del siglo XX. Más que demostrar la trascendencia del balompié, lo que hacemos es develar las perplejidades del fútbol y su interesante relación con la sociología, la literatura, el arte, la filosofía y otros aspectos fundamentales de la historia del hombre y la cotidianidad cultural que refleja ciertas apariencias en el claroscuro de los medios de comunicación.

Palabras claves. Hermenéutica, fútbol, cultura, semiótica, fenomenología y deporte.



**UNIVERSIDAD DE CARABOBO
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA SALUD
DIRECCIÓN DE ESTUDIOS DE POSTGRADO**



A HERMENEUTIC REFLEXION ON SPORTS

Author: Jhonny J. Castillo M.

Tutor: Dr. Jesús Puerta

Date: Octubre 2015

SUMMARY

This assignment name: Hermeneutics of football as a cultural phenomenon, it is a reflection serious and creative about a big social phenomenon, specially media, it is developed here of arduous and comprehensively way, as hasn't unfortunately made the academy, but rather from a multidisciplinary perspective and dialogic trying mix all the ramifications that should be resolved with diligence and without prejudice. With this research we want a hermeneutics of football that is an interpretation, a compression and a phenomenological assessment of the twentieth century's most important sporting landmark. Rather than demonstrate the importance of football, what we do we are reveal the perplexities of football and interesting relationship with sociology, literature, art, philosophy and other fundamental aspects of human history and cultural everyday life that reflects certain appearances in the chiaroscuro of the media.

Keywords: Hermeneutics, football, culture, semiotics, phenomenology and sport.

CAPÍTULO I

FÚTBOL HERMENÉUTICA Y FENOMENOLOGÍA

"El fútbol es una de las supersticiones religiosas más extendidas de nuestro tiempo. Podríamos decir ahora que es el verdadero opio de los pueblos. Por mi parte yo estoy muy contento porque cada vez que juega la selección italiana, me voy a dar unos paseos magníficos por las calles desiertas de Boloña".

Umberto Eco.

"El fútbol me atrajo hasta con cierta clase de delirio. Porque basta con ver un buen partido para apreciar la belleza de este deporte. Hay momentos del fútbol que se asemejan a pasos del ballet, por la armonía de los movimientos, por la sensibilidad y por el ritmo".

Ernesto Sábato.

"Lo poco que aprendí sobre la moral y buenas costumbre se lo debo al fútbol".

Albert Camus

Aún recuerdo la cara de gol en contra que puso el profesor cuando le respondí que mi tema de tesis de grado para optar al título de doctor tenía que ver con una reflexión hermenéutica sobre el fútbol. "¿Y qué tiene que ver el deporte con las ciencias sociales?" repreguntó él de manera automática, mientras algunos compañeros de clase intentaban aguantar la risa por algo que ellos también consideraron tal vez un desatino. A decir verdad no me preocupó tanto aquella

metáfora de la ignorancia dibujada en el rostro incrédulo del profesor, sino más bien la arrogancia categórica con la que me devolvió el balón. Por un instante pensé necesario esgrimir algunos argumentos, pero fue tanto el desconcierto y la rabia, que preferí quedarme callado y meterme las justificaciones en el bolsillo trasero del pantalón.

Esta anécdota refleja una realidad que aún después de muchos años increíblemente sigue viva. No logramos entender como el deporte, y específicamente el fútbol, fenómeno por el cual millones de personas en el mundo pierden la cabeza, y tanta influencia ejerce en la vida cotidiana, no ha podido generar interés en los investigadores, intelectuales y académicos.

Señala el semiólogo italiano Umberto Eco (1986) acerca de la trascendencia de esta disciplina, que el fútbol es una de las supersticiones religiosas más extendidas de nuestro tiempo, y que de él se puede decir que es el verdadero opio del pueblo. "Yo estoy muy contento porque cada vez que juega la selección me voy a dar unos paseos magníficos por las calles desiertas de Boloña", remata irónicamente el autor de *El nombre de la rosa*.

Es asombroso como en el ambiente académico el deporte es mirando de reojo y con suficiente suspicacia como si se tratara de un aspecto marginal de la cultura, cuando realmente es todo lo contrario. Parece increíble pero el tema aún encuentra mucha resistencia entre los intelectuales porque quizás la mayoría de ellos piensan erróneamente, que el deporte en general no connota en sí mismo el brillo y la trascendencia necesaria para convertirse en un interesante objeto de estudio, al menos en el área de las ciencias sociales y los llamados estudios culturales.

En términos generales, el fútbol no ha sido considerado algo lo suficientemente serio como para ganarse el mérito de ser pensado y reflexionado de

manera profunda y sistemática desde algunos de los campos del saber como la filosofía, por ejemplo.

Esa antipatía y ese prejuicio con que la academia observa este interesante fenómeno social, posiblemente tenga que ver con que para ella el fútbol es popular, escandaloso, desdeñable, inferior, chabacano, y, sobre todo, un catalizador de nervios y pasiones difíciles de controlar en la multitud. Es conocido el comentario, transformado ya casi en un lugar común, según el cual el escritor argentino Jorge Luis Borges, habría dicho que le parecía increíble que una cultura (Occidental) que se desarrolló con juegos como el ajedrez hubiera retrogradado tanto a un juego tan vulgar como el fútbol. Sin embargo existen dudas bien fundadas de que un hombre tan culto como Borges haya considerado al balompié como una actividad menor, ubicada en la periferia de La cultura.

Está documentado en fotografías que el autor del *Aleph* practicó fútbol durante gran parte de su infancia y juventud; y además se conoce un interesante cuento titulado “*Esse est ercipi*”, suscrito con su amigo Adolfo Bioy Casares, y publicado Fontanarrosa (1997) en el que ambos escritores muestran interés y asombro por este deporte. Lo que desmonta el supuesto de que el narrador argentino considerara el fútbol como un aspecto marginal de la cultura. Para suponer la enemistad entre los músculos y las letras no solamente se recurre al gran escritor rioplatense, sino a muchos otros como el británico Rudyard Kipling quien supuestamente despreciaba el fútbol y a las almas pequeñas que pueden ser saciadas por los embarrados idiotas que lo juegan.

Resulta una contradicción y además revela una ignorancia supina sospechar que el deporte no sea un elemento esencial de la cultura del hombre. No hay civilización alguna en la historia de la humanidad en la que éste no haya estado presente como juego, como imaginario, y como elemento lúdico de la vida cotidiana

y por ende del proceso de socialización. Escribe Huzinga (1972) en su emblemático libro *Homo ludens* que la cultura no se inició como juego, ni se originó del juego sino que es más bien juego.

No cabe la más mínima duda de que el deporte es uno de los fenómenos culturales más significativos de la historia de la humanidad, tan importante como la invención de la pólvora, la escritura, la rueda o la imprenta. Indagar en la génesis del juego implicaría acercarnos por antonomasia a una noción cosmogónica, a la repentina aparición del hombre sobre la tierra. Las formas espontáneas y lúdicas son tan antiguas como la humanidad misma.

El juego como la pintura rupestre o como cualquier manifestación artística comprende también un acto de comunicación. Cuando nos referimos al deporte como metáfora o como significación nos referimos a él también como recreación de otra realidad a través de la mimesis, la representación simbólica y la invención. Por eso insistimos, aunque cueste entenderlo, en que debemos reflexionar al deporte como una de las más grandes expresiones gregarias de la historia de la humanidad. Parfraseando a Sartre podemos decir: "juego luego existo".

Del fútbol se han ocupado algunos filósofos y pensadores. Albert Camus, citado por Javier Marías (2007) en *Salvaje y sentimentales*, decía que le debe al fútbol lo que más aprendió sobre la moral y las buenas costumbres, porque la pelota nunca viene hacia uno por donde uno espera que venga.

Javier Marías (ob.cit.), también autor de *Vida de fantasma*, señalaba que el fútbol es la recuperación semanal de la infancia, que Antonio Gramsci lo observaba como el reino de la lealtad humana ejercida al aire libre y Pier Paolo Pasolini, especulaba diciendo que el goleador es siempre el mejor poeta del año.

El filósofo venezolano Juan Nuño (1990) argumenta que un partido de fútbol es más angustioso y dramático que otro juego cualquiera porque, en él, el tiempo corre paralelo al tiempo de la existencia humana.

Por su parte Ernesto Sábato (2000) decía que el futbol es una de sus debilidades porque es una pasión y el siempre ha sido un hombre de pasiones. Señala que el fútbol lo atrajo hasta con cierta clase de delirio. Mientras que Umberto Eco remata asegurando que sus sentimientos hacia los aficionados del fútbol son exactamente iguales a los que sienten los xenófobos de la Liga Norte hacia los inmigrantes llegados del Tercer Mundo: "Yo no soy racista siempre que ellos se queden donde están".

Se nos antoja una incongruencia pensar que una actividad con el alcance y la repercusión social que tiene el fútbol pudiera entenderse en su exacta dimensión estudiándolo de manera aislada en un rectángulo, en el área chica del conocimiento.

Una amplia comprensión de este fenómeno, creemos, solo se lograría a través de un enfoque hermenéutico, transdisciplinario y fenomenológico. Es decir, por medio de asociaciones y múltiples interpretaciones textuales del fenómeno. De allí que Juan Nuño (1990) señala que todo juego se tiñe y mezcla con todas las pasiones que proceden del mundo exterior y cotidiano.

Umberto Eco, citado por P. Trifonas (2004) indica que el deporte es el Hombre y que el deporte es la Sociedad. Esta premisa presupone que romper los lazos que unen deporte hombre y sociedad así como las prácticas asociadas a éstas, implicaría poner en crisis posibles asociativos derivados de ello, y revelaría lo que hay de no humano en la relación social. El deporte se mezcla y participa activamente en todos los intercambios que se producen en el contexto social.

Con la Modernidad y más adelante con el desarrollo de los medios de comunicación, y otras herramientas informáticas y tecnológicas, el deporte ha pasado de ser una actividad lúdica, agonística, y recreativa a un gran espectáculo de masas que tiene una enorme repercusión en otras esferas de la dinámica social como la política, el turismo o la economía. Éste ha sido reclutado en el ámbito de la industria cultural como un instrumento idóneo para la persuasión y la ideologización, pero además como un medio perfecto para fortalecer la economía neoliberal y la globalización a través de la propaganda, la publicidad y otros instrumentos que entran en el juego de la mercantilización.

Resalta Juan Villoro (2006), que el arte de patear puede caer en la esfera de los placeres inofensivos o desembocar en el fanatismo del hooligan, la prepotencia del directivo o la mentira prefabricada de la televisión. Agrega el escritor mexicano que el fútbol no es ajeno a la violencia, el racismo o la comercialización. La aporía del aficionado es la de una pasión pura, incontaminada, refractaria al efecto de la cerveza, las burlas de los enemigos y la manipulación de los medios.

Son muchas las aristas de análisis que muestra el deporte, y específicamente el fútbol desde lo semiológico, lo hermenéutico, lo fenomenológico e incluso desde el pensamiento complejo en clave Moriniana.

El deporte implica y refleja toda una filosofía. Repetimos no pudiéramos analizarlo, abordarlo, develarlo y escudriñar de manera simplificante, pragmática y reduccionista como comúnmente ocurre en lo cotidiano. De él es necesario hacer una lectura compleja, amplia, multidisciplinaria, abarcante, transparente y dialógica, sin prejuicios metodológicos, racionales y positivistas.

Es oportuno escindir, religar, todas las vertientes y ramificaciones de una especie de telaraña que requiere una mirada más acuciosa, menos desprejuiciada, y quizás más inteligente. También desde una perspectiva histórica, antropológica y

mágica que nos permita entrecruzar miradas y sorprendernos ante las perplejidades del fenómeno fútbol.

La estética, por ejemplo, es una de las insinuaciones más importantes del juego. El balompié es una de las disciplinas que más se asemeja al arte, por el ritmo, la plasticidad de los movimientos, la búsqueda de la perfección, la armonía, la originalidad y toda una serie de características inherentes, que hacen que el fútbol sea considerado sin el más mínimo rubor como una expresión artística, El fútbol ha sido considerado infinidad de ocasiones con el teatro, la danza, el ballet, la tragedia y otras manifestaciones artísticas elevadas y sensibles.

El ensayista Douglas R Anderson, en el libro de Cesar R Torres y Daniel Campos (2006) *¿La Pelota no dobla?* Señala que hay tres niveles de belleza en el balompié: la primera tiene que ver con la simplicidad y pureza del juego. A esa simplicidad corresponde una espontaneidad difícil de encontrar en otras disciplinas, sólo bastarían las ganas de hacerlo para que dos personas se diviertan con una pelota de la manera más libre, primaria y "salvaje".

El fútbol es siempre una posibilidad en cualquier espacio y en cualquier momento, expresa Anderson citando a David Thoreau en César R. Torres y Daniel Campos (ob.cit.), que un segundo nivel de belleza es la performance o habilidad en la que se han detenido los filósofos del deporte Hughson e Inglis, quienes hacen una reflexión en torno a la hermosura del fútbol a partir de los llamados jugadores estrellas.

Señalan Hughson e Inglis en Cesar R. Torres y Daniel Campos (ob.cit.), que sólo ciertos ejemplos del juego ponen en práctica "suavidad", "fluidez" y una capacidad de movimiento conciso que no desperdicia energía en actividades foráneas al juego. Y un tercer y último nivel se refiere a la belleza existente en la complicidad y comunicación entre los futbolistas. Al respecto indica Hemphill que *los talentos*

individuales y fortalezas de los compañeros no solamente deben ser armonizados y sincronizados sino también balanceados y complementados. Quien lo dude lo invitamos a observar el ritmo, la sincronía y la creatividad de aquel equipo deslumbrante que mostró Brasil en el Mundial México 70.

El fútbol no solamente puede ser estudiado en su sentido práctico y utilitario en lo que respecta a las características propias del juego como la táctica, la técnica, la estrategia y los sistemas de juego. Existe un aspecto propiamente abstracto, emotivo y subliminal que la mayoría de las veces cuesta percibir porque es imprescindible cierta sensibilidad y capacidad de asombro. Algo que quizás para algunos resulta evidente y cotidiano pero que no lo es, y resulta necesario pensarlo y observarlo con sentido analítico y crítico. En el fútbol subyacen fenómenos tan importantes y trascendentes que podrían ser temas interesantes para indagarlos desde distintas perspectivas. Nosotros estamos convencidos de que el fútbol tiene que ser un objeto de estudio que merece ser estudiado con mucho interés y relevancia en el campo de las ciencias sociales, y, sobre todo, en el ámbito de los estudios culturales.

El fútbol a diferencia de otras actividades sociales aún resiste y no pierde su encanto, o su Aura, como dijera Walter Benjamín. Como cosa extraña a pesar de los cambios y las transformaciones constantes el balompié siempre retoma su connotación lúdica y original. Este juego tiene la interesante y genuina particularidad de que gracias a su esencia artística siempre puede resistir a la banalidad, el fetiche y la cursilería a la que se expone todo fenómeno masivo tocado por la varita mágica de la televisión y el espectáculo.

En el fútbol cada jugada, cada acción es única e irrepetible como el tiempo en la metáfora del río de Heráclito. Un gol jamás será parecido a otro. Una gambeta, un sombrerito o una bicicleta nunca transfieren su estilo, la forma, el ritmo y la unicidad.

En la autenticidad radica la belleza artística del balompié. En el gol, como en los cuadros de Dalí no hay repetición en serie.

Creemos como apuntan Torres y Campos (ob.cit.), que la indagación filosófica sobre las perplejidades del fútbol debe abrirse a todos aquellos que se inquietan ante las preguntas punzantes que la vorágine de la práctica cotidiana del deporte nos plantea. Quizá en esa tarea el filósofo del deporte tenga una doble responsabilidad: la de abordar estas preguntas y también las de ayudar a los “legos” a abordarlas sistemáticamente.

Lectura multidisciplinaria

Pocas actividades humanas han tenido tanta importancia y trascendencia en la historia de la cultura Occidental como el deporte. Bastaría con leer obras emblemáticas como la *Ilíada* y *La Odisea* para entender la significación que siempre tuvo el deporte para los griegos. En las narraciones de Homero, se puede apreciar claramente y con suficiente profundidad el sentido lúdico y recreativo de una civilización en la que el culto al cuerpo y la belleza física alcanzaron rasgos prominentes que en parte modelan y definen toda una filosofía de vida y una visión del mundo.

En tal sentido, afirma Huizinga (1972), que el fundamento antitético y agonal de la cultura se nos ofrece ya en juego, que es más viejo que toda cultura. También señala que la competición lúdica, como impulso social, es más vieja que la cultura misma, llenaba toda la vida y actuó de levadura de las formas de la cultura arcaica. Dice que la poesía nace jugando y obtiene su mejor alimento, todavía, de las formas lúdicas y que la música y la danza fueron puros juegos; así como también la sabiduría encuentra su expresión verbal en competiciones sagradas:

Las reglas de la lucha con armas, las convenciones de la vida aristocrática se levantan sobre formas lúdicas. La conclusión debe ser que la cultura, en sus fases primordiales, "se juega". No surge del juego, como un fruto vivo se desprende del seno materno, sino que se desarrolla en el juego y como juego (p. 203).

Al inicio de este trabajo citamos la *Ilíada* y *La Odisea* porque son dos obras de una importancia capital que hay que leer si quisiéramos intentar conocer el origen y el desarrollo de la cultura occidental. Pero pudiéramos referirnos también a las *Odas Olímpicas* de Píndaro de Tebas [518-438 a.C.], un sucesor de Homero y Hesíodo, considerado el mayor poeta lírico de todos los tiempos y el gran cantor de los atletas. En las manos de Píndaro, una victoria atlética tan sólo es un pretexto o una metáfora que representa todas las imágenes y bemoles de esa cosa tan compleja y alucinante que es la existencia humana.

El hecho de que en la *Ilíada* y *La Odisea* aparezca el deporte como un aspecto relevante, refleja por sí solo la importancia del argumento que nos permite ir haciendo una lectura transdisciplinaria y hermenéutica del deporte y sus implicaciones en la cultura. No estamos hablando de dos obras cualesquiera, estamos en presencia de un par de textos que encierran y contienen la riqueza mítica y cosmogónica de toda una civilización, allende ser éstas las obras que inauguran la tradición literaria en Occidente.

Señala Johan Huizinga (ob.cit.), que en el mito también encontramos una figuración de la existencia, sólo que más trabajada que en la palabra aislada. Explica que mediante el mito el hombre primitivo trata de explicar lo terreno y, mediante él, funde las cosas en lo divino. En cada una de esas caprichosas fantasías con que el mito reviste la existencia juega un espíritu inventivo al borde de la broma. Agrega además este autor que

...en el mito y en el culto es donde tienen su origen las grandes fuerzas impulsivas de la vida cultural: derecho y orden, tráfico, ganancia, artesanía, arte, poesía, erudición y ciencia. Todo esto hunde así sus raíces en el terreno de la actividad lúdica (p. 16).

En esa misma línea, el filósofo venezolano Juan Nuño (1990), en su extraordinario ensayo *Teoría de los Juegos* del libro *La Veneración de las Astucias*, argumenta que:

Los juegos propiamente dichos son más complejos y requieren satisfacer la condición de ser una representación, una imitación de algo. Piénsese en el ajedrez que imita el mundo de la guerra, y en que cada pieza representa una referencia militar directa. Cada tipo de juego colectivo puede traducirse a un lenguaje social más complejo. En el fútbol se habla de retaguardia, atacantes y defensas; en el béisbol los jugadores se dedican a robar o a comprar, además de crear un lenguaje gestual que el contrario trata de descifrar; así como en el fútbol existe un reducto sagrado que se defiende a ultranza para que no resulte violado por la penetración del adversario, en el béisbol se arranca de un hogar o casa, a la que hay que regresar (Ulises), tras una carrera por el mundo exterior, recorriendo etapas obligadas, como quien recorre países extraños o sorteando dificultades sin cuento. En general los juegos que requieren una participación colectiva son los más próximos a la definición de recepción de otra realidad, por más que ellos se haga siempre por recursos miméticos (p. 106).

No podemos apartar el aspecto lúdico, festivo y ritual de la sociedad griega. De allí que no es de extrañar, por ejemplo, que los primeros juegos que se conocen en la historia de Grecia sean los Juegos Funerales que fueron organizados por Aquiles para honrar la memoria de su amigo Patroclo muerto a manos del troyano Héctor:

Aquiles detuvo al pueblo y le hizo sentar, formando un gran circo, y al momento sacó de las naves, para premio de los que vencieron en los juegos caldera, trípodes, caballos mulos, bueyes de robusta cabeza, mujeres de hermosa cintura, y luciente hierro (...) Empezó exponiendo los premios destinados a los veloces aurigas; el que primero llegara se llevaría una mujer diestra en primorosas labores y un trípode con asa de

veintidós medidas; para el segundo ofreció una yegua de seis años, indómita que llevaba en su vientre un feto de mulo, para el tercero una hermosa caldera no puesta al fuego y luciente aún cuya capacidad era de cuatro medidas, para el cuarto dos talentos de oro, y para el quinto un vaso con dos asas no puesto al fuego todavía (Homero 1999: 477-478).

Podríamos decir que el deporte es uno de los elementos más esenciales y determinantes que nutren, enriquecen, elevan y subliman la historia cultural de Occidente, de no ser así cómo se explica que haya tenido tanta influencia no solo en la literatura, sino también en el arte, la política, la economía, la religión y la vida cotidiana de una cultura que encontró en la actividad física un espejo donde contemplar la armonía, la perfección, el equilibrio, la belleza del cuerpo, el valor y el orgullo; pero también un espacio metafísico y existencial para encontrarse consigo mismo en la profundidad de la mente y el reposo necesario del alma.

Indudablemente que el deporte implica y connota toda una filosofía. No pudiéramos analizarlo, abordarlo y estudiarlo de manera simplista, pragmática y reduccionista como casi siempre se hace. Esto implicaría un acto de ignorancia supina y de irresponsabilidad intelectual. De él es necesario hacer una lectura compleja amplia, multidisciplinaria, abarcante, abierta y dialógica que intente escindir y religar todas las vertientes y ramificaciones de una especie de telaraña que requiere de una mirada más acuciosa, menos desprejuiciada y quizás más inteligente. También desde una perspectiva y una reflexión histórica y dialéctica que nos permita pensar vincular en muchas direcciones el contexto y las circunstancias del fenómeno fútbol.

Visto así el tema, lo que pretendemos es hacer una hermenéutica, lograr una comprensión del deporte que intente explicar, más que demostrar, cómo la actividad

deportiva trasciende la mera recreación y el espectáculo y toca vertientes que tienen que ver directamente con otras áreas del conocimiento como lo literario, lo antropológico, lo sociológico, lo estético, lo ideológico y lo cultural. La idea es analizar el juego desde una perspectiva que permita hurgar en las relaciones entre el deporte, el ser humano, la sociedad y la cultura.

Uno de esos aspectos importantes es el arte como manifestación estética y su relación directa con el aspecto lúdico. También conviene reflexionar acerca del juego como un elemento festivo, ritual mítico, y religioso. Se trata un poco de hacer un esfuerzo interpretativo a la manera como lo formula Huizinga (1972): no es decir que el juego ocupa un lugar importante en las diferentes ocupaciones de la vida cultural, sino que la cultura surge en forma de juego.

No nos cabe la más mínima duda de que el deporte es uno de los fenómenos culturales más significativos de la historia de la humanidad, tan importante como la invención de la pólvora, la escritura, la rueda o la imprenta. Indagar en la génesis de los juegos implicaría acercarnos por antonomasia a la historia del hombre en el planeta.

El deporte es tan antiguo como la humanidad misma; éste como, por ejemplo, la pintura rupestre, también comprende un acto de comunicación. Cuando nos referimos al deporte como metáfora o como significación nos referimos a él también como recreación de otra realidad a través de la mimesis, la representación simbólica y la invención. Por eso insistimos que debemos analizarlo como una manifestación humana, como una forma de expresión antropológica y cultural. Tan trascendente sería reflexionar acerca del deporte como hacerlo en torno al suicidio que, según Camus, era el problema filosófico mayor del hombre.

Aquí recurrimos nuevamente a la portentosa lucidez de Nuño (1990), quien realiza un excelente análisis del carácter filosófico y epistemológico del deporte:

La noción de juego es más metafísica que real, ha servido para tratar de explicar muchas cosas: el origen del Estado como pretendió Ortega, las formas artísticas como analizó Caillois, o incluso toda la actividad social del hombre como pretendió Huizinga. Pero defínase como se quiera, el hecho es que, en la práctica, todo juego se reduce a competencia, es decir, a lucha, esto es, a esa forma tan esencial que es la agresividad humana. Por eso sigue siendo tan popular el boxeo. Primero porque de "juego" tiene muy poco, salvo un mínimo de reglas que lo limitan, a un espacio, un tiempo y unas zonas de castigo; pero, sobre todo, porque en lugar de "jugar" esto es, de recrear otro mundo al margen del real, los "jugadores" de boxeo, reducidos al mínimo (uno por lado), lo que hacen es sólo pelear: reproducen la más elemental y primarias de las conductas humanas. En vez de juego, el boxeo es una expresión social directa, forma fundamental de vida: tratar de matar al otro (ob. cit.: 106).

El deporte se mezcla y participa activamente en todos los intercambios que se dan en la sociedad actual. Con la modernidad y más adelante con el desarrollo de la radio, la prensa, la televisión y otros medios informáticos y tecnológicos, el deporte, y especialmente el fútbol, ha pasado de ser una actividad lúdica y recreativa a ser un gran espectáculo de masas con una enorme influencia en otras esferas de la dinámica social como la política, el turismo y la economía. Este además ha sido utilizado en el ámbito de la industria cultural como un instrumento idóneo para la persuasión, la ideologización y como un inmejorable canal para fortalecer la economía neoliberal y la globalización por intermedio de la publicidad, la propaganda y otros instrumentos que se generan a partir de la mercantilización del deporte y de otros ámbitos de la vida social. .

Resalta el escritor mexicano Juan Villoro (2006), en su libro *Dios es Redondo*,

que el arte de patear puede caer en la esfera de los placeres inofensivos o desembocar en el fanatismo del *hooligan*, la prepotencia del directivo o la mentira prefabricada de la televisión. Agrega, refiriéndose al fútbol, que el juego de las patadas no es ajeno a la violencia, el racismo o la comercialización:”La aporía del aficionado es la de una pasión pura, incontaminada, refractaria al efecto de la cerveza, las burlas de los enemigos y la manipulación de los medios” (ob.cit., p.23).

Pero no sólo eso, el deporte también ha servido para fortalecer la identidad de las nuevas tribus en el campo de los nacionalismos, el racismo y la violencia callejera. Entonces, ¿cómo pensar que una actividad con el alcance y las repercusiones sociales que tiene el deporte se puede estudiar de forma aislada, en un rectángulo del conocimiento? Una amplia comprensión del hecho deportivo no podría ser posible sino a través de una mirada y un análisis transdisciplinario y hermenéutico.

Al respecto señala Nuño (1990) que:

...todo juego en cuanto a recreación del universo aparte es una falsedad porque lo que reproduce no queda aparte, sino que se tiñe y mezcla con todas las pasiones e intereses que proceden del mundo exterior y cotidiano, de que precisamente el juego, en tanto juego pretendía evadir con su festiva y autónoma representación (ob. cit. : 106).

También el semiólogo Umberto Eco, en Trifonas (2004) entra en la discusión y plantea dos premisas:”el Deporte es el Hombre”, “el Deporte es la Sociedad” (p. 33). Aquí las mayúsculas quizás señalan la importancia canónica de la afirmación y establecen el alcance de su historicidad. En sí misma, es quizás el edicto cultural por antonomasia de la civilización occidental que Eco interpreta como "el principio de estar más allá de toda duda".

Eco sitúa el origen de esta conexión mental implícita entre el deporte, la humanidad y la sociedad en algo que denomina “la zona profunda de la sensibilidad colectiva”. La lógica de las asociaciones que cohesionan y legitiman la veracidad de estas palabras y los conceptos que transmiten hunden sus raíces en la especificidad histórica de la memoria cultural, que constituye la “argamasa esencial” de la esfera social en Occidente. Romper los lazos que unen deporte, humanidad y sociedad, así como las prácticas asociadas a éstos, supondría poner en crisis asociativas posibles derivados de ellos y revelar lo que hay de no humano en la relación social.

Diríamos entonces que aquí reside la esperanza secreta de Eco: en romper la lógica de la cadena sintagmática, esas relaciones e interacciones semánticas que unen conceptualmente deporte, humanidad y sociedad, ya que dicha lógica es articulada por y mediante el fanatismo que rodea el fútbol. Eso por no mencionar la parafernalia (bufandas, colores, banderas, insignias, etcétera) y las prácticas rituales que rigen el mundo de la afición futbolística y fortalecen los lazos que unen y separan a los seres humanos entre sí en nombre de la fidelidad a un equipo, por el bien de la propia sociedad. Eco se ve en la obligación de desenmascarar al fútbol, revelándolo como lo que es: un juego nada más que un juego y no un modo de vida. De lo contrario, la sociedad seguiría sufriendo en manos de quienes manipulan la representación del juego y lo utilizan como forma de control social.

Eco tiene la gran virtud de llevar los estudios semiológicos hacia las cosas cotidianas. Por eso se ha convertido en un estudioso de la cultura popular. A diferencia de los llamados intelectuales serios, quienes le huyen a la reflexión sobre las cosas del día a día, el autor de *El nombre de la Rosa* empezó a trabajar sobre los estudios culturales cuando éstos ni siquiera eran concebidos como una disciplina. Él ha puesto la semiótica y las indagaciones comunicacionales al servicio de temas habituales -como el fútbol- de la dinámica social contemporánea.

Indudablemente que Eco lee el fútbol como una neurosis de la cultura, como la manifestación de una grave perversión de la psique humana para la que no existe explicación razonable ni cura eficaz. Para quienes caen en sus enfermizos efectos no hay tratamiento definitivo, terapia indolora, ni intervención médica que valga. Sólo hay el sufrimiento infinito de contemplar la exquisita *agon* del juego que se disputa en el campo de fútbol cada domingo de campeonato. Tal es la dicha y la maldición del amante del fútbol. Lo irónico del caso es que el castigo es autoinfligido. ¿O no? La teoría de que el fútbol es una psicopatología del deseo reprimido es una de las preferidas de Eco:

Los espectadores -es decir, la mayoría- que se comportan exactamente como cuadrillas de maniacos sexuales que fueron, no una vez en la vida, sino todos los domingos, a Ámsterdam para ver como una pareja hace, o finge, hacer el amor (o como aquellos niños paupérrimos de mi infancia a quienes se prometía llevarles a ver cómo los ricos tomaban helados) (2004, p. 190)

Son muchas las aristas de análisis que tiene el deporte desde lo semiológico, pasando por la industria cultural y muchas otras áreas del conocimiento. E incluso, la estética también ocupa un espacio importante en el juego. El fútbol, es el deporte que más se asemeja al arte por el ritmo, la plasticidad de los movimientos, la búsqueda de la perfección, la armonía, la originalidad y toda una serie de características esenciales que hacen que este deporte sea considerado también como una gran expresión artística. No en vano el fútbol ha sido comparado en infinidad de ocasiones con el teatro, la danza, el ballet, la tragedia griega y otras manifestaciones estéticas.

Hans-Georg Gadamer (1995) toma el concepto de juego para tratar de dar una explicación del arte. El concepto de juego se hace necesario para determinar el acceso a la experiencia del arte, la razón: la conciencia estética se muestra

insuficiente y queda en mora con la amplitud de tal experiencia. Los obstáculos que la idea de conciencia estética acarrea para la comprensión del fenómeno artístico llevan a Gadamer a apropiarse del concepto de juego, para darle un carácter festivo al fenómeno del arte más allá de la mera representación. Lo que intenta es superar la dualidad sujeto-objeto de la modernidad para darle importancia a la temporalidad y la historicidad. No nos detendremos en esto, pues por ahora sólo haremos el inciso para recalcar la importancia que tiene el juego desde la perspectiva hermenéutica, incluso para explicar otros fenómenos como la experiencia estética.

Quizás así lo entendió Pelé, seguramente sin haber leído a Gadamer cuando a propósito de una comparación de él con Maradona respondió a los periodistas que lo interrogaban que así como hubo un solo Picasso y un único Leonardo da Vinci, hubo un solo Pelé. No es extraño que en muchos estadios del mundo no solamente se celebren los goles sino también las grandes jugadas individuales y colectivas, las cuales en ocasiones provocan gritos y delirios en los fanáticos, quienes corean el ole como en la fiesta taurina. Eso demuestra que quienes van al estadio no sólo quieren ver los goles sino algo más allá: virtuosismo, arte, espectáculo, es decir, el juego por el juego mismo.

No estaba errado Eric Hobsbawm al decir, a propósito del Mundial México 1970, que quien vio jugar a la selección brasilera no podía negar al fútbol su condición de arte. A propósito también dijo alguna vez el novelista checo Milán Kundera, que tal vez los jugadores tengan la hermosura y la tragedia de las mariposas, que vuelan tan alto y tan bello, pero que jamás pueden apreciar y admirarse en la belleza de su vuelo.

Bastaría leer el maravilloso libro del escritor uruguayo Eduardo Galeano: *El fútbol a sol y sombra* (1995), para entender toda la belleza y la estética del fútbol. Sus crónicas y relatos expresan, por sí solos, la riqueza artística de un deporte que ha

sido metáfora recurrente en la obra de grandes escritores. Leamos de esa obra un pequeño texto titulado *Camus*:

En 1930, Albert Camus era el San Pedro que custodiaba la puerta del equipo de fútbol de la Universidad de Argel. Se había acostumbrado a jugar de guardameta desde niño, porque ese era el puesto donde menos se gastaban los zapatos. Hijo de casa pobre, camus no podía darse el lujo de correr por las canchas: cada noche, la abuela le revisaba las suelas y le pegaba una paliza si las encontraba gastadas. Durante sus años de arquero, Camus aprendió muchas cosas: Aprendí que la pelota nunca viene hacia uno por donde uno espera que venga. Eso me ayudó mucho en la vida, sobre todo en las grandes ciudades, donde la gente no suele ser lo que se dice derecha. También aprendió a ganar sin sentirse Dios y a perder sin sentirse basura, sabidurías difíciles y aprendió algunos misterios del alma humana, en cuyos laberintos supo meterse después, en peligroso viaje a lo largo de sus libros (ob. cit. : p. 56).

Lo que queremos es hurgar en las profundidades del deporte y especialmente en el más universal de todos que es el fútbol, con el propósito de hacer un aporte que permita que este fenómeno sea visto más allá del mero sentido lúdico; porque como señala Franklin Foer (2006), el fútbol es más que un juego, más que una pasión: es una ventana abierta a un mundo global en el que los nobles deseos de victoria de los deportistas y los aficionados convergen a lo largo del planeta con los ocultos intereses económicos de la televisión, los oligarcas locales, la política o la religión.

Hermenéutica y fenomenología

Como metodología para desarrollar este trabajo, hemos decidido apoyarnos en la ciencia Hermenéutica, fundamentalmente centrados en los aporte del clásico y revolucionario pensador H George Gadamer, y de Paul Ricoeur, quienes lideraron los debates sobre la hermenéutica durante un largo período. Por supuesto, que

acudimos a ellos sin obviar la importante contribución de otros teóricos, no menos trascendentes.

Asimismo, bebemos de la fuente inagotable de otros críticos sociales que han realizado investigaciones que nos ayudan a entrecruzar, religar y fusionar varias posibilidades del conocimiento en una tentativa transdisciplinaria por enriquecer el paisaje hermenéutico con otros enfoques del análisis social, y con elementos propios de la teoría de la comunicación, la semiología, la historia, la antropología y la literatura, para nombrar solo algunos. .

Sería irresponsable no haber consultado con detenimiento tres imprescindibles clásicos de la filosofía deportiva, como Johan Huizinga y su *Homo Ludens* (1972), Roger Caillois con el texto *Los juegos y los hombres* (1986) y Jeang Duvignau y su esclarecedor libro *El Juego del Juego* (1982).

Es importante resaltar que esta tesis quizá no hubiese sido posible sin el extraordinario aporte teórico de los filósofos Umberto Eco, Peter Pericles Trifonas y Juan Nuño, jugadores titulares que tuvieron la acertada osadía de acercarse al fútbol observándolo como objeto de estudio; un esfuerzo de invalorable contribución, sobre todo, cuando aún la mayoría de los académicos extrañamente han driblado el balón, con desprecio y sin rubor.

Además, se sumaron al equipo titular reconocidos goleadores como el uruguayo Eduardo Galeano, el mexicano Juan Villoro, Javier Marías, Manuel Vázquez Montalbán Fernando Savater y el estadounidense Franklin Foer, para no mencionar a varios suplentes de lujo, entre los que destaca el ex jugador de la selección argentina Jorge Valdano, conocido desde hace muchos años como el filósofo del fútbol, y quien es precursor de las reflexiones futboleras en su intención filosófica y literaria, en la última dos décadas.

También este trabajo titulado: Una hermenéutica del fútbol como fenómeno de la cultura, intenta sostenerse teórica y metodológicamente con el imprescindible y oportuno auxilio de la fenomenología. Estamos convencidos que tanto la hermenéutica como la fenomenología posibilitaron una hábil maniobra, y una mejor flexibilidad, al momento de construir este texto que nació sin partera, y lo que es peor, en la soledad teórica, por cuanto existen muy pocas fuentes epistemológicas que estén referidas directamente al tema de la hermenéutica del fútbol como algo específico, ni siquiera en países con amplia tradición como Brasil o Argentina se han publicado estudios al respecto..

Se trata, precisamente de parir un texto morineamente "complejo" a partir de la experiencia mundana y futbolística, el ajetreo cotidiano, la pasión por el balón, la relación con el periodismo deportivo, la dolorosa impaciencia por la escritura, la capacidad de asombro, las lecturas diversas, y las posibilidades de realizar un aporte a los estudios culturales, en un tema virginal que no ha encontrado sensualidad y erotismo en Venezuela, y casi que en el resto del planeta, donde, paradójicamente, puede que falten, hospitales, iglesias o escuelas, pero jamás, campos de fútbol.

Alertamos a quienes, imbuidos en la burocracia teórica y metodológica, pretendan conseguir aquí un extensa bibliografía y un derroche de citas textuales imprecisas, pero pretenciosamente interminables como en algunas investigaciones, que por ahí no anduvo la estrategia previa al desarrollo de este importante partido final. Para este gran clásico entre el positivismo y lo complejo se impone lo dialógico, dinámico y transversal. Justificándolo podemos decir que, aunque hubiésemos querido, en primer lugar, las fuentes de información sobre el tema son tan escasas como los goles en la selección Vinotinto; y, en segundo lugar, que eso estaría en plena contradicción con los impulsos reales que nos han movido por el tema que hoy

abordamos. Incluso, con la manera que hemos sentido el fútbol desde el propio campo de juego como desde las tribunas. En el fútbol, como en las ciencias, hay dos escuelas fundamentales la que juega bonito y la que juega feo. La primera liderada por románticos, espontáneos y libres que dialogan, desmitifican e innovan sin desconocer la historia, y la segunda, integrada por los objetivista, cartesianos y utilitaristas, que endiosan las fórmulas duras y los conceptos. Lo que es más importante aún es que este texto no estará completo hasta que usted, sujeto lector, con su lectura, valga la redundancia, no complete la obra.

Lo que queremos precisar es que no se trata de un ejercicio de rigor científico en el sentido más objetivo, cartesiano, y positivista del término. Sino, más bien, que nos conducimos guiados y estimulados por la tensión permanente que significa indagar en los fenómenos del fútbol tal como son y tal como se nos presentan. Claro está, sin prejuicios ni preconcepciones teóricas que pudieran obstruir el análisis, la interpretación, la comprensión y la producción de conocimientos a partir de la observación del mundo de las apariencias.

Lo que hacemos con la yuxtaposición entre fútbol hermenéutica y fenomenología, más que intentar empujarlas para que se entrecrucen forzosamente en el contexto de la práctica deportiva, y específicamente del balompié, es tomar de ambas disciplinas algunas categorías y presupuestos que nos iluminaron el camino, y nos sirvieron como bitácoras para la interpretación y comprensión del fútbol como expresión de la vida cotidiana. En el abordaje fenomenológico el delantero de mayor presencia será el estadounidense Charles Sanders Peirce, (1839- 1914) quien se hará acompañar en el ataque por algunos experimentados y conocidos por los fanáticos.

A grandes rasgos, la fenomenología, propone observar con detenimiento y en detalle, todos los eventos, cosas y fenómenos tal cual se presentan ante nosotros, cotidianamente en el trascurso de nuestra experiencia. La fenomenología es una tarea

"descriptiva", consiste en prestar mucho cuidado y atención al ordinario acontecer de nuestra experiencia de las cosas y en describir cuales son los elementos fundamentales e irreductible de esa experiencia.

A través de la experiencia Peirce plantea que todo fenómeno está constituido por tres elementos fundamentales: El primero consiste en la cualidad intrínseca del fenómeno, tal cual se presenta por sí mismo, que se manifiesta como sensibilidad, inmediatez, originalidad, libertad y espontaneidad. El segundo, es aquél de relación, reacción, enfrentamiento y lucha tal cual se manifiesta en el fenómeno. El tercer elemento es aquél de generalidad, mediación, continuidad, habituación, en el fenómeno como tal y como cabe dentro de un contexto de eventos que se suceden unos a otros continuamente. Estos elementos son utilizados para ver fenomenológicamente el fútbol.

¿Y qué es el fútbol? (Ver el capítulo I). El fútbol es un deporte fácil de jugar, simple y sobre todo universal, que después de un largo proceso de evolución, ha conservado sus características básicas y esenciales. Para practicarlo solo basta una pelota y varias personas que se animen a patearla de un lado a otro de la cancha de manera libre, espontánea y alegre, lo que transforma este ejercicio recreativo en una interesante experiencia lúdica. Incluso hay niños que cuando no consiguen un compañero se conforman con patear la pelota contra una pared que generosamente les devuelve el pase. Quizás por esto existe en el juego una combinación de pases entre dos futbolistas que se conoce con el nombre de pared.

Según las reglas actualizadas de la Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA), el "balompié", término como también se le conoce, se juega, oficialmente, sobre una cancha que debe medir 120 metros de largo por 90 de ancho, dividida por una línea central en dos partes iguales. De cada lado de la cancha, en el

centro de la línea de meta, se ubica una portería, o arco, construida por postes redondos y de un material fuerte, pero que no implique riesgos para los futbolistas.

La distancia entre los dos postes (verticales) será de 7.32 metros y la distancia del borde inferior del travesaño al suelo será de 2,44 metros. Los equipos se ubican uno a cada lado del terreno, compuestos cada uno por once jugadores que a su vez ocupan las tres zonas básicas del campo: defensa, mediocampo y ataque. Además está la posición del portero, o guardameta, un solitario que se encarga de impedir que el equipo contrario meta la pelota en su portería. Los partidos tienen una duración de noventa minutos, divididos en dos tiempos de 45 minutos, que se juegan en tiempo real, que el mismo tiempo de la existencia, tal como lo señala Nuño (1990).

Este juego milenario, es el más popular y el más practicado de todos los deportes conocidos en la historia de la humanidad. Se juega en todos los países del mundo, y su torneo más importante es la Copa del Mundo que se realiza cada cuatro años. Según las estadísticas de la FIFA, el último mundial de Brasil 2014, fue visto por 800 millones de televidentes y recaudó más de 700 millones de dólares.

Hecho el pequeño inciso para explicar, básicamente en qué consiste el fútbol, volvemos rápidamente, para señalar que hacer referencia a la hermenéutica, es hablar de una disciplina exegética con una larga historia. La hermenéutica nació como ciencia o arte de la comprensión, fruto de elevar el deseo de comprensión al estatus de reflexión sistemática. Nació por tanto, y así se concibió durante siglos, como un instrumento frente al malentendido y la incomprensión textual.

Hablar de hermenéutica es referirse al lenguaje. El universo semántico que ponemos en juego cuando nos comunicamos, dista mucho de ser diáfano para nuestros interlocutores, antes bien, a menudo se convierte en una fortaleza inexpugnable. "La incertidumbre semántica nos acompaña irremediablemente, y

nuestro lenguaje, en concordancia, dispone de recursos encaminados a cerciorarnos de que hemos comprendido bien y desde que se nos entiende”. (Gadamer, 2001: p.20)

La idea de utilizar el paradigma hermenéutico contemporáneo no es seguir adjetivando como hermenéutica cualquier investigación, por el hecho de ser una simple interpretación, sino más bien utilizar las herramientas que nos ofrece la disciplina para adentrarnos con criterio metodológico en la comprensión del lenguaje y la historicidad del fútbol en la cultura. A pesar, de que sabemos que no es nada fácil formular y justificar esta investigación en el marco de una teoría sobre la comprensión del sentido.

Señala Bayón (2006), que toda lectura interpretativa, toda aprehensión del sentido es un interpretar, es cierto, pero siendo esto así, esta acción que siempre realizamos en todo otorgamiento de sentido, ha de distinguirse de la teoría que justifica tal tesis, o de cómo se produce tal cosa, qué significa interpretar, que consecuencia extraemos de ello, entre otros. Digamos que la hermenéutica es el metalenguaje de la interpretación.

En tal sentido, explica el mencionado autor, que el concepto de "interpretación" tiene un amplio campo semántico, el mismo se puede entender como exegesis, traducción, comentario, glosa, aclaración, explicación, análisis, comprensión, intelección ..., a ello hay que añadir la diversidad de objetos de interpretación: desde el históricamente prominente como es el lenguaje textualizado (a su vez en tres formas canónicas: textos sagrados, filosóficos y jurídicos); la mentalidad de los relatores e idiosincrasia "epocal"; la historia; la estructura ontológica del hombre ...; de nuevo la interpretación con uno/s u otro/s términos y objetivos no es neutral, sino que está cargado de significado teórico.

Advierte Bayón (ob.cit.), que Emillio Betti distingue, por su parte, tres tipos de interpretación. (a) interpretación reproductiva, que es la que persigue representar

en su más pura autenticidad el objeto a interpretar, darle vida haciéndolo presente; (b) interpretación explicativa que se produce cuando nuestro interlocutor no comprende el sentido expresado, y necesita una aclaración de la primera formulación; y (c) función normativa, que se refiere a aquellos objetos de interpretación que son o pueden ser normadas de comprensión o de acción, es decir, sirven de pautas o criterios para ulteriores situaciones. Aclara Betti, que existe unidad absoluta entre interpretación y el concepto de comprensión.

Expresa Bayón (ob.cit.), que: la comprensión como observa Heidegger (sobre la base que acentuara el romanticismo alemán) y desarrollara Gadamer, no surge de la interpretación como si fuera algo externo (éste era el presupuesto ingenuo de la hermenéutica clásica), antes bien en la interpretación "el comprender se apropia de lo comprendido", es "el desarrollo de las posibilidades proyectadas en el comprender". Por ello la estructura de toda comprensión es la de algo como algo", es decir, la de una explicitación que, por lo demás, es anterior a toda predicación y enunciado (ob.cit.: p. 34).

Grhard Ebeling, referido también por Bayón (ob.cit.), distingue tres significados en el concepto de hermenéutica. El significado del vocablo debe buscarse en tres direcciones: afirmar (expresar), interpretar (explicar) y traducir (hacer de interprete). La primera de las direcciones del significado de "*ermeneuein*" era la de expresar, afirmar o decir, en clara concomitancia con la función anunciadora de Hermes. *Hermeneuein*, era ese anunciar, ese llevar un mensaje para ser comprendido. El segundo sentido es el de explicar (en tanto interpretar, aclarar). Esta dirección resalta el componente discursivo de ese "hacer comprensible "en qué consiste la hermenéutica. El tercero es "traducir". En ese sentido, interpretar es hacer comprensible algo ininteligible, convertir en familiar algo extraño en nuestro horizonte. Es la labor de mediación de Hermes entre dos mundos, el de los dioses y el de los hombres, o paradigmáticamente, la labor de traductor de un texto en un idioma extranjero al propio. (ob.cit.: pp. 38-39)

Son muchos los conceptos de definiciones de hermenéutica. Según Richard Palmer, citado por Bayón (ob.cit.), existen seis definiciones modernas de hermenéutica:

1) Hermenéutica como teoría de la exégesis bíblica:

Es el más antiguo significado de hermenéutica, surge en el contexto de la teología protestante, La primera aparición documental del término data de 1654 y denota la teoría, reglas y métodos en el que se apoyan el comentario y la exégesis de los textos sagrados, Su función, es fundamentalmente la interpretación de pasajes concretos especialmente oscuros, controvertidos a ambiguos. Por extensión, retrospectivamente, se acepta aplicar el término a la interpretación de los textos del Antiguo Testamento y los sucesos de esa época.

2) Hermenéutica como metodología filológica

En este caso, la hermenéutica se concibe como la teoría llamada a hacer explícito el conjunto de reglas de la exégesis filológica en general. Los textos clásicos constituyen el foco de atención, incluida la propia Biblia que, desde esta perspectiva, es considerada como un clásico más.

3) Hermenéutica como ciencia de la comprensión lingüística.

La hermenéutica aparece aquí como un saber a medio camino entre la ciencia y el arte, tendiendo a describir las condiciones de cualquier diálogo. Su carácter no es estrictamente filológico, sino que se trata de una hermenéutica general cuyos principios sustenta toda interpretación sea textual o no lo sea.

4) Hermenéutica como base metodológica para la Geisteswissenschaften:

De acuerdo con esta concepción, paradigmáticamente representada por Dilthey, la hermenéutica pasó a ser el método específico de las denominadas ciencias

del espíritu (Geisteswissenschaften), las ciencias que se proponen comprender las producciones humanas, frente al método causal-explicativo propio de las ciencias de la naturaleza (Natuwirssenschaften).

5) Hermenéutica como fenomenología existencial

Como es sabido a partir de los publicados por Heidegger de Ser y tiempo quedó inaugurado un nuevo modo de concebir la hermenéutica, alejado por igual tanto de las consideraciones de la misma como conjunto de reglas para la interpretación, como de su condición de soporte metodológico de las ciencias humanas. La hermenéutica se convirtió en la filosofía que explicita, fenomenológicamente, la comprensión como la preestructura ontológica del Dasein (Del ser ahí humano) que es previa y concomitante a todo uso metodológico y científico.

6) Hermenéutica como sistema de interpretación simbólica:

En este sentido la hermenéutica es entendida como un sistema interpretativo que busca descifrar el significado profundo u oculto tras el contenido manifiesto en un nexo simbólico que puede ir desde un texto a un sueño, un mito, o unos símbolos sociales.

Precisamente este último concepto es el que utilizamos en este trabajo para desarrollar toda la interpretación que hacemos del fútbol, apoyándonos, por supuesto, en otros paradigmas tradicionales del conocimiento como la semiótica y la fenomenología, para adentrarnos en la comprensión del fútbol como fenómeno social y cultural, desde diferentes perspectivas: histórica, filosófica, artística, sociológica y literaria.

No hay dudas que el fútbol es un símbolo social que tiene una poderosa fuerza semántica como pocas actividades humanas. Sin embargo, las lecturas que

cotidianamente se hacen de este deporte, por lo general, quedan en la punta del iceberg. Se habla de estadísticas, resultados y tablas de goleadores, pero es obvio que, no hay interés en ver más allá en las cosas "profundas u ocultas" a las que se refiere este último concepto de hermenéutica. Precisamente esa visión superficial es la que queremos trascender ubicándonos como mediadores entre el fenómeno (fútbol) y el público (espectador), para descifrar, explicar, o traducir lo que no está claro, lo que el mismo fenómeno oculta. Los símbolos naturales no se inscriben junto al lenguaje como valor de expresión inmediata, como fisonomías directamente perceptibles: es el universo del discurso donde estas realidades adquieren dimensión simbólica.

Llamo símbolo a toda estructura de significación donde un sentido directo, primario, literal, designa por añadidura otro sentido indirecto, secundario, figurado, que no puede ser aprehendido más que a través del primero. Estas circunscripciones de las expresiones de doble sentido, constituye propiamente el campo hermenéutico (ob.cit.: p. 99).

En tal sentido, expresa Paul Ricoeur (2003) que:

Sólo para una interpretación hay dos niveles de significación, ya que es el conocimiento del sentido literal lo que nos permite ver que un símbolo todavía contiene más sentido. Este excedente de sentido es el residuo de la interpretación literal. Sin embargo, para aquel que participa del sentido simbólico, no hay dos sentidos, sino más bien un solo movimiento, que lo transfiere de un nivel a otro y lo asimila a la segunda significación por medio del literal.

Las principales propuestas de Gadamer, por ejemplo, se encuentran en el revolucionario texto *Verdad y Método*, que funda el paradigma hermenéutico contemporáneo y que tantos debates generó. Gadamer, en clave heideggeriana, se

propuso recatar el significado ontológico de la comprensión como una preestructura originaria de nuestro estar en el mundo, anterior a todo conocimiento, objetivante pero también implicado en él. Algo que no presupone prescribir nada a la ciencia, ni ir mucho menos en contra de ella, porque como en numerosas ocasiones se ha esforzado en transmitir, su propósito no ha sido nunca normativo, ni metodológico, sino meramente descriptivo de lo que siempre ocurre cuando comprendemos, es decir asumible como descriptivo de la condición universal de la hermenéutica (Bayón, 2006: p 89).

Otros de los grandes aportes de Gadamer están en el campo de la historia. Insta a reconocer en toda comprensión un momento de continuidad en la tradición cuyos efectos, históricos, se extienden hasta nosotros sin ruptura. Y ello, porque el tiempo ya no es, como fuera para el historicismo, “un abismo devorador” sino que está cubierto por la continuidad de la procedencia y de la tradición, a cuya luz se nos muestra todo lo transmitido. Gadamer rescata el concepto de lo clásico, según él, símbolo y modelo por excelencia de verdad “que trasciende las determinaciones temporales, una especie de presente intemporal que significa simultaneidad con cualquier presente” (ob.cit.: p. 89).

Gadamer acabó con el proyecto diltheyano de especificar las condiciones de posibilidad de una verdadera historia (a semejanza de la tarea kantiana), cuya naturaleza había comprendido, bajo influencia hegeliana, como el conjunto de las objetivaciones del espíritu humano y para cuya aprehensión, bajo la influencia de las ciencias naturales resultaba exigible el rigor de un método (ob.cit.: p90).

El longevo pensador siempre le preocupó el miedo de que tanto la hermenéutica, como las otras ciencias humanas, fueran conducidas a un entrapamiento y a un alejamiento de la verdadera comprensión histórica.

Resumiendo, podemos señalar que en *Método y Verdad*, Gadamer plantea problemas fundamentales como: clarificar el propósito estrictamente ontológico de la hermenéutica, alejando la disciplina de todo intento prescriptivo y metodológico. Que el arte no puede ser reducido a una verdad científica, porque ese cercenaría las pretensiones de verdad de las ciencias humanas, como además lo hace el historicismo; plantea también allí una concepción de la verdad. El lenguaje como hilo conductor de la hermenéutica, asumido como el sustrato en el que se articula la tradición y el medio, a la vez de experiencia hermenéutica.

Rechazo metodológico, que es lo que más generó crítica y rechazó a la legendaria tradición hermenéutica de carácter normativo, prescriptivo y metodológico. Contraposición a la obsesión metodológica que marcó a las ciencias del espíritu (Scheleimacher, Diltehey). Por otra parte, critica el discurso histórico que ha llevado a la hermenéutica a tergiversar el problema de la comprensión por subordinarse al modelo objetivista del positivismo.

Paul Ricoeur y lo Simbólico

Otro de los filósofos que nos ayudan a la interpretación, en este caso del fenómeno fútbol es Paul Ricoeur, quien nos proporciona herramientas para hacer un análisis y un recorrido hermenéutico a través de ese deporte como objeto de interpretación.

Para Ricoeur, la interpretación designa toda inteligencia del sentido especialmente ordenada a las expresiones equívocas, la interpretación es la inteligencia del doble sentido. La hermenéutica, por su parte, encarna la teoría de las reglas que presiden la exégesis, es decir, la interpretación de un texto singular o de un conjunto de signos, susceptibles de ser considerados como texto. (Valdés, 2000: p.21)

De allí que en esta investigación el fútbol sea considerado, y tratado, como un texto en la definición expuesta por Ricoeur. Entre otras razones por la multiplicidad de lecturas que de él se desprenden.

Agrega Ricoeur que:

El texto genera el texto, es un mundo peculiar, un mundo que entra en conflicto con el mundo real para describirlo: lo rehace, lo confirma, lo niega. El escritor, también el escrito de filosofía, se vale de juegos de palabras, de asociaciones simbólicas, de descripciones con adjetivos, hipérbolos metáforas. Todo para logra describir un mundo para insertarlo en otro medio de existencia, definitiva y aparentemente inmóvil: el texto. (ob.cit.: p. 104)

Interpretar el deporte, y específicamente el fútbol, requiere de una sensibilidad especial, sobre todo si se quiere apreciar en el "texto-fútbol", dimensiones artísticas, filosóficas que trascienden el mero divertimento como juego. Indudablemente, que el fútbol encierra una realidad que trasciende la realidad meramente agonística, de competencia, y otra realidad que además de lúdica, produce una experiencia estética, que quizás es experimentada inconscientemente por el espectador. Para descifrarlo es importante un mediador que utilice la hermenéutica para explicar e interpretar dicho fenómeno.

Explica Valdés (2000) que el lector debe poseer la suficiente sensibilidad como para desplegar delante del texto una tarea que facilite la propensión de éste a debelar un mundo. Se trata de adentrarnos en el sentido del texto más que en la personalidad de su autor. (p. 106)

CAPÍTULO II

LA HISTORIA DEL FÚTBOL

(...) no es solo un relato literal del pasado y una figuración de la temporalidad, sino más allá de ello, una representación literal del contenido de un drama sin tiempo, el de la humanidad luchando cuerpo a cuerpo con la “experiencia de la temporalidad”

White

Cuando la historia duerme, habla en sueños: en la frente del pueblo dormido el poema es una constelación de la sangre. Cuando la Historia despierta, la imagen se hace acto, acontece el poema: la poesía entra en acción. Merece lo que sueñas.

Octavio Paz

Ritmo, magia, versatilidad y belleza son características intrínsecas del fútbol, uno de los deportes más populares del mundo. No hay rincón del planeta, por más apartado y solitario que sea, donde no haya llegado este interesante fenómeno de la cultura que tanta pasión genera en las masas. Es posible que ese contagio tenga que ver, con la estética, pero, sobre todo, con la sencillez y la simplicidad de un deporte, que apenas requiere de una pelota y un pedazo de tierra para inventar un mundo aparte de la realidad. No en vano dijo alguna vez el escritor Pier Paolo Pasolini que el fútbol es el reino de la libertad ejercido al aire libre.

Hasta hace poco tiempo si se quiere no existían certezas acerca del origen del fútbol, sin embargo algunos historiadores consiguieron vestigios del juego de pelota en culturas antiguas, aunque esas manifestaciones no podían ser consideradas propiamente como fútbol, ya que para entonces no había reglas, ni normas que definieran a este deporte como lo conocemos hoy en día.

En la antigua China, por allá hace tres mil años antes de Cristo aproximadamente, los militares practicaban un juego que formaba parte de los entrenamientos rutinarios. Culminada cada batalla los soldados organizaban un par de equipos para darle patadas a la cabeza de los soldados enemigos muertos. Tiempos después esas cabezas de cadáveres fueron cambiadas por pelotas de cuero rellenas de cabello. Formaban equipos de ocho jugadores y pateaban la pelota sin dejarla caer al suelo, dirigiéndola fuerte hacia un arco levantado en medio del campo y compuesto de dos estacas unidas por un pedazo de sogá.

En el antiguo Japón fue creado otro deporte bastante similar al fútbol actual conocido como Kemari. El mismo era practicado por integrantes de la corte del emperador japonés y se desarrollaba en una cancha de unos doscientos metros cuadrados. La bola con la que se jugaba el Kemari estaba construida de bambú y entre las reglas se prohibía el contacto físico entre los participantes. Historiadores del fútbol han coincidido en afirmar que los orígenes más remotos de este deporte efectivamente se encuentran en antiguos pueblos de China y de Japón.

Epikiros se llamó un deporte bautizado por los griegos que se conoció por lo menos un siglo antes de Cristo. Dos equipos conformados por nueve personas cada uno veían pasar los días retozando como niños bajo el embrujo de una pelota que circulaba de un lado a otro en un terreno rectangular. En la ciudad griega de Esparta los jugadores pateaban la pelota hecha de vejiga de buey rellena de arena o tierra. Estos campos a diferencia de otros eran bastante grandes, pues los conjuntos estaban conformadas por quince jugadores. Cuando el imperio romano dominó a Grecia asimilaron muchas manifestaciones de su cultura y terminaron jugando el Epikiros, pero por razones quizás temperamentales de los romanos el deporte terminó siendo más violento.

Investigadores coinciden en afirmar que el juego de calcio salió de Italia y llegó a Inglaterra en el siglo XVII. En este país el juego fue sistematizado, organizado y se actualizaron sus reglas. La cancha debería medir 180 metros de largo por 120 de ancho, con dos grandes arcos rectangulares llamados de gol y colocados a los extremos del campo. La pelota ya no era una cabeza humana, o un vientre de buey, sino una pelota de cuero inflada con aire. De esta forma el fútbol comenzó a ser uno de los principales entretenimientos de los estudiantes y niños de la nobleza inglesa. Así se fue popularizando de tal manera que en el año de 1848 mediante una conferencia en la Universidad de Cambridge se estableció un reglamento definitivo para la disciplina. Mientras que en 1871 fue creada la figura del guarda redes (portero) que era el único jugador que podía tomar la pelota con la mano y estar metido en el arco para evitar la entrada de la misma. En 1875 se establece la duración del juego de 90 minutos y en 1891 la regla de penalti para castigar las faltas dentro del área. Es apenas en 1907 cuando se crea la norma del fuera de juego, o outside.

No sería sino hasta 1885 cuando el fútbol adquiere condición de juego profesional en Inglaterra, gracias, entre otros aspectos a la fundación de la International Board, institución encargada básicamente de cambiar y mejorar las reglas de este deporte. En 1897 un equipo de fútbol inglés conocido como el Corinthians realiza una gira por el continente europeo lo que contribuyó a difundir el balompié por muchos países del mundo.

Mientras tanto en 1888 es fundada la Liga de Fútbol que tenía como propósito organizar los torneos y competencias internacionales, y posteriormente, en 1904 fue creada la Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA), poderosa organización encargada de administrar y dirigir el fútbol en todos los rincones del planeta. El principal torneo organizado por la FIFA es el Mundial de Fútbol que se

celebra cada cuatro años en países diferentes. La primera Copa del Mundo se celebró en Uruguay en 1930.

Un grito de gol

Los ecos más remotos de un grito del gol quizás, como señalábamos al principio de este capítulo, se hayan escuchado por primera vez en cualquier aldea bucólica de la milenaria cultura China, nada de extrañar siendo esta la cuna de casi todo los grandes inventos desde el papel hasta la brújula. Dicha hipótesis sobre los antecedentes del fútbol cobra mayor fuerza si tomamos en consideración, por ejemplo, que en la *Ilíada* y *La Odisea*, de Homero, las dos obras mitológicas y literarias más representativas de la civilización occidental, aparecen descripciones sobre casi todos los deportes (carreras, jabalina y pugilato), pero ninguna sobre algún juego parecido al fútbol, lo que pudiera hacernos pensar que el balompié en vez de haber nacido en Grecia o en Atenas, pudo haberse desarrollado al calor de la civilización oriental, y específicamente en China.

En el fútbol como en casi todo lo demás, los primeros fueron los chinos. Hace cinco mil años los malabaristas chinos bailaban la pelota con los pies, y fue en China donde tiempos después se organizaron los primeros juegos. La valla estaba al centro y los jugadores evitaban, sin usar las manos, que la pelota tocara el suelo. De dinastía en dinastía continuó la costumbre, como se ve en algunos relieves de monumentos anteriores a Cristo y también en algunos grabados posteriores que muestran a los chinos de la dinastía Ming jugando como una pelota que parece de Adidas.(Galeano, 1995: .p.25)

Otros relatos y crónicas indican que el fútbol llegó a Inglaterra después de un largo periplo desde Egipto y Japón para ubicarse definitivamente en Inglaterra donde se organizó, se masificó y perfeccionaron sus reglas, para convertirse en lo que conocemos hoy en día como el fútbol moderno. Señalan algunos historiadores

que la práctica de esta disciplina se remonta a miles de años antes de Cristo (AC). Esta teoría sobre la antigüedad de este deporte, poco a poco ha venido ganando aceptación debido a una especie de arqueología del fútbol, es decir, investigaciones históricas a través de las cuales durante muchos años se han estado rastreando las huellas de la pelota en las diferentes manifestaciones culturales de los pueblos originarios como por ejemplo la pintura rupestre, la oralidad y más tarde la historia de la literatura.

Se sabe que en tiempos antiguos los egipcios y los japoneses se divertían pateando la pelota. En el mármol de una tumba griega de cinco siglos antes de Cristo, aparece un hombre peloteando con la rodilla. En las comedias de antífanos hay expresiones reveladoras, pelota larga, pase corto, pelota adelantada. Dicen que el emperador Julio César era bastante bueno con las dos piernas, y que Nerón no embocaba una: en todo caso, no hay duda de que los romanos jugaban algo bastante parecido al fútbol mientras Jesús y sus apóstoles morían crucificados. (ob.cit.: p.25)

Al parecer la locura y la fascinación desatada por el fútbol no es nada nueva. Si bien es cierto que el balompié en siglos pasados no estaba tan masificado como ahora cuando existe una marcada influencia de los medios de comunicación, hay evidencias suficientes de que desde hace miles de años los hombres han sentido una gran atracción y debilidad por este deporte que tantas emociones desata en fanáticos de todo el planeta. Jamás un objeto aparentemente tan sencillo e insignificante como una pelota atrajo la atención de miles de millones de personas en el propio terreno de juego, o a través de la televisión.

Esa fascinación por el fútbol se puede constatar no solamente estudiando las manifestaciones culturales de los pueblos como el teatro, la danza o la pintura, sino por intermedio de relatos míticos y crónicas de carácter histórico, o de ficción. Así

lo intenta explicar el escritor uruguayo Eduardo Galeano en el importante libro *El fútbol a sol y sombra*.

... Los reyes prohibían esos lances sangrientos: en 1349, Eduardo III incluyó al fútbol entre los juegos "estúpidos y de ninguna utilidad" y hay edictos contra el fútbol firmados por Enrique IV en 1410 y Enrique VI en 1547 que confirman el poder estimulante de las prohibiciones: En 1592, en su *Comedia de los errores*, Shakespeare recurrió al fútbol para formular la queja de sus personaje: Ruedas para voz de tal manera... ¿me habéis tomado por pelota de fútbol? Vos me pateáis hacia allá y él me patea hacia acá. Si he de durar en este servicio, debo formarme de cuero. Y unos años después, en *Rey Lear*, el conde de Kent insultaba así: - Tú ¡despreciable jugador de fútbol!. (p. 26)

Otros datos importantes citados por Galeano indican que en Italia donde el fútbol se conoció como calcio y aún sigue llamándose así, Leonardo Da Vinci era hinchera fervoroso y Tomas Maquiavelo jugador practicante. Agrega el escritor uruguayo que una multitud acudía a los partidos, que se celebraban en las plazas más amplias y sobre las aguas congeladas del Arno. Lejos de Florencia, en los jardines del Vaticano, los papas Clemente VII, León IX y Urbano VIII solían arremangarse las vestiduras para jugar al calcio.

El Popol Vuh y la pelota

Es imposible conocer exactamente el origen del fútbol en tierras americanas. No obstante existen algunos indicios que pueden dar pistas desde cuándo más o menos se practica el fútbol en el nuevo continente. Al parecer los primeros que disfrutaron el placer de correr descalzos detrás de una pelota de caucho fueron los indígenas que habitaron Centro América, especialmente los territorios de México y Guatemala, aunque también se habla de los quechuas en Bolivia y los guaraníes en las inmensas paraderas del actual Paraguay. Un dato sumamente revelador se encuentra en el *Popol Vuh* el libro mítico de la civilización maya quiche

en el que aparecen referencias literarias de un deporte similar al fútbol en el que se solazaban nuestros primeros habitantes luego de las faenas cotidianas, e incluso, durante las fuertes batallas que libraron con la llegada abrupta y violenta del imperio español:

- ... Luego los mandaron a llamar todos los señores
-¡Ea! ¡Vamos a jugar a la pelota muchachos!, les dijeron. Al mismo tiempo fueron interrogados por Hun-Carné y Vucub-Carné.
- ¿De dónde venís? ¡Contadnos muchachos! Les dijeron los de Xibalbá.
- ¡Quién sabe de dónde venimos nosotros. Lo ignoramos, dijeron únicamente y no hablaron más
- Está bien. Vamos a jugar a la pelota muchachos, les dijeron los de Xibalbá.
-Usaremos esta nuestra pelota, dijeron los de Xibalbá
-Buenos, contestaron
-De manera usareis ésta, sino la nuestra contestaron los muchachos

(Popol Vuh, (1989)

En la América antigua crecieron pueblos que alcanzaron importantes niveles de desarrollo en temas como la agricultura, la astronomía, el arte y el urbanismo así se puede constatar gracias a los estudios históricos y arqueológicos. No debería resultar para nada casual que así como nuestros antepasados alcanzaron adelantos sorprendentes en aspectos utilitarios de la vida como la ingeniería, hayan incursionado y promovido la práctica del deporte como un aspecto recreativo prioritario en el contexto de la organización social. Tampoco sería extraño para alguien que se dedicara con acuciosidad a escudriñar las Crónicas de Indias encontrarse de repente episodios en el que, por ejemplo, el mismísimo Tupac Amaru se entretuviera pateando la pelota, incluso antes de ser ejecutado por mandato del virrey Toledo el 24 de noviembre de 1572 en la plaza central del Cusco ante más de 15 mil personas.

Muchos son quienes pueden recordar con cierta facilidad la famosa carrera de un poco más de 42 kilómetros que tuvo que recorrer el guerrero Filipedes para comunicar a sus compañeros en Atenas que habían ganado la batalla contra los persas en la bahía de Marathon. Eso está muy bien, sin embargo, muy pocos saben que los payn aztecas, o los chasquis incas, corrían grandes distancias por terrenos sinuosos para poder llevar noticias y encomiendas a todas las poblaciones de los vastos imperios. Gracias a los chasquis se podía saber a tiempo en el Cusco acerca de los resultados de las plantaciones, las terribles sequías e incluso las sublevaciones que con frecuencia se desataban contra el imperio. La historia del deporte en Europa ha sido bien difundida y prestigiada; no ha ocurrido lo mismo en América donde no hemos valorado datos históricos importantes.

Al respecto, indica Galeano (1995) que, en México y en América Central la pelota de caucho era el sol de una ceremonia sagrada desde unos mil quinientos años antes de Cristo, pero no se sabe desde cuando se jugaba el fútbol en muchos lugares de América. Según los indios de la selva amazónica de Bolivia, tiene origen remoto la tradición que los lleva a corree tras una bola de goma maciza para meterla entre dos palos sin hacer uso de las manos. En el siglo XVIII un sacerdote español describió así, desde las misiones jesuitas del Alto Paraná, una antigua costumbre de los guaraníes: "no lanzan la pelota con la mano, como nosotros, sino con la parte superior del pie descalzo" (ob.cit.: p.27). El fútbol moderno, o como lo conocemos hoy en día llegó a Suramérica principalmente por Argentina y Brasil. a través básicamente de las empresas inglesas que llegaron en grandes embarcaciones desde Europa para trabajar en la explotación de las minas de carbón.

El fútbol llegó a América en barcos ingleses

En 1864 un profesor inglés llamado Alexander Watson Hutton fundó en Argentina una escuela y resolvió que el fútbol era un buen juego para calmar al

espíritu desenfadado de los estudiantes. Es así como decidió incluir este deporte en el currículo escolar. Para la época los británicos ejercían un fuerte dominio sobre todo lo que tenía que ver con la organización del fútbol. El club que ganó los primeros campeonatos fue el "Alumni", un equipo fundado por los hermanos Brown, quienes más tarde fundarían lo que es en la actualidad la Asociación Argentina de Fútbol (AFA).

Todos los libros, estatutos, manuales y reglamentos del fútbol estaban todos escritos en inglés. La Escena fue copada durante las tres primeras décadas por los británicos hasta que el Racing Club de Avellaneda ganó el primer título en la historia para una oncena local. Es solo a partir de ese momento cuando el fútbol adquiere una identidad y una condición propiamente Argentina.

En el caso de Brasil son muchas las historias que existen en torno a la llegada y el desarrollo del balompié. La más divulgada es la que refiere que el fútbol moderno viajó de Europa a Brasil gracias a un personaje conocido como Charles Miller en 1894, aunque hay relatos según los cuales el fútbol se practicaba en el gigante del sur mucho antes de esa fecha.

La versión más arraigada indica que el fútbol entró en América Latina por territorio argentino a través de técnicos y obreros británicos que llegaron en 1894 para la construcción de las vías férreas. Aunque según algunos historiadores los brasileños que vivían en la frontera con ese país ya practicaban el fútbol.

También es común encontrar algunos relatos en los que se afirma que tripulantes de barcos europeos acostumbraban a jugar en las costas brasileñas, solo que la práctica tardó un poco en popularizarse porque los marinos europeos cuando regresaban a sus países de origen se llevaban consigo la pelota que era un objeto

excéntrico en Brasil. En 1878 fue realizado un encuentro frente a la residencia de la princesa Isabel que reunió a una importante cantidad de público en la zona.

Los historiadores insisten en que el fútbol se conocía en Brasil antes de que apareciera Charles Miller, sin embargo este último ha sido reconocido como el padre del fútbol brasileño. Miller nació en Sao Pablo el 24 de noviembre de 1874, hijo de madre brasileña con origen inglés y padre escocés. A los nueve años viajó a la ciudad de Hampshire en Inglaterra, donde como estudiante aprendió a jugar fútbol, y Rugby. A los 17 años destacó por su gran habilidad y olfato del gol al conseguir 41 tantos en 25 partidos con la camiseta del Banister School de la ciudad de Southampton.

A comienzos de 1894 Miller regresa a Brasil para trabajar en la compañía inglesa de ferrocarriles Sao Pablo Railway Company. Para entonces solo existía el equipo Sao Pablo Athletic fundado en mayo de 1888 por la colonia británica. Él llevó de Inglaterra dos balones de la marcha School, varios uniformes y un conjunto de reglas, además de su experiencia como jugador. En Brasil como en Inglaterra el fútbol creció en el seno de los operadores de trenes, quienes fueron convencidos por Charles Miller de jugar fútbol en vez de Cricket. Este personaje de la historia del balompié brasileño fue fundador del campeonato paulista, siendo campeón del primer torneo en 1902 con el Sao Pablo Railway Company y mejor anotador con nueve goles en diez juegos. Se retiró en 1910 y luego fue árbitro de fútbol algunos años. Murió en 1953 a los 82 años de edad.

Con la divulgación del fútbol por parte de Charles Miller los funcionarios de la Sao Pablo Railway Company comenzaron a difundir el deporte, hasta que el 14 de abril de 1895 en Sao Pablo se jugó el primer partido de fútbol en Brasil con jugadores ingleses radicados en la capital del país. El club Sao Pablo Railway, de Miller, venció cuatro por dos a la Compañía de Gas.

Hecho un repaso de la llegada del fútbol moderno a Brasil y Argentina que son los países con mayor historia de este deporte en el continente. Sobre todo Brasil que es el único país en haber conseguido cinco títulos mundiales, queremos saltar de inmediato a Venezuela.

El fútbol en Venezuela

Según el periodista Eleazar Díaz Rangel, en Pacanini (1998), fueron los ingleses quienes introdujeron por primera vez el fútbol en Venezuela a partir del año 1905; sin embargo, el primer equipo Deutscher Sport Verein Caribbean fue organizado por colonos alemanes, y también hicieron aportes importantes para el desarrollo del mismo los padres jesuitas y salesianos.

Ya en 1920 se jugaban torneos de varias categorías; en 1923 el padre Feliciano Gastaminza funda El Loyola, y más tarde se organiza la Asociación Nacional de Fútbol. Cuenta Díaz Rangel en El libro de béisbol, cien años de pelota en Venezuela, que cada vez que llegaba un barco inglés se armaban estupendos partidos entre extranjeros y locales. Agrega que unas veces jugaban contra el Venezóleo, o bien contra el Centro Alemán de Puerto Cabello o el Centro Atlético, éste último campeón absoluto desde 1920 al 27.

A pesar de que en 1926 una oncena criolla derrotó a seis goles por uno al Deportivo Santander, este deporte, sin embargo, no llegó a entusiasmar al pueblo, entre otras razones porque sólo era practicado por ingleses, alemanes, y estudiantes de los colegios privados a los que no tenía acceso la gente humilde. Mientras tanto, el béisbol, que había llegado con las trasnacionales petroleras, ganaba popularidad y se iba masificando entre algunas comunidades de Caracas principalmente. Por ejemplo en 1926 El Paraíso FC tenía entre sus jugadores a integrantes de la más rancia oligarquía caraqueña como: Alfredo Yáñez, Carlos Ibarra, Raúl García, Carlos

Arévalo, Felipe Casanova, Antonio Guzmán Olavarría, Antonio Matos, Ramón Armando León, Mario García, Roberto Machado Morales, y Carlos Larrazábal.

En 1925 fueron fundados los equipos, el Royal en una comunidad popular como Sarría lo que ayudó a que el fútbol comenzara a tomar simpatía en la calle; y por otro lado, el 5 de octubre de ese mismo año nació el Dos Caminos. Ya en 1935 el Royal superaba a este último en arraigo y ascendencia sobre el público de las zonas pobres de la capital. (ob.cit.:p.15-16)

El fútbol en Venezuela fue hasta el final de la década de los noventa el más débil de Suramérica, incluso por debajo de Bolivia y Ecuador. Es tan así que la selección nacional era conocida peyorativamente en el contexto futbolístico mundial como La Cenicienta por su bajo rendimiento competitivo. Esa historia cambió gracias a un proceso de transformación iniciado por el entrenador argentino José Omar Pastoriza, que introdujo cambios importantes en cuanto a la actitud del jugador criollo, pero que se convirtió en una verdadera revolución con la llegada de Richard Páez Monzón, un antiguo jugador de la década de los setenta, médico de profesión, quien elevó el autoestima del futbolista criollo gracias a un trabajo psicológico que le permitió un cambio sustantivo en su comportamiento tímido sobre la cancha, logrando una manera particular de asumir los compromisos, pero, sobre todo, una identidad y una manera propia de jugar inexistente en el futbolista vernáculo. Todo ese trabajado de Pastoriza y Páez fue aprovechado al máximo por el técnico de la selección César Farías quien está muy cerca de lograr la primera clasificación a un Mundial en la historia del fútbol venezolano.

CAPÍTULO III

LA SOCIOLOGÍA DEL FÚTBOL

Nuestra vida, decía Pitágoras, se asemeja al grande y populosa asamblea de los juegos olímpicos, unos ejercitan su cuerpo para alcanzar renombre en los juegos, otros en el comercio para lograr ganancias y, y otros hay, que por cierto, no son los más insignificantes, cuyos fines consisten solo en investigar la razón de las cosas y en ser pacíficos espectadores de la vida de los demás hombres para ordenar y juzgar la suya propia.

Montaigne

El fútbol es un fenómeno social y cultural que ha tenido una incidencia importantísima en la vida de los individuos y los grupos sociales. Seguramente no existe otra actividad en el planeta que haya crecido y se haya masificado con tanta fuerza en los últimos sesenta años. Esto sucede no solo en las grandes ciudades, sino en los pueblos más apartado de la tierra. Si alguien visitara a Makran que hasta hace poco era uno de las comarcas más solitarias y bucólicas de Irán, seguramente al entrar lo primero que encontrará será a unos niños pateando una pelota de fútbol

El fútbol ha permeado con abrumadora facilidad otros aspectos de la sociedad como la economía, la cultura, el turismo e incluso la política. De allí que si algún estudio merece el fútbol, ese es precisamente un estudio desde el enfoque sociológico. Son muchas las implicaciones sociales que tiene el balompié. Este es un deporte de multitudes que se extiende y desarrolla a gran velocidad, por supuesto, con la ayuda de los grandes medios de comunicación, el marketing y la publicidad. Es

un fenómeno que enciende las más variadas pasiones, agrupa a multitudes y lamentablemente también es un pretexto que genera violencia como la que se produce todos los domingos en los estadios de fútbol de todo el mundo. Pero seguramente, como dice Galeano: (“”) el fútbol no está para generar violencia, aunque a veces la violencia lo use de válvula de desahogo (Galeano, 1995: p. 210)

Una aproximación sociológica del fútbol es absolutamente posible, si se entiende la sociología como una ciencia que se encarga de estudiar la organización de los grupos humanos, los cambios y las transformaciones en el ámbito de los procesos de urbanización e industrialización de las sociedades contemporáneas.

La sociología estudia los vínculos recíprocos de los diversos fenómenos sociales y las leyes generales del comportamiento social de las personas. La sociología surgió como ciencia independiente sólo en el siglo XIX (el término fue introducido por Conte, pero sus fuentes se remontan a un lejano pasado. (Rosental, p.560)

Son muchos los fenómenos sociales que se desencadenan alrededor del fútbol. El fanatismo, la alegría, la pasión, la música, el amor por la camiseta, el sentido de pertenencia, la identidad con los clubes, el chauvinismo, el nacionalismo, la superstición, el mito, la religión, la idolatría, las apuestas ilegales, las barras bravas, el fascismo, el racismo, la intolerancia sexual, la violencia organizada y hasta la guerra. En más de cien años de historia, y sobre todo desde el primer Mundial de Fútbol jugado en 1930 en Uruguay, se han producido acontecimientos que bien merecen un análisis serio por la penetración y el alcance que ha logrado el balompié en la sociedad moderna.

Según algunos investigadores, como Abraham Maslow (1943), el origen de la cultura se encuentra en el momento en que las necesidades primarias como la alimentación y la vivienda estaban cubiertas, así surgía el deporte como una

manifestación social espontánea y libre. De allí que tiene plena justificación la relación intrínseca entre el deporte, y el fútbol específicamente, con la historia y la evolución de la dinámica social.

El filósofo español Ortega y Gasset (1983) indica que todos los actos utilitarios y adaptativos de la vida, todo lo que es reacción a premiosas necesidades, son vida secundaria. La actividad original y primaria de la vida es siempre espontánea, lujosa, de intención superflua, es libre de expansión de una energía preexistente

(...) esto nos lleva a transmutar la inveterada jerarquía y considerar la actividad deportiva como la primaria y creadora, como la más elevada seria e importante, y la actividad laboriosa como derivada de aquella, como su mera decantación y precipitado. Es más, vida propiamente hablando es sólo la de cariz deportivo, lo otro es relativamente mecanización y mero funcionamiento. (pp. 609-610)

De acuerdo a lo que expresa Ortega y Gasset, el deporte nace con el hombre. Es tan antiguo como la sociedad misma, por eso, como lo analizáramos anteriormente en el capítulo sobre la historia del fútbol, no es para nada descabellado pensar que este deporte haya tenido sus más remotos vestigios, en el caso americano, en las culturas aztecas y precolombinas.

Sus reflexiones acerca del deporte le dieron pie a Ortega para profundizar sobre las teorías adelantadas en su texto más emblemático *La Rebelión de las Masas* (1980) observando cómo los viejos hábitos del pueblo se escenificaban ahora en los grandes estadios deportivos. Volvió a su tesis acerca de como las masas iban influyendo en la toma de decisiones de los poderes del Estado.

Con respecto al origen del juego en el libro *Homo Ludens*, Johan Huizinga (1972) va incluso más lejos, plantea que el juego es anterior al hombre. Señala que: "el juego es más viejo que la cultura; pues por mucho que estrechemos el concepto de esta, presupone siempre una sociedad humana, y los animales no han esperado a que el hombre les enseñe a jugar. Con toda seguridad podemos decir que la civilización humana no ha añadido ninguna característica esencial al concepto de juego. Los animales juegan, lo mismo que los hombres". (p.11)

Microsociedad imperfecta

De manera que existen argumentos antropológicos, sociológicos y culturales validos para interpretar y comprender los fenómenos y los comportamientos que se reproducen y masifican a partir, y al alrededor del fútbol. El estudio de la historia y la tradición en lo que respecta al devenir de la convivencia humana, no dejan dudas de la pertinencia que tiene la interpretación del fútbol, y otras disciplinas, desde la perspectiva sociológica.

Si la propensión constante del espíritu a personificar las cosas con las que se las tiene que haber en su vida radica, efectivamente, en la actitud lúdica, entonces se nos plantea una cuestión importante a la que tan solo podemos aludir de pasada. La actitud lúdica ha debido existir antes de que existiera cultura humana de expresión y comunicación. Desde los primeros tiempos existía el terreno propicio para la figuración personificadora. (ob.cit.: p. 167)

Por supuesto que en este trabajo no existe ninguna pretensión de hacer un estudio detallado acerca de la sociología como ciencia, sino mostrar lo acontecimientos y los fenómenos del fútbol que tienen incidencia en la dinámica social. De modo que aquí se toma la sociología según lo planteado por Simmel.

Simmel, al pretender definir el objeto de estudio de la sociología, advierte que no puede ser pura y simplemente la sociedad, que es tratada por otras ciencias, y propone convertirla en "un estudio de las formas de socialización", de tal manera que la diferencia entre la sociología y las demás ciencias histórico-sociales no consista en su objeto, sino el modo de considerarlo. (Ferrater, 1964: p.27)

Tomando esa definición de Simmel es que en adelante serán abordados algunos aspectos importantes del fenómeno fútbol, y como estos fenómenos penetran en el tejido social, y viceversa, alterando incluso algunas normas, valores y códigos sociales, que son imprescindibles para preservar el desarrollo normal de la convivencia humana en sociedad.

La sociología además de estudiar los aspectos comunes a todo tipo de fenómenos sociales y las relaciones estructurales existentes entre ellos, también se ha aproximado a otras áreas de estudio, que, aunque sean abordadas por otras ciencias, son susceptibles de análisis desde la óptica sociológica.

Este estudio se da a través de un pluralismo teórico que permite estudiar el deporte en sus múltiples, manifestaciones de conflicto y orden, de reproducción y ruptura, de pasión y contención disciplinada. Un pluralismo, pues, que hace que unos sociólogos vean el fenómeno social del deporte un reflejo de los desequilibrios y conflictos de las sociedades industriales, mientras que otros consideran este mismo fenómeno social del deporte como fuente parcial del progreso y plenitud que permite tal tipo de sociedades. (Fernando, Barata, y Otero 2009: p.13)

El fútbol es uno de los deportes que quizás más se parece a la vida. Es un deporte de pasiones en el que se conjuga además del drama, el placer, la tragedia, la épica y hasta la poética. Por algo el entrenador argentino Salvador Bilardo afirmaba que los países juegan como viven.

La pelota, algo aparentemente tan simple, trasmuta en un objeto venerado por todos: por los veintidós futbolistas que corren detrás de ella sobre el engramado, por los miles de fanáticos que se congregan en las tribunas, por los periodistas, los narradores y por los millones y millones de personas en todo el mundo que permanecen hipnotizados por noventa minutos, frente a la pantalla del televisor. La pelota, esa diminuta circunferencia lúdica, pasa a ser el centro de atención de la multitud, de la masa, de la tribuna, una especie de mundo en movimiento, que cruza de un lado a otro de la cancha, mientras que es vigilada por las miradas atentas de los fanáticos que la observan fijamente como una obsesión hasta el último minuto del partido.

La vida es una trama muy compleja, y el fútbol la interpreta cada domingo de un modo fehaciente. No falta de nada sobre el césped: hay honor, dignidad, belleza, éxito, felicidad... y, además, fracaso, tristeza, suerte- de la buena y de la mala-, justicia, injusticia, amor, odio, represión, y libertad. El fútbol, nos dice Valdano (1996), que es una microsociedad- imperfecta, según matiza, porque no incluye a las mujeres- que sirve de espejo para conocer la realidad y el hombre. (p.55)

Pasión de Masas

Para algunos filósofos griegos la categoría "pasión" tiene que ver con una afección del alma. Según una definición más general, es una afección o modificación del alma o de un sujeto psíquico, es decir, la persona, pero cuando se trata de un colectivo se habla de "pasiones", que sería este el caso de un deporte masivo como el fútbol.

Se trata de cierta energía básica que en principio puede hallarse tanto en animales como en los hombres, pero que en los hombres tiene un carácter especial, por cuanto sus actos pueden tener, un valor moral (bueno o malo).

Para Descartes las seis pasiones fundamentales son: el amor, el odio, el deseo o apetito, la alegría y la tristeza. Para él, las pasiones difieren de otro pensamiento en cuanto son percepciones, sentimientos o emociones. En la actualidad se entiende más bien por "pasión" todo efecto intenso y permanente, toda invasión de la vida psíquica por un efecto que domina la voluntad. (ob.cit.: p 27)

La pasión es un ingrediente fundamental en casi todos los deportes, pero al parecer, en ninguno es tan abundante como en el fútbol. Quizás por eso el balompié es tan universal, al fin al cabo donde haya corazón y nervios habrá pasión, unas veces desenfrenada y otras veces bajo las riendas de la razón. No en vano, decía Sábato que a él le gustaba el fútbol porque este es un deporte apasionante y el era un hombre de pasiones.

El aficionado in extremis lleva una pelota entre los oídos. Rara vez trata de defender lo que piensa porque está demasiado nervioso pensando en lo que defiende. Cuando los suyos pisan el pasto, el mundo, el balón y la mente son una y la misma cosa. Con absoluto integrismo, el fanático reza o frota su pata de conejo (...) Pero tampoco falta el que ofrece sus fósforos para que el balompié arda en hogueras ejemplares. Odiar puede ser un placer justificable, y a caso las canchas cumplan la función secreta de molestar a quienes tienen honestas ganas de fastidiarse. (Villoro 2006. p. 27)

La pasión en el fútbol, vista desde los preceptos morales, ha generado sentimientos interesantes como euforia, alegría, felicidad, placer, e incluso ha salvado a muchos fanáticos de la soledad y el ostracismo, aunque por apenas noventa minutos, que es lo que dura la película. Por eso no es casual que miles y

miles de personas desfilen en masa todos los domingos a los estadios del mundo, como feligreses que acuden a una iglesia, a intentar llenar el vacío existencial de los grandes conglomerados humanos. En muchos pueblos del mundo no puede haber iglesias pero, pueden ustedes estar seguros de que no puede faltar una cancha de fútbol.

El fútbol es una especie de bálsamo dominguero para sofocar el aburrimiento. Quienes asisten a las canchas en manadas, como ovejas, parecen andar en búsqueda, de una identidad, de una representación, de un encuentro, y, quizás por eso se agrupan alrededor de los himnos, los colores del club, las fanfarrias, las banderas, y alrededor de todos aquellos iconos y símbolos que de una u otra forma le dan sentido de pertenencia a sus vidas.

El balompié está lleno de episodios conmovedores en lo que la angustia y los nervios trastocan la emoción de los espectadores. Es normal observar lágrima de dolor por una derrota, así como lágrimas de alegría ante una victoria apoteósica y dramática en el último minuto de una final de cualquier torneo local, o de una Copa del Mundo.

Pero así como existe el júbilo y la alegría, existe la otra cara de esa realidad, que tiene que ver con la irracionalidad de los bajos instintos y la violencia que salpica y envenena al fútbol desde hace años, sobre todo después de que la barita mágica de la televisión convirtió a este deporte en un gran espectáculo de masas, en un fenómeno global y en una poderosa máquina de producir dinero.

Dice Villoro (ob. Cit.) que:

El arte de patear puede caer en la esfera de los placeres inofensivos o desembocar en el fanatismo del hooligans, la prepotencia del directivo, la mentira prefabricada de la televisión. Espejo del mundo que comienza más allá de los estadios, el juego de las patadas no es ajeno a

la violencia, el racismo, o la comercialización. La aporía del aficionado es la de una pasión pura, incontaminada, refractaria al efecto de la cerveza, las burlas de los enemigos y la manipulación de los medios (pp.22 y 23).

En ese contexto nacieron los hooligans, las barras bravas, los gánsteres y todo tipo de grupos violentos que se han escondido detrás de la festividad, la pulcritud y la nobleza del juego, de lo recreativo y de lo lúdico para transgredir todas las normas de convivencia social, delinquir, romper el contrato social, y hasta matar a otro, con el pretexto de defender los colores de una república, una comarca o un club.

El caso de los hooligans, es un fenómeno que ameritaría una tesis aparte de esta, por las características propias de esos grupos y por todas las implicaciones que su insurgencia tiene en el contexto deportivo, tanto dentro como fuera de las canchas. Ha sido el mayor problema que ha tenido que enfrentar la Federación Internacional de Fútbol, Asociado (FIFA), por sus siglas en inglés, para preservar el "faire play", la seguridad, y la paz en los escenarios.

Quien parece haberse adelantado al surgimiento de los hooligans, ese interesante fenómeno de la posmodernidad, fue el sociólogo francés Michel Maffesoli (2004), quien ya hace varios años constataba el surgimiento de algunas pequeñas sociedades en el seno de las grandes ciudades, definidas por él como nuevas "tribus" que se organizaban a través de una causa y un sentimiento común. Mayoritariamente jóvenes que, influenciados por los medios de comunicación y la industria cultural, pero también, por la soledad del hombre, buscaban, casis desesperados, sentido de pertenencia, reconocimiento mutuo, medirse unos con otros y experimentar algunas formas de solidaridad.

El sociólogo francés Michel Maffesoli (2004) lo plantea de la siguiente manera:

(...) la metáfora del tribalismo, que para los etnólogos más ortodoxos corresponden a tribus primitivas estudiadas, ha mostrado que ya no son las grandes instituciones las que prevalecen en la dinámica social. Si no aquéllas pequeñas entidades que han estado (re) apareciendo progresivamente. Se trata de microgrupos emergiendo en todos los campos (sexuales, religiosos, deportivos,, musicales y sectarios). Regresamos así a algo anterior llamado mito del progreso, a la gran constitución *societal* constituida a partir del siglo XIX. Así la imagen del tribalismo en su sentido estrecho simboliza el reagrupamiento de los miembros de una comunidad específica con el fin de luchar contra la adversidad que los rodea. (p.6)

Lo que quizás no avizoraba Maffesoli era la irracionalidad y la violencia con la que los hooligans, y otros grupos organizados alrededor del fútbol, defenderían sus intereses en la sociedad, e, incluso, en el seno de sus propias organizaciones. Por eso es común ver enfrentamientos entre "tifosi" y "ultras", algunos tan trágicos como el que lamentablemente ocurrió en Heysel, o entre integrantes de barras bravas como ocurre todas las semanas en las ligas de Argentina, Brasil, Perú y otros países latinoamericanos donde el fútbol desborda los límites del furor y el fanatismo.

Ver a Pelé, bien vale una tregua

Son muchos los episodios que han estremecido al deporte más popular del planeta. En este capítulo dedicado a la sociología del fútbol referimos sucesos importantes, que, de cualquier forma, reflejan el entramado sociológico del balompié. Uno de los casos más emblemáticos y curiosos es el que afirma que Edson Arantes do Nascimento "Pelé" detuvo una guerra en el continente africano.

Fue tanta la fama y la importancia del Santos en aquella década que, en 1969, durante la guerra civil del Congo (hoy en día Zaire), los bandos en conflicto hicieron una tregua para que el Santos pudiera jugar en Kinshasa y en Brazaville.

Cien canciones lo nombran. A los diecisiete años fue campeón del mundo y rey del fútbol. No había cumplido veinte cuando el gobierno de Brasil lo declaró *tesoro nacional* y prohibió su exportación. Ganó tres campeonatos mundiales con la selección brasileña y dos con el club Santos. Después de su gol número mil, siguió sumando. Jugó más de mil trescientos partidos, en ochenta países, un partido tras otro a ritmo de paliza, y convirtió casi mil trescientos goles. Una vez detuvo una guerra: Nigeria y Biafra hicieron una tregua para verlo jugar (Galeano, 1995, pp. 152).

Tarjeta roja para el árbitro

La Perla negra, tal como bautizaron los periodistas a Pelé en Europa, fue autor principal en otra escena dramática del fútbol suramericano, ocurrido el 17 de julio de 1968 en el estadio Campín de Bogotá, en un amistoso entre el Santos de Brasil y la selección neogranadina, pitado por el árbitro Guillermo El Chato Velásquez.

Lo que ocurrió en Colombia tiene ribetes inimaginables y de literatura de ficción, pero ocurrió realmente y es fácilmente comprobable. Solo que la figura de Pelé ha sido mitificada por sus "torcedores" y en ocasiones de él se cuentan cosas exageradas y hasta ficticias en torno a su brillante carrera profesional.

Así lo cuenta Miguel Méndez Camacho (2004) periodista colombiano:

En el minuto 35 el árbitro pitó una falta de los brasileños que comandados por Pelé protestaron airados. El Chato entonces expulsó

al rey de la cancha con tarjeta roja. Nunca se había escuchado en el Campín un coro de 60 mil aficionados, maldiciendo al árbitro y pidiendo la decisión contraria: que volviera a la cancha Pelé y que se fuera el árbitro. Y en un hecho sin antecedentes en la historia del fútbol, los organizadores del encuentro le rogaron a Pelé que regresara al campo, presentándole disculpa, y expulsaron al tonto del pito, regañándole por exhibicionista y bruto

Catástrofe histórica en Lima

Ojalá Pelé, así como por un instante pudo detener la muerte de soldados y civiles en África, hubiera podido evitar la peor catástrofe que haya tenido el fútbol en más de quinientos años de historia. El 24 de mayo de 1964, en el estadio Nacional, de Lima, Perú, se jugaba el torneo preolímpico suramericano. La selección local sub- 23, perdía con Argentina un gol por cero. Sin embargo, los peruanos dominaban ampliamente el encuentro, hasta que en el minuto treinta y nueve el atacante Lobatón levantó la pierna ante el argentino Morales cometiendo "plancha". La jugada terminó en gol para Perú, pero el árbitro uruguayo Ángel Eduardo Pazos, la anuló por infracción. El público enloquecido en las tribunas comenzó a protestar y un aficionado invadió la cancha, pero fue sacado rápidamente.

Más de cuarenta y cinco mil personas que estaban en el estadio, y otras miles que no habían podido ingresar, empezaron a lanzar objetos al campo de juego, La Policía, que no podía controlar la situación, lanzó bombas lacrimógenas contra los aficionados, quienes huyeron hacia las puertas de salida que algún caradura inexplicablemente había cerrado. Las personas desesperadas intentaron salir a la calle pero fue imposible. El accidente terminó con unos trescientos muertos y más de quinientos heridos, en un lamentable hecho que convirtió a casi toda la ciudad de Lima en un hervidero de violencia y pasiones incontrolables.

La guerra entre El Salvador y Honduras

Mucho se ha dicho que el fútbol es la continuación de la guerra por otros medios. Una imitación de la batalla. Una metáfora del enfrentamiento. Al respecto indica Galeano (1995) que: En el fútbol, ritual sublimación de la guerra, once hombres de pantalón corto son la espada del barrio, la ciudad o la nación. Estos guerreros sin arma ni coraza exorcizan a los demonios de la multitud, y le confirman la fe; en cada enfrentamiento entre dos equipos, entran en combates viejos odios y amores heredados de padre a hijo.

No obstante, Juan Nuño (1989) advierte que: los juegos van más allá de ser simples metáforas de la guerra, sino que en ocasiones son la guerra misma. Admite. Que todo juego en tanto recreación de un universo aparte, es una falsedad: porque lo que reduce no queda aparte, sino que se tiñe y mezcla con todas las pasiones e intereses que proceden del mundo exterior y cotidiano del que precisamente el juego, en tanto juego, pretendía evadirse con su festiva y anónima representación.

En el fútbol básicamente, el enfrentamiento se desplaza de la cancha a las tribunas, y de estas, a las calles, e incluso, a la política, con una gran carga emocional, que en ciertos momentos produce sucesos con ribetes realmente trágicos como el ocurrido en 1969, cuando Honduras y el Salvador se fueron a la guerra, no a la del engramado y los goles, sino a las de la balas y los ejércitos.

Todo ocurrió a propósito de las eliminatorias centroamericanas para el Mundial México 70, aquel torneo que en el que se titularía Brasil con el equipo más espectacular que conozca la historia del balompié. Allí brilló con luz propia el Rey Pelé, el más grande jugador de todos los tiempos.

Nunca antes los medios de comunicación que casi siempre se lavan las manos con el pretexto de la "libertad de expresión" y "el deber de informar", habían sido tan irresponsables en el tratamiento de un suceso deportivo. Fueron ellos los que azuzaron el avispero del nacionalismo a ultranza y la idolatría por el fútbol, tanto en los seguidores de Honduras como en los de El Salvador.

El 8 de junio de 1969, la selección salvadoreña viaja a Tegucigalpa, la capital de Honduras, para el primer compromiso que ganó esta última un gol por cero, luego de que los visitantes no pudieran mantener el empate que se les fue de las manos (o más bien de los pies) en los últimos minutos del partido

La indignación por la derrota se apoderó de los salvadoreños. Hasta tal extremo que el joven Amelia Bolamos se voló los sesos de un disparo luego de la frustración. El entierro del adolescente, al que asistieron miles de fanáticos, e incluso militares, fue transmitido por televisión, lo que generó un gran revuelo y expectativa para el partido de vuelta que se jugaría en San Salvador el 15 de junio.

En la capital del salvador los hondureños fueron recibidos con más ruido y más odio que con el que habían sido recibidos los salvadoreños días atrás. A tal extremo, que la selección visitante tuvo que viajar hasta el estadio en carros blindados. Además, momentos antes del juego había sido quemada la bandera de Honduras e irrespetado el himno nacional. Hubo muertos y heridos.

Este segundo partido fue ganado por El Salvador 3 goles por 0, lo que obligó a un tercero en una cancha neutral, que sería el estadio Azteca de México, que había sido construido para albergar la final de la Copa del Mundo 1970.

Un episodio de carácter político y social catalizó aún más las pasiones y el odio entre los fanáticos. Paramilitares agredieron y cometieron supuestas atrocidades

contra campesino inmigrantes salvadoreños que fueron obligados a salir de Honduras, a propósito de la aplicación de una reforma agraria que exigía mayor oportunidad para los campesinos hondureños que habían sido desplazados por los salvadoreños, la mayoría de ellos ilegales.

Es así como el 25 de junio, dos días antes del partido final en México, el gobierno del Salvador acusó por genocidio a Honduras ante la ONU. Los dos países cerraron la frontera y movilizaron sus ejércitos al lugar. Mientras tanto El Salvador empataba 2 a 2 con Honduras, con un gol en la prórroga que le permitió asegurar su clasificación a la Copa del Mundo.

El 14 de julio el ejército salvadoreño invadió a Honduras, iniciado una guerra que duró cien horas, dejó más de dos mil quinientos muertos y que solo se detuvo gracias a la intervención de la Organización de Estados Americanos (OEA).

Para Gazdik (2005) el conflicto no se generó a raíz de los partidos de fútbol, sino a los problemas políticos, pero lo que sí es cierto es que estos colmaron tanto las tensiones entre estos dos países, que fue lo que derramó el agua del vaso y dio paso a un triste episodio que se ha relacionado con el deporte. (p.83)

Tragedia de Heysel

Cuando muchos pensabas que la euforia y la pasión incontrolada no volvería a desbordar la irracionalidad de los amantes del balompié, como ocurrió aquella trágica tarde del 24 de mayo de 1964 en la capital peruana, la historia regresó por sus fueros: el 29 de mayo de 1985, esta vez en el estadio Heysel de Bruselas, Bélgica, cuando un enfrentamiento entre fanáticos enloquecidos produjo treinta y nueve muertos y miles de heridos.

Se jugaba la final de la Copa de Europa, conocida más tarde como la Liga de Campeones de la UEFA, entre la Juventus de Italia, y el Liverpool de Inglaterra. Eran tiempos de ebullición y crecimiento de unos estrafalarios grupos conocidos como los hooligans, que mezclaban un coctel letal de drogas, alcohol, fascismo, chauvinismo, racismo, xenofobia, nacionalismo exacerbado y mucha intolerancia.

Los Hooligans que habían nacido en Inglaterra, se extendieron a toda Europa, adoptando el nombre de "Ultras" en Italia. Era una especie de virus de la violencia que iba dejando víctimas en todos los estadios del mundo y principalmente en la Gran Bretaña, donde alcanzó niveles de violencia insospechados.

Antes del fatídico encuentro los medios de comunicación sensacionalistas, habían, quizás sin proponérselo, exacerbado los ánimos de los cincuenta mil fanáticos italianos e ingleses que habían llegado a Bélgica para presenciar una guerra deportiva que dejó de ser metáfora para transmutarse en cruda y fatal realidad. Los comentaristas de televisión atizaron la candela del nacionalismo y elevaron el partido a una cuestión de patriotismo absurdo entre Italia e Inglaterra, que para ese momento eran las dos grandes potencias del fútbol mundial. Italia, por ejemplo, venía de obtener la Copa del Mundo de España 82, con seis jugadores que formaban parte de la oncenita titular de la Juventus.

El enfrentamiento entre los bando se inició una hora antes del partido cuando los aficionados del Liverpool comenzaron a lanzar objetos contra los de la Juve. Hooligans y Ultras estaban separados y los policías intentaron infructuosamente de impedir el enfrentamiento que se produjo en la zona "Z" donde estaban ubicados los italianos. La avalancha fue de tal magnitud que éstos quedaron aprisionados contra la baranda, muriendo treinta y cuatro tifosis; además de dos belgas, dos franceses y un británico. Apenas dieciocho días antes de Heysel se había producido otra tragedia en la que fallecieron cincuenta y cinco fanáticos luego de que se incendiaria

una tribuna en el estadio de Valley Parade en Bradford, durante un encuentro de la Tercera División inglesa entre el Bradford City y Lincoln City.

Jugando con la muerte

Un 17 de diciembre del año 1997 mientras las selecciones de Uruguay y Sudáfrica disputaban un partido por la Copa Confederaciones en el estadio Rey Fahd de Arabia Saudita, un comando guerrillero del Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA), encabezado por el legendario Néstor Cerpa Cartolini asaltaba la embajada de Japón en Perú, tomando como rehenes a más de 800 personas, entre ellas diplomáticos, funcionarios, y militares, quienes tres meses después serían rescatados espectacularmente por un comando especial que asesinó a los catorce insurgentes que fueron sorprendidos jugando fútbol en una de las lujosas salas de aquella residencia que se levantaba marmoleada y fría en una arista de Lima.

Los funcionarios de alto rango del gobierno del presidente Alberto Fujimori, hombres de negocio y personalidades influyentes de la cultura, asistieron en esa ocasión al exquisito sarao ofrecido por el embajador de turno Morihisha Aoki con motivo de la celebración del 63 aniversario del emperador de Japón Akihito. Allí también estaban tres rehenes de suma importancia estratégica para los terroristas, por ser familiares directos del mandatario peruano: su madre la señora Matsue, el hermano menor, Pedro, y su hermana Juana.

Los insurgentes, herederos del pensamiento rebelde del inca antiimperialista José Gabriel Condorcanqui, conocido históricamente como Tupac Amaru, habían planificado minuciosa y sistemáticamente el asalto a la residencia del embajador nipón. Es así como cuatro meses antes alquilaron una casa contigua, desde donde construyeron un largo túnel que les permitió acceder al jardín central de la mansión, donde irrumpieron armados hasta los dientes ante el espanto y el miedo de los

presentes que por instante imaginaron que se trataba apenas de una fantasmagoría producto del abundante sake.

La casa del embajador japonés era una especie de fortín de anchas paredes, cámaras de video, ventanales y puertas blindadas, que ese día era custodiada por más de 300 oficiales y guardaespaldas fuertemente armados, al parecer difíciles de sorprender, que fueron apostados en las calles que rodeaban la sede.

Días después de ingresar a la embajada, lo guerrilleros que presionaban al gobierno para que dejará en libertad a unos 400 miembros del MRTA que estaban detenidos en cárceles peruanas, fueron liberando paulatinamente a los secuestrados hasta quedarse con apenas 72 de los más de 800 que tenían en cautiverio. No obstante Alberto Fujimori que necesitaba aumentar su popularidad, por un lado simulaba auspiciar un acuerdo, pero por el otro preparaba el rescate con la fuerza armada peruana y el apoyo de comandos especiales de EEUU e Israel.

Los guerrilleros al parecer tenían todo fríamente controlado, pero éstos cometieron un gravísimo error: jugar fútbol todos los días a la misma hora, así como lo hacía el Che Guevara la primera vez que visitó Perú. La información llegó a los integrantes de la operación Chavin Huantar gracias a micrófonos y cámaras ingresadas al lugar de manera secreta. Este dato, aparentemente insignificante, fue la clave para que el 22 de abril el gobierno iniciara el dramático rescate. Tres cargas explosivas fueron detonadas en la cancha improvisada, justa y precisamente en el momento cuando quizá Cartollini le devolvía un pase de taquito a su Camarada Eduardo Sánchez.

Seguidamente treinta comandos especiales ingresaron al edificio a través de un túnel que habían construido y por la puerta principal que había sido volada con

varios kilos de C4. El saldo: 71 liberados, y todos los guerrilleros, dos soldados y un secuestrado muertos.

Al día siguiente cuando el ejercito juntaba los cadáveres, encontraron un misterioso balón que nadie supo cómo llegó a la embajada.

¿El opio de los pueblos?

Desde la perspectiva marxista no pocas veces el fútbol ha sido percibido en los mismos términos que la religión: es decir, como "el opio de los pueblos". Un medio expedido del status quo, o el stablishment, para embobar y alienar a las masas con el propósito de que no piensen en cuestiones más pragmáticas y socialmente más trascendentes como, por ejemplo, la lucha de clases y la organización de los trabajadores. Por mucho tiempo se ha dicho que el deporte ha servido como arma de manipulación ideológica que distrae, sublimando al pueblo.

Aplicadas al mundo del deporte las interpretaciones marxistas hacen hincapié en que el deporte es un producto genuino de la revolución industrial y del nuevo orden social establecido por la burguesía.

Para la sociología marxista el deporte constituye un esfuerzo positivo e ideológico del que se vale el sistema capitalista para conseguir en la masa social una aquiescencia moral y fáctica que hacen posible que las relaciones de dominio y poder sigan inalterables. (ob.cit.: p.26)

El fútbol es la disciplina que recibe mayores críticas desde esa perspectiva, entre otras razones por su inmensa popularidad y por la capacidad que tiene para seducir a las multitudes. Además, el balompié ha crecido vertiginosamente durante

los últimos sesenta años de la mano del modelo capitalista neoliberal, la globalización y el desarrollo científico tecnológico de los medios de comunicación. Fue a partir del Mundial Suecia 58, con las transmisiones en vivo y directo por televisión, que el fútbol expandió su práctica por todos los países del mundo.

No cabe duda que el fútbol no se hubiera masificado tanto, ni hubiera alcanzado el poder de influencia y el furor que provoca en los jóvenes, de no haber sido por el inmenso poder de persuasión de los grandes medios de comunicación, que son considerados como una de las primeras herramientas de manipulación ideológicas del capitalismo.

Para teóricos marxista como Ludovico Silva (1984), los medios de comunicación juega un papel fundamental para la sustentación ideológica del capitalismo, al respecto plantea que la base ideológica del capitalismo imperialista se encuentra en forma preconsciente en el hombre medio de esta sociedad y que todos los restos mnémicos que componen ese preconsciente se han formado al contacto diario y permanente con percepciones acústicas y visuales suministradas por los medios de comunicación y decimos que ellos constituye la base de la sustentación ideológica del capitalismo.

El fútbol es un deporte que reúne características propias y condiciones inmejorables para ganar cada día más seguidores en todo el planeta. Es un juego aparentemente sencillo, fácil de practicar y con un inmenso poder para seducir a las masas, pero sobre todo a los grandes públicos virtuales, por las emociones que despierta. Por supuesto que eso lo saben perfectamente quienes a diario se mueven en el mundillo de la industria cultural, que ha convertido al balompié en una poderosa fuente de recursos económicos, maná en el que interactúa la televisión, el marketing y la publicidad.

El fútbol es un espectáculo y eso sería imposible sin la omnipresencia de la televisión. Al respecto señalan Jesús María Aguirre y Marcelino Bisbal, (1981) en el libro *La ideología como mensaje y masaje* que:

la televisión es urgente conocerla por las características ideológicas (. . .) y porque es la causante del supuesto efecto socializante de los aparatos, al reunir a los miembros de la familia y los amigos, que de otra manera nada tendrían que decirse en un círculo de sordos.

El balompié es un producto de la cultura de masas y se vende como cualquier otra mercancía a través de los grandes medios de comunicación. Con la irrupción de la televisión por satélite hay un caudal gigantesco de información dando vueltas a velocidades frenéticas por toda la tierra, acerca de los jugadores que son mitificados y metamorfoseados en semidioses, los clubes y las ligas, aún la de los países más pequeños. La televisión es al fútbol, lo que según George Orwell (1984), es el Gran Hermano a la sociedad contemporánea. Un ojo gigante, ubicuo, que vigila todo, hasta el más pequeño detalle entre la pelota y el consumidor de goles.

En tal sentido reflexiona Umberto Eco (1986) diciendo que:

La cultura de masa en su mayor parte es producida por grupos de poder económico con el fin de obtener beneficios, permanece sometida a todas las leyes económicas que regulan la fabricación, la distribución y el consumo de los demás productos industriales. El producto debe agradar al cliente, no debe ocasionarle problemas, el cliente debe desear el producto y debe ser inducido a un recambio progresivo. (p.74)

A pocos debe extrañar que muchos intelectuales, sobre todo de izquierda, observen aún la pelota como un objeto de superstición e idolatría capaz de hipnotizar a las mayorías y desviarlas como rebaños humanos de los ideales progresistas.

La cultura deportiva encierra en sí misma un modelo acabado que está en perfecta armonía con la estructura básica del Estado contemporáneo. El deporte ofrece así, a través de sus estructuras simbólicas, una posibilidad real de integrar a grandes masas de la población dentro del aparato estatal, manteniendo de esa forma la hegemonía de los grupos dirigentes y dominadores del mismo.

Petre Pericle Trifonas (2004) agrega que:

Sobre llevar el hastío de la rutina depende de la existencia de un mundo lúdico imaginario cuyas reglas quedan al margen de las rígidas estructuras institucionales del trabajo. "Ser Libre", en este sentido, significa liberarse de la tiranía del trabajo indispensable, aunque se trate de un juego indirecto, vivido a través de la observación de las mentes y cuerpos de otros que lo juegan.

Muchas son las críticas que se lanzan en contra del fútbol desde la cháchara zurda, sin embargo advierte Galeano (1995) que así como Rudyard Kipling en 1880 se burló del fútbol y de las "almas pequeñas que pueden ser saciadas por los embarrados idiotas que lo juegan", el teórico marxista italiano Antonio Gramsci paradójicamente elogiaba al fútbol como "reino de la libertad humana ejercida al aire libre" (ob.cit. pp. 36 y 37).

Agrega el escritor uruguayo que:

el desprecio de muchos intelectuales por el balompié se funda en que la idolatría por la pelota es la superstición que el pueblo merece. Poseída por el fútbol, la plebe piensa con los pies, que es lo suyo, y en ese goce subalterno se realiza. El instinto animal se impone a la razón humana, la ignorancia aplasta a la cultura, y así la chusma tiene lo que quiere (ob.cit. P. 36).

Las Malvinas y Maradona

Al igual que en la antigua roma del “pan y circo”, el fútbol ha sido muchas veces utilizado por los gobernantes para hipnotizar las conciencias y para la manipulación ideológica. El fútbol muchas veces es mezclado con la política, la Patria, el nacionalismo y otras veleidades, pero también es utilizado como bandera y como medio para algunos fines, la mayoría de ellos inconfesables. La historia está llena de una gran cantidad de ejemplos.

Hay varios episodios turbulentos en los que el fútbol ha sido catalizador de pasiones violentas. Acabamos de reseñar en este mismo capítulo la guerra entre El Salvador y Honduras, pero además está aún latente lo que ocurrió durante el mundial de España 82, en Argentina e Inglaterra a propósito de la confrontación bélica entre ambos países por el control de las islas Malvinas.

La junta militar argentina, encabezada por el general Leopoldo Fortunato Galtieri, intentó aprovecharse políticamente de la gran popularidad del fútbol argentino, sobre todos, después de que el país conquistara la Copa del Mundo del 78 jugada en Argentina.

Galtieri había dado un golpe de estado y esperaba posicionar su gobierno por intermedio de una jugada maquiavélica y sumamente peligrosa: recuperar por la fuerza a las islas Malvinas que el país suramericano le ha reclamado a Gran Bretaña durante más de 150 años.

Cuenta Jimmy Burns (1997) en su libro *La mano de Dios* que el 21 de febrero de 1982 el general Galtieri visitó a la selección argentina en un campo de entrenamiento cercano a Buenos Aires, y ante las cámaras de televisión se acercó a Maradona y lo abrazó. Entre muchas estrategias para justificar la guerra el régimen

quería manipular a la estrella del equipo para que éste apoyara tácitamente el traslado de soldados argentinos a las Malvinas.

Fue así como el 28 de marzo de 1982, a pocos días del inicio del Mundial España 82, el general dio la orden de invadir las islas Malvinas. A principios de mayo un submarino británico atacó al portaviones argentino General Belgrano con la muerte de 365 soldados. La revancha argentina llegó en forma de un devastador ataque Exocet contra HMS Sheffield no se hizo esperar. El equipo de la Copa del Mundo de Argentina, una vez que Maradona se unió a él, hizo lo que pudo por la causa posando para un grupo de fotógrafos, junto a una pancarta que rezaba: "Las Malvinas son argentinas".

Antes y durante la guerra una vez más como en otros contextos, los medios atizaron la candela intercalando lemas nacionalistas de apoyo a la invasión, con imágenes del Mundial de 1978 que había ganado Argentina. Mientras que los políticos ponían énfasis en las estrechas relaciones entre fútbol y la política, durante sus declaraciones públicas.

Acota Burns que:

Para la junta militar argentina, el fútbol era como la había sido en 1978, una parte de su diseño político, solo que esta vez iban a vivir la experiencia de un partido miserable en el que Argentina perdía tanto la guerra como el campeonato (ob.cit.: 123).

Mientras tanto Sergio Levinsky (1996), en el texto Maradona, rebelde con causa, reseña que: muchos aficionados al fútbol se preguntaban qué hacía el equipo argentino, cuando el fútbol se emitía por Tv y alcanzaba a tapar lo que ya parecía inminente: una catastrófica derrota con el consecuente repliegue del Gobierno del ex

general Leopoldo Galtieri, el regreso de las elecciones democráticas un año y medio después y la muerte de una gran cantidad de jóvenes inocentes que pagaron caro una aventura loca de quienes veían perdido el poder y buscaron legitimidad por la cuerda más tensa.

Así como los militares argentinos se aprovecharon del fútbol para intentar legitimar una guerra en nombre del honor y la bandera, el magnate de los medios de comunicación, y dueño del club Milán, el italiano Silvio Berlusconi, no le tembló el pulso para ganar fanáticos en las tribunas y adeptos en las urnas de votación transformando un slogan publicitario en propaganda política: "Forza Italia".

Silvio Berlusconi prometió que salvaría a Italia como había salvado al Milan, el superequipo campeón de todo, y los lectores olvidaron que alguna de sus empresas estaban a la orilla de la ruina", escribió Galeano. (1995: p. 18)

Unos años más tarde Berlusconi quedaría al desnudo ante la opinión pública, al ser acusado de supuestos actos de corrupción económica, y de prostituir a varias jovencitas durante un polémico y agitado mandato como primer ministro.

Como hombre televisivo a Berlusconi siempre le han obsesionado las apariencias y seducir al público. Por eso se preocupa tanto de mantener un bronceado durante todo el año y llevar siempre trajes cruzados de corte impecable para disimular su estatura napoleónica. (Foer, 2006)

Pero no hay nada nuevo bajo el sol, el fútbol y el amor por los símbolos siempre han ido revueltos como el Orinoco y el Magdalena y no faltarán demócratas o dictadores que quieran pescar en esas aguas, casi siempre turbulentas. En 1934 Italia ganó la Copa del Mundo por el país, pero también por Mussolini. Los

futbolistas avivaban a Italia y saludaban a la tribuna con la palma de la mano extendida.

También para los nazis el fútbol era una cuestión de estado. Un monumento recuerda en Ucrania, a los jugadores del Dinamo de Kiev de 1942. En plena ocupación alemana, ellos cometieron la locura de derrotar a una selección de Hitler en el estadio local. Les habían advertido: Si ganan mueren. Entraron resignados a perder, temblando de miedo y de hambre, pero pudieron aguantarse las ganas de ser dignos. Los once fueron fusilados con las camisetas puestas, en lo alto de un barranco cuando terminó el partido (Galeano, 1995).

El paraíso de los Hooligans

Así como para los catalanes el Barcelona es mucho más que un club, para los serbios el Estrella Roja de Belgrado es mucho más que eso, es un emblema y una institución, que alcanzó en 1991 el año más glorioso de su historia al conquistar la Champions League. Es el símbolo con el que se identifican los jóvenes que buscan desesperadamente una vía de escape para hacer catarsis, y canalizar sus vigorosas energías.

Alrededor de este importante club europeo se han agrupado miles de fanáticos de todas las clases sociales, que imponen su ley en las tribunas, los campos de entrenamientos, las calles y hasta en las sofisticadas oficinas de este equipo que por un momento fue manejado, detrás del telón, nada más y nada menos que por el presidente Milosevic, un entusiasta seguidor del fútbol, un forofo incondicional del Estrella Roja y del movimiento nacionalista en la otrora Yugoslavia.

Este equipo en un primer momento se mostró como un símbolo importante de la posible estabilidad de Yugoslavia, un territorio multiétnico dividido por la

ideología, la insensatez y los conflictos. No obstante, del seno de la fanaticada del Estrella Roja de Belgrado, en la que predominan los pertenecientes a la barra de los "Ultra Bad Boys", salieron una manada de locos mercenarios y paramilitares que llenarían de terror al país escudados en la pasión del fútbol.

Según Franklin Foer (2006), "los aficionados del Estrella Roja iban a convertirse en las tropas de asalto de Milosevic, los agentes más activos de la limpieza étnica y eficientes practicantes del genocidio" (ob.cit.: p. 21).

Durante las décadas de los ochenta y los noventa los hooligans eran una terrible amenaza para la paz en Europa, y por supuesto un dolor de cabeza permanente para los altos dirigentes de la FIFA. El origen de esa rara avis que combina fútbol, alcohol, drogas y racismo fue Inglaterra, pero la misma se extendió como una epidemia por todos los estadios del planeta, a la velocidad de una pelota pateada por Roberto Carlos. Fue tan alarmante la situación de violencia con los hooligans que la "Dama de hierro" Margaret Thatcher los llegó a considerar "una deshonra para la sociedad civilizada".

Argumenta Franklin Foer que: basándonos en el número de muertos – más de cien en el decenio de 1980 – los ingleses eran los principales productores mundiales de aficionados perturbados, pero no eran, ni mucho menos, los únicos. En toda Europa, América Latina y África, la violencia había pasado a formar parte de la cultura del fútbol.

Y en lugares donde llevaba largo tiempo acompañando al fútbol, se hizo más extensa y destructiva durante los años ochenta y noventa. Pero un aspecto es curioso y alarmante. "Los aficionados serbios estaban, sencillamente, algo mejor organizados y mucho mejor armados que en el resto del mundo" (ob.cit.: p. 23).

Los Ultra Bad Boys fueron liderados por el antiguo policía, Zeljko Raznatovic, alias "Arkan", un hombre extrovertido, venerado por muchos y odiados por otros, que alcanzó un gran protagonismo y popularidad, entre otras razones, por las frecuentes apariciones públicas en los medios de comunicación y por las excentricidades y lujos que se daba. Pero, realmente el mito de Arkan está básicamente fundado en sus crímenes y en las relaciones políticas que cosechó durante y después del gobierno comunista en Yugoslavia. Un mercenario, asesino a sueldo, gánster que desde muy joven pagó cárcel en varios países, alguna de las cuales se fugó con prodigiosa habilidad.

Arkan ya era un adolescente durante la dictadura de Tito, régimen con el cual su padre colaboró como oficial de la Fuerza Aérea. Por cierto que el simpático mariscal Tito durante los treinta y cinco años que gobernó Yugoslavia había reprimido los sentimientos negativos hacia la Segunda Guerra Mundial impidiendo toda manifestación secesionista. Yugoslavia aún no superaba el peso histórico de que sus dos principales pueblos (serbios y croatas) se enfrentaran durante el conflicto. De allí, que caído el Muro de Berlín y los gobiernos comunistas de Europa del este, serbios y croatas, aún resentidos, comenzaron a reclamar justicia por sus muertos.

Para Foe (ob.cit), los partidos entre Estrella Roja de Belgrado y el Dinamo de Kiev constituyeron la primera vez, en cincuenta años, en que Yugoslavia veía a sus grupos étnicos combatir abiertamente. Los estadios se convirtieron en verdaderos campos de batalla con saldos realmente trágicos

(...) Arkan ayudó a Slobodan Milosevic, secretario general del Partido Comunista serbio desde 1986 a realizar una tarea excepcionalmente compleja. Milosevic había acumulado popularidad y poder explotando el nacionalismo serbio tanto tiempo sofocado. Pero cínico, como era, sabía que esas pasiones podían volverse fácilmente en su contra. El nacionalismo había que regularlo con cuidado. Un enclave peligroso era el estadio del Estrella Roja de Belgrado donde los hooligans se habían politizado. (ob.cit.: p. 26).

En la antigua Yugoslavia el fútbol a través de la historia siempre tuvo relación con el poder. Equipos como el Estrella Roja mantuvieron representantes del gobierno dentro de la organización. Todo esto con el objetivo de controlar los escarceos de muchas de las bandas ultranacionalistas que transformaron los estadios en hervideros de violencia, donde se libraban encarnizadas batallas entre serbios, croatas y eslovacos.

Mientras que Arkan tranquilizaba a los hooligans del Estrella Roja, Milosevic expresó a los líderes de Croacia y Eslovenia que no podía seguir siendo socio de los serbios. Un pretexto para azuzar los nacionalismos. Es así como estos dos primeros países se declararon independientes y Serbia respondió con la guerra.

A falta de un ejército grande y bien organizado, Milosevic utilizó el liderazgo de Arkan dentro de los estadios para reclutar hooligans serbios, que esta vez se enrolaron en un verdadero ejército, con el sugerente nombre de Los Tigres, no para gritar goles sino para matar a supuestos enemigos, la mayoría musulmanes.

Al respecto escribe el mexicano Juan Villoro (2006), que quien desee conocer la mala vibra y el pésimo rollo que puede salir del fútbol, puede pasar una temporada con los Ultra Bad Boys, apoyadores del Estrella Roja de Belgrado. (p. 29)

En los momentos más álgidos de los enfrentamientos entre fanáticos nacionalistas, Milosevic contrató a Arkan para controlar la violencia en los estadios. Este hizo un trabajo sumamente efectivo y se ganó el respeto de los dirigentes del Estrella Roja y del gobierno. Apaciguó las pasiones, pero fue utilizado por Milosevic para impulsar sus oscuros intereses políticos a través de la violencia organizada y sistemática.

En la prensa yugoslava, y en realidad en todo el mundo, la guerra había sido una metáfora del deporte. Los equipos combatían y atacaban, tenían defensas impenetrables y delanteros que lanzaban voleas. Ahora los hombres de Arkan daban vida a esa metáfora

Agrega Franklin Foe (2006), que finalizada la guerra de Croacia y Bosnia, según cálculos del Departamento de Estado, Los Tigres habían matado, mediante el degollamiento, la estrangulación y otros métodos de ejecución, a dos mil hombres y mujeres, como mínimo. (p. 31)

No hay dudas de que el fútbol es caldo de cultivo para catalizar el nacionalismo y otras bajas pasiones del mundo globalizado. Eso sería imposible que ocurriera sin la rivalidad que existe entre los hooligans y barras bravas de los diferentes equipos.

Sería casi inaudita la existencia de un bando sin el otro. No tendría sentido organizarse para luchar apasionadamente contra una sombra como hacen en los entrenamientos algunos boxeadores para pulir el estilo. En el fútbol cuando se gana están todos felices, pero cuando se pierde están todos indignados, es una situación sine qua non de este deporte, que enciende pasiones tan rápido como la pólvora.

En el caso de la política, explica Valdano, citando a Manuel Vásquez Montalbán que: *“el fútbol se ha convertido en la droga dura de las democracias por controlar la falta de proyecto de las masas, la paradójica soledad de las masas”*. (Sher, 2006)

Pero lo cierto que la manipulación del fútbol por intereses políticos es propio tanto de la izquierda como de la derecha, aunque esta la utiliza de mejor forma, o de manera más pragmática, porque sabe que apoyar causas nobles siempre da resultados

políticos y más visibilidad cuando es en el contexto de la sociedad del espectáculo y el poder de los medios de comunicación.

Ese fenómeno sociológico se pudiera explicar tomando como referente algunas de las teorías desarrolladas por Elías Canetti (2005) en *Masa y Poder*:

La más segura y, a menudo, única posibilidad de conservarse es, para la masa, la existencia de una segunda masa, a la cual pueda remitirse. Ya sea que se enfrenten y midan sus fuerzas en el juego, ya sea que se amenacen seriamente, la visión o representación vivida de una segunda masa, no permite que la primera se desintegre. Mientras por un lado las piernas se mantienen muy pegadas unas a otras, los ojos permanecen fijos pegados a otros situados enfrente. Mientras los brazos se muevan al mismo ritmo, los oídos se mantienen atentos al grito que esperan oír desde el otro lado (...) Cuando se trata de un juego ritual, esta presión se manifiesta como una especie de pudor: hacemos todo lo posible para no exponernos a la mirada del adversario. Pero si los adversarios amenazan y la vida está realmente en juego, la presión se transforma en coraza de una defensa decidida y unitaria.

CAPÍTULO IV

LA LITERATURA DEL FÚTBOL

Y ahora fíjate bien en lo que te voy a explicar: la línea tenía dos alas de modalidades opuestas. La derecha era académica y jugadora, la izquierda se caracterizaba por un juego eficaz y por un trámite si se quiere poco brillante, pero efetista que se traducía en resultado positivo. Y a la final, vive, se diga lo que se diga, lo que se persigue en el fóbal es el escore. Y te advierto que yo soy de los que piensan que un juego espectacular e algo que enllena el corazón y la hinchada agradece, qué joder. Pero el mundo e así y a la fina todo e cuestión de gole. Y pa demostrarte lo que eran esa do modalidae de juego te voy a contar una acnédota ilustrativa. Una tarde, al intervalo, la Chacha le decía a Lalín: crúzamela viejo, que entro y hago gol. Empieza el segundo jastáin. Lalín se la cruza en efecto, y el negro la agarra entra y hace gol, tal como se lo había dicho. Volvio Seoane con lo brazo abierto, corriendo hacia Lalín, gritándole: viste, Lalín, viste y Lalín contestó si pero yo no me divierto. Ahí tené, si se quiere, todo el problema del fóbal criollo.
Ernesto Sábato, Sobre héroes y tumbas

El primer gran cronista deportivo que conoció la historia de la cultura occidental no cabe dudas de que fue Homero, autor de la *Ilíada* y *La Odisea*, obras fundamentales del mito y la literatura, en las que el poeta describe la vida de héroes, dioses y semidioses, pero entre otras cosas, las actividades que eran cotidianas en la época, como la política, el arte, la filosofía, y, por supuesto, la actividad física.

La Ilíada y *La Odisea* son dos textos de inmensa trascendencia literaria y cosmogónica, sin los cuales sería casi imposible comprender, e interpretar, el devenir de la cultura griega, sobre todo en el período helénico en el que el ejercicio físico tuvo un gran impulso y una gran expresión a través de obras artísticas y literarias,

como por ejemplo, los famosos poemas de Píndaro recogidos en sus celebradas Odas Olímpicas.

Píndaro (2006) es el gran cantor de los atletas, pero es también un poeta profundamente religioso. Al tratar de comprenderlo es necesario hacer un gran esfuerzo de imaginación para representarnos la profunda y vasta repercusión que tuvieron las olimpiadas en todo el mundo helénico, aparte del ya casi inverosímil ciclo del tiempo que abarcaron- más de mil años, desde el 77 a. C. hasta el 393 d. C. cuando fueron abolidas por Teodosio.

La épica, esa extensa narración en verso – más de 15. 000 en la *Iliada* y 12. 000 en *La Odisea*, recoge la historia de aquella edad heroica. Los griegos de la época de Homero aseguraban que todo lo que el poeta cantaba había ocurrido así. Es decir, no creían que todo era literatura, sino que los acontecimientos narrados habían tenido lugar en sus antepasados.

A través de sus textos, Homero (1999) dejó un rico testimonio histórico, que de una u otra manera revela la importancia y la significación que alcanzaron los juegos en la cultura ateniense. Luego vendrían otros escritores también griegos y latinos, como Píndaro y Virgilio, que hicieron coincidir la literatura con el deporte, es decir la pasión lúdica y el ejercicio físico. Destaca además el legado del historiador Jenofonte quien describió la admiración del espectador ante la presencia del atleta:

(...) Por la noche los ojos humanos son atraídos por el fulgor de un cuerpo celeste resplandeciente, así la belleza de Autolico atrae hacia su persona todas las miradas; todos los espectadores se conmueven en lo más profundo del alma. Algunos caen en un silencio no habitual mientras que otros gesticulan de forma igualmente significativa (ob.cit.).

Otro aspecto interesante es que para la época la escultura clásica tenía un peso muy marcado hacia la representación del cuerpo desnudo del atleta. Para los griegos solo el cuerpo del hombre era totalmente perfecto y por ello se expresaba a través de figuras geométricas.

Algo sumamente interesante es que esa relación entre el deporte y la literatura no ocurrió solamente en el contexto europeo sino también en la antigua América en donde los investigadores encontraron referencias históricas, y literarias como la del Popol Vuh y las Crónicas de Indias, en las que los juegos y las actividades lúdicas y recreativas son especialmente recurrentes.

El carácter noble, guerrero y religioso de los juegos está presente también en las antiguas culturas americanas, como, por ejemplo, en el hecho de jugar para esclarecer una profecía. Es así como en un encuentro de pelotas Moctezuma, rey de Tenochtitlan; y Nezahualpilli, rey de Tetzaco, resuelven sus diferencias en torno a los augurios del advenimiento de los conquistadores, en el que pierde Moctezuma los gallos que había apostado. También el héroe mapuche Caupolicán dirime las discordias entre algunos caudillos con demostraciones de habilidad y fuerza atlética. En el Warachikuy conocida como olimpiadas incas, algunos juegos sirvieron para valorar la habilidad de jóvenes de 15 a 16 años, que si superaban los desafíos podían levantar familias o ejercer como soldados.

Es necesario recordar, como se hizo en el primer capítulo de esta investigación, que a pesar de que en *La Ilíada* y *La Odisea* aparecen cientos de versos en los que se narran acontecimientos de diferentes juegos, ninguno de estos tiene características similares a lo que actualmente conocemos propiamente como fútbol. No obstante, aunque el objetivo general de esta tesis es realizar una hermenéutica del fútbol como fenómeno de la cultura, se creyó necesario extendernos en el análisis de *La Ilíada* y *La Odisea*, porque estudiar estas dos obras

clásicas es imprescindible como aproximación a las primeras incidencias que tuvo el juego en la literatura, y viceversa. Las disciplinas deportivas más recurrentes en ambas narraciones son el pugilato, las carreras y el lanzamiento de jabalina, entre otras.

Son tan emblemáticos los textos mencionados que a partir del siglo VII a. C. los jóvenes eran obligados a aprenderse de memoria *La Ilíada* y *La Odisea*. Después de la introducción de la escritura estos poemas homéricos, que se conocieron al principio de forma oral, se transformaron en los textos más emblemáticos del helenismo. Las historias de los dioses y los héroes, ilustran, como en una especie de enciclopedia mítica, los fundamentos esenciales del espíritu griego: el culto a la hospitalidad, el valor individual, la aguda observación de la naturaleza, el gusto por la belleza, y la visión naturalista y antropomórfica de lo divino.

Solamente en *La Ilíada* aparecen 640 versos dedicados a las competencias atléticas, entre las que destacan los juegos funerales que organizó Aquiles para honrar la memoria de su amigo Patrócolo, asesinado por el troyano Héctor:

“Aquiles detuvo al pueblo y le hizo sentar, formando un gran circo, y al momento sacó de las naves, para premio de los que vencieron en los juegos, calderas, trípodes, caballos mulos, bueyes de robusta cabeza, mujeres de hermosa cintura y luciente hierro”. (...) Empezó exponiendo los premios destinados a los veloces aurigas: el que primero llegara se llevaría una mujer diestra en primorosas labores y un trípode con asas de veintidós medidas; para el segundo ofreció un yegua de seis años, indómita que llevaba en su vientre un feto de mulo, para el tercero una hermosa caldera no puesta al fuego y luciente aún, cuya capacidad era de cuatro medidas, para el cuarto dos talentos de oro, y para el quinto un vaso con dos asas no puesto al fuego todavía. (1999: 477- 478)

Y es que para los griegos el ejercicio físico era un medio para alcanzar lo que ellos definieron como *Kalokagathia* que era el ideal de virtud de la aristocracia griega. La etimología de la palabra connota en sí misma lo que para la cultura griega significaba lo perfectamente bueno y bello:

El hombre perfecto debe poseer tanto las cualidades del buen ciudadano (valor, lealtad, entre otros, todas comprendidas en el término "bondad") como las cualidades de la belleza física. Por tanto, la presencia atlética, la salud, el cuidado del cuerpo y el rechazo de cualquier trabajo manual (con la excepción del uso de las armas en la batalla) eran componentes funcionales de esta ética aristocrática, coherente con una sociedad en que el trabajo productivo se considera envilecedor y era realizado preferiblemente por esclavos (Atlas Universal de Filosofía s/f).

En *La Ilíada* se puede apreciar la importancia que para la antigua Grecia tenía la condición atlética de los ciudadanos. El honor, la virtud y la reputación unidos a la belleza corporal eran considerados rasgos prominentes de las virtudes humanas. Por supuesto que eso no solo se quedaba en el plano estrictamente terrenal sino que trascendía al plano divino, ya que para los griegos tanto el mito como la épica tenía un carácter especial en la conformación y desarrollo de su cultura.

Toma anciano; sea tuyo este presente como recuerdo de los funerales de Patroclo, a quien no volverás a ver entre los argivos. Te doy el premio porque no podrás ser parte ni en el pugilato, ni en la lucha, ni en el certamen de los dardos, ni en la carrera; que ya te abruma la vejez penosa. Así diciendo, se lo puso en las manos. Néstor recibíolo con alegría, y respondió con estas aladas palabras: -Sí, hijo oportuno es cuanto acabas de decir: Ya mis miembros no tienen el vigor de antes; ni mis pies, ni mis brazos se mueven ágiles, a partir de los hombros. Ojalá fuese tan joven y mis fuerzas tan robustas como cuando los egeos enterraron en Buprasio al poderoso Amarinceo y los hijos de éste sacaron premios para los juegos que debería celebrarse en honor al rey. (1999: 488-489).

La Odisea

La Odisea es valorada por algunos historiadores de la literatura universal como un texto de menor rango frente a *La Ilíada*, en ella también se hace referencia a los juegos como fenómeno importante en el contexto de la civilización occidental. Así sucede en el Canto VIII de la misma.

El personaje principal Ulises se encuentra en el país de los feacios y queda muy triste al escuchar al cantor Demódoco relatar los acontecimientos de Troya en los que él ha participado y en los que Alcinoos, rey de los feacios, dispone celebrar unas competiciones (salto de longitud, lanzamientos de discos, juegos de pelota, carrera pedestre) para consolar a su huésped y en las que también, los asistentes deberían participar con entusiasmo.

Dice Alcinoos:

¡Oídmeme príncipes, y capitanes feacios! Puesto que ya hemos gozado bastante de la mesa y de la lira que tiene su puesto en los más grandes banquetes, creo llegado el momento de salir y ejercitarnos en los juegos a fin de que nuestro huésped (Ulises) de regreso en su patria, pueda decir a sus compatriotas que los feacios no tenemos rival en el pugilismo, en la lucha, en el salto y en la carrera. (1996:168)

Cuando todos disfrutaron del placer de los juegos fue el propio Laodamente quien propuso a los participantes lo siguiente:

Ahora queridos amigos, preguntemos a nuestro huésped si conoce y práctica algún juego ¿No veis su aspecto? ¡Sus brazos, sus piernas, su cuello musculoso, su amplio tórax son recios, y todavía parece joven, aunque sus sufrimientos le hayan quebrantado! ¡Creedme que nada hay peor que el mar para abatir al hombre más vigoroso (1996:169)

El ingenioso Ulises dio esta respuesta:

¿Por qué, Laodamante, quieres burlarte de mí? Si mi corazón se entrega más a la pena que a los juegos es debido a lo mucho que he padecido ¡En vuestra asamblea, en la que me ven sentado, no tengo más que un pensamiento: implorar del rey y del pueblo mi regreso... (1996:169 y 170)

Estos versos ilustran cómo para los griegos no solamente era motivo de orgullo ser un guerrero hábil y valiente, sino también tener la capacidad de mostrar esas habilidades en la competición deportiva (“No hay gloria mayor en esta vida para un hombre que saber utilizar los brazos y las piernas”), por ello Laodamante increpa a Ulises, a pesar de estar viejo y desanimado por los sufrimientos que le ha causado la intensa travesía hacia Ítaca.

Laodamante conmina a Ulises a demostrar que también es capaz de vencer en las pruebas deportivas, lo que para Ulises significó uno de los tantos desafíos que debería cumplir para preservar inmaculada su condición de héroe que bien había ganado en tantas batallas.

Ulises asume el reto de darle una lección a quienes insinúan su desgaste moral y físico, haciendo una contundente demostración de coraje y habilidad en los distintos juegos en lo que fue obligado a participar. No sin antes pronunciar unas palabras ejemplarizantes en torno a la importancia del deporte en la educación integral del ser.

En el relato queda claro el significado de la máxima “*mens sana in corpore sano*” que, aunque trasmutada en un lugar común, sigue siendo una constatación fehaciente que niega la supuesta incompatibilidad entre el deporte y la cultura.

Dice Ulises:

¡Has hablado como un loco mancebo. Bien sé que los dioses casi nunca reúnen todo sus dones, hermosura, razón y elocuencia en un solo hombre. Unos han recibido del cielo una mediocre figura, pero sus discursos están tan llenos de belleza que encantan a todos: su palabra certera, su discreción pulida los destacan entre la multitud y cuando caminan por las calles, se les considera como a un dios... Otros, en cambio, tienen una hermosura divina, pero al hablar carecen completamente de gracia... (1996:169-170)

Además de *La Ilíada* y *La Odisea* en otros textos clásicos también aparecen registros de los juegos y las competencias atléticas, quizás no con la trascendencia histórica, estética y literaria de las obras de Homero, pero sí como referencias interesantes de un gran valor histórico y cultural.

La Eneida

Entre los años 70 y 10 a. C., se ubica la fecha en la que los historiadores estiman transcurrió la existencia de Virgilio (1992). *La Eneida*, es un poema dividido en doce libros que cuenta las hazañas de Eneas, héroe troyano, hijo de Anquises y de la diosa Venus, a quien el destino alejó de su patria y lo llevó a Italia, desembarcando en Lamento, donde luego fundó una ciudad a la que trasladó a sus dioses y que fue cuna de la raza latina, incluyendo luego la propia Roma.

Este maravilloso poema se compone imitando la estructura de los poemas homéricos, además de cantar al amor, el abandono, la desesperación y la muerte de la reina Dido, también describe en sus páginas, especialmente en el libro V, los juegos que Eneas celebró en el aniversario de la muerte de su padre Anquises.

La Eneida ha tenido enorme influencia en la literatura posterior, como lo demuestra Dante al escoger a Virgilio como guía para escribir *La Divina Comedia*.

Se une a *La Ilíada* y a *La Odisea* como texto clásico de inestimable valor en el que el deporte está presente de manera determinante en la trama de la obra. Dice Eneas:

Ea, pues, celebremos todos juntos alegre y solemne fiesta; pidámosle vientos y que quiera que en ciudad por mi fundada y en templos dedicados a él, yo le ofrezca estas anuas y sagradas honras. Acestes, hijo de Troya, os da dos bueyes para cada nave; invítad al festín los penates patrios y los que venera Acestes, que nos hospeda. Además, cuando la novena Aurora, traiga a los mortales la luz vital del día y haya desnudado al mundo con sus rayos, propondré a los troyanos un primer certamen para el más rápido navío; y aquel que es ágil para la carrera, y aquel que es fuerte y es audaz, y es el mejor en lanzar venablos y saetas leves, o se aventura a combatir con el duro cesto, estén todos presentes y espere el premio de bien ganada palma. Ahora, guardad todos silencio reverente y ceñid vuestras sienas con ramaje” (1992:144).

De las carreras a otros deportes

A diferencia de *La Ilíada*, en la cual la competencia de mayor relevancia es la carrera de carros, en *La Eneida* la mayor cantidad de páginas están dedicadas a la navegación, que mucho más tarde derivaría en lo que se conoce como canotaje. Después de los versos de *La Eneida*, el testimonio más antiguo que representa una canoa y una pala es el hallazgo del arqueólogo inglés Sir Leonard Wooley realizado seis mil años atrás en la tumba de un rey sumerio a orillas del Éufrates. .

En *La Eneida*, Virgilio muestra su capacidad de narrador utilizando con verdadera maestría un lenguaje fluido lleno de recursos literarios y de descripciones que captan de inmediato la atención de quienes se sumergen en sus letras. Estas emblemáticas crónicas de Virgilio informan sobre los orígenes más remotos del canotaje como disciplina deportiva:

El ansia dudosa y palpitante y el deseo de gloria enardecido baten sus exultantes corazones. De allí, luego que el claro clarín, dio la señal, todos a una, impetuosamente, lanzáronse de sus sitios; el clamor de los

nautas rompe los aires, espumea el mar revuelto al impulso de los brazos; hienden paralelos surcos y se agrieta todo el piélago desagarrado por remos y proas tridentadas. (...) Lánzase antes que los otros y rae las primeras olas, entre el murmullo de la turba, Gías, a quien sigue Cloanto, mejor de remos, pero de nave más pesada y tardía. En pos de éstos, y a distancia igual, Pristis, y Centauro, tienden a ganar el lugar primero, y ora es Pristis quien lo tiene, ora la gigante Centauro la deja atrás vencida, ora ambas a dos avanzan con las proas a la par, y con sus largas quillas en el salado mar abren surcos iguales. Y ya se acercaban al risco y estaban al alcance de la meta cuando Gías, que iba a la delantera y que en medio del mar aparecía vencedor, a voz en grito increpa a Menetes timonel de su nave: "¿Por qué te me alejas tanto a la derecha? ¡Acá dirige el curso! No te me alejes de la playa y deja que los remos rocen los escollos a tu izquierda; a otros, la alta mar!" (1992:147-148)

Además de las competencias en el mar se reseñan en *La Eneida* otras disciplinas como las carreras, que se conocen en el ámbito del deporte moderno como el atletismo, considerado como la forma organizada más antigua del deporte y que viene celebrándose desde hace miles de años, especialmente en lo que respecta a la modalidad del Pentatlón, que comprendía el lanzamiento de disco (representado en la famosa escultura "Él Discóbolo" de Mirón), jabalina, carreras pedestres, lucha libre y salto de longitud.

El atletismo, que ha sido la prueba de mayor tradición desde los primeros Juegos Olímpicos celebrados en Grecia en el año 776 a C, continuó su popularidad incluso después de que los romanos conquistaron esta última nación en el 146 a C y luego de que el emperador romano Teodosio aboliera los juegos. El atletismo permaneció fuera de competencias oficiales por lo menos a lo largo de ocho siglos. Para 1913, años después de que este deporte volviera a los juegos modernos organizados por Atenas en 1896, se funda con sede en Londres la Federación Internacional de Atletismo (IAAF) rectora de todas las competencias a escala internacional.

Toman los corredores su lugar, y, la señal oída repentinamente deja la barrera y devoran el espacio, incoercibles, parejos al huracán, y en competencia tienden a la meta. Sale el primero, Niso, y, largo trecho delante de los otros, salta ardiente, veloz, más que el viento y que las alas del rayo. Próximo a él, pero próximo a distancia larga, Salio le sigue, y a su zaga, con mucho espacio interpuesto, corre Urialo, el tercero. (1992: 154).

En *La Eneida* se reseña también la lucha, que data de tiempos prehistóricos:

Después que hubo puesto fin a las carreras y distribuido los premios: "Ahora, si en alguien hay virtud, y corazón valiente, salga y levante las manos ceñidas con el cesto". Así dice, y propone un doble premio de la lucha: al vencedor, un becerro adornado de oro, y al vencido, para su consuelo, una espada y un vistoso yelmo. No hay tardanza, Muestra en seguida Dares su rostro y sus vastas fuerzas, y levántase entre los rumores de los héroes, el único que acostumbraba a contender con Paris: el mismo que derribó, como herido de un rayo, cabe el túmulo donde yace el máximo Héctor, al invicto Buten de enorme corpulencia, que se decía descendiente del linaje bebrico de Amico; le derribó y dejole tendido y moribundo en la rubia arena. Tal Dares se levantó el primero e irguió para la lucha su cabeza, y ostenta sus anchos hombros, y hace jactancia de sus brazos, extendiéndolos alternativamente y azota los vientos con sus golpes. (1992: 156)

El tiro con arco, deporte que no es reseñado en las crónicas de *La Ilíada* ni *La Odisea*, esta vez sí forma parte de las narraciones que el poeta Virgilio recoge en este V libro, donde Eneas celebra los juegos para honrar la memoria de su padre:

Y en seguida. Eneas invita a competir en la veloz saeta a los que por ventura quieran, y les asigna premios, y con poderosa mano levanta el mástil de la nave Seresto, y en lo más alto de él ata con una cuerda una veloz paloma, a donde dirijan las flechas. Júntanse todos, y un casco de bronce recibe sus nombres, para sacarlos a la suerte. Y el primero que sale, entre murmullos de favor, es el nombre de Hipocoonte Hirtácida y a él le sigue Menesteo, recién vencedor en el certamen naval; Menester, coronado de verde olivo. (1992:161)

El hipismo, o las carreras de caballo, también son descritas genialmente en este importante texto clásico del bardo latino, que ejerce excelente poder descriptivo por intermedio de imágenes y emociones que seguramente han sensibilizado a muchos lectores, y, empedernidos amante del galope, como el filósofo español Fernando Savater, quien en algunas de sus escritos ha expresado su pasión por el mítico animal:

Con menos vehemencia invaden el campo los carros en las carreras de bigas lanzándose desde el puesto de salida, ni, sacudiendo las riendas ondeantes sobre el tiro de corceles que sale impetuoso, se inclinan tanto hacia delante los aurigas para azotarles. Resuena entonces todo el bosque con los vitores, según su preferencia; por las ceñidas riberas rueda la gran voz, los montes, estremecidos del clamor, responden. (1992: 147 y 148).

Popol Vuh

Quizás muy impactado y con las manos temblorosas quedó Fray Francisco Ximénez cuando a comienzos del siglo XVII encontró un libro de los indígenas de Chichacastanango, escrito años después de la conquista, y conocido como el Popol Vuh (1989), en el que se refería el origen del mundo y de los pueblos originarios de América. De autor desconocido, este documento del pueblo quiché destaca tres partes fundamentales: la creación y origen del hombre, las aventuras de los semidioses Hunahphu e Ixabalaqué y varias informaciones sobre el origen de los pueblos indígenas de Guatemala, sus aventuras, sus guerras y el predominio de la raza quiché.

... Luego los mandaron a llamar todos los señores.
-¡Ea! ¡Vamos a jugar a la pelota, muchachos!, les dijeron. Al mismo tiempo fueron interrogados por Hun- Carné y Vucub- Camé.
- ¿De dónde venís? ¡Contadnos muchachos! Les dijeron los de Xibalbá.

- ¡Quién sabe de dónde venimos nosotros. Lo ignoramos, dijeron únicamente y no hablaron más.
- Está bien. Vamos a jugar a la pelota muchachos, le dijeron los de Xibalbá.
- Usaremos esta nuestra pelota, dijeron los de Xibalbá.
- Bueno, contestaron.
- Usaremos esta nuestra pelota, dijeron los de Xibalbá
- De ninguna manera usaréis ésta, sino la nuestra contestaron los muchachos. . . ”. (1989: 76-77).

Con el *Popol Vuh* aparece por primera vez en esta investigación la palabra “pelota” que no está registrada en ninguno de los textos citados. Una frase descriptiva de una acción de juego pudiera dar algunos indicios del origen del fútbol en los pueblos originarios de América:

“...Entonces lo de Xibalba arrojaron la pelota, la lanzaron directamente al anillo de Hunahpu...”. El anillo pudiera representar de forma simbólica lo que actualmente es la portería o el arco de la cancha. También aparecen otras características similares al fútbol moderno como el que los jugadores se repartían en dos bandos y existían reglas que regulaban el espacio de juego.

Algunos Cronistas de India que estuvieron en América entre 1400 y 1600 aproximadamente, registraron testimonios sobre lo que ocurría en este apartado lugar del mundo antes, durante y después de la llegada de los conquistadores españoles. En sus crónicas son abordados temas relacionados con las creencias, las costumbres y la cotidianidad de los aborígenes, pero también temas relacionados con aspectos lúdicos de los habitantes del llamado Nuevo Continente.

Uno de esos cronistas fue Fray Bartolomé de las Casas (España, 1474- 1566), a quien, en buena medida, se le debe la promulgación de las leyes de Indias de 1542 que alcanzaron un supuesto mejor trato para los indígenas. Este pintoresco personaje

de la historia americana, escribió entre otras obras, Brevísima relación de la destrucción general de las indias (1552), en la que se muestran vestigios de lo que pudieron ser los orígenes del fútbol en América, como así lo reconoce el escritor uruguayo Eduardo Galeano (1995) en el libro El Fútbol a sol y sombra.

Escribe Fray Bartolomé de Las Casas:

Era bien de ver cuando jugaba a la pelota, la cual era cuasi como la del viento nuestro al parecer, no más cuanto al salto, que era mayor que seis de las de viento. Tenían una plaza comúnmente ante la puerta de la casa del señor, muy barrida, tres veces más luenga que ancha, muy barridas, cerca de unos lomillos de un palmo o dos de alto, salir de cuales la pelota creo que era falta. Poníanse veinte y treinta de cada parte, a la luenga de la plaza. Cada uno ponía lo que tenía, no mirando que valiese mucho más lo que el uno más que el otro a perderá aventuraba, y así acaecía luego que los españoles llegamos. (1967)

Fray Juan de Torquemada (1975) (España 1557 – México 1624), el último de los grandes cronistas franciscanos del siglo XVI, dejó testimonio del juego de pelota a propósito de un encuentro en México entre el rey de Tetzcuco Nezahualpilli y Motecuhzuma.

...Fueronse al tlachco (que es el juego de pelota) y cada señor se puso a su parte, acompañado de los suyos; y según parece no iba más que a tres rayas, porque en esta ocasión no fueron señaladas más, ni fuera hacedero, porque se estaban mucho en ganar una. Gano Motecuhzuma, primero dos, sin que el tetzcucano ganase ninguna... (1975).

En otra crónica titulada: “*De los juegos en el que el señor se recreaba*”, el sacerdote de la orden franciscana Fray Bernardino de Sahagun, uno de los maestros de los nobles indígenas en el Colegio Santa Cruz de Tlateloco, describe como los señores se dedicaban a los pasatiempos disfrutando de la actividad física que era una

de las actividades preferidas tanto de los españoles como de los indígenas en los ratos libres:

... El que jugando metía la pelota por aquéllos agujeros de las piedras o ruedas ganaba todo el juego. Jugaban desnudos y ceñidos a la cintura con unos cintos anchos, y de ellos colgaba un pedazo de cuero de venado labrado, que cubría las nalgas; y cuando jugaban no serían con mano ni con pies, sino con la nalga, a este juego perdían y ganaban muchas mantas ricas y joyas de oro, y piedras y esclavos... (1938)

En las narraciones de los cronistas de India se constata el sentido lúdico y agonístico de las culturas indígenas. Las competencias formaban parte de una especie de simulación de la guerra por otros medios, sobre todo en el plano mimético y simbólico. El juego era una alternativa de ocio y recreación para los ciudadanos luego de culminadas las labores del día.

Que en *La Ilíada* y *La Odisea*, poemas originarios de gran valor histórico y artístico, aparezcan episodios en los que se narra la participación de los dioses y mortales en los juegos y la actividad física, es una referencia que sirve como argumento irrefutable para asegurar que el deporte es un fenómeno que nació, se gestó y evolucionó al fragor de la cultura griega. Esta fuerte argamasa entre el deporte y la cultura permite asegurar al mismo tiempo que con la aparición de estos dos textos clásicos se inaugura la historia de la literatura deportiva en la civilización occidental. Sin embargo, esta afirmación sería casi imposible sostenerla si *La Ilíada* y *La Odisea* no tuvieran la importancia épica y mitológica que tienen en la intermediación que va del mito a la literatura propiamente.

Dice Jineth Ardila Ariza (2003), que de un sentimiento histórico proviene la estrecha relación entre el mito y la literatura griega y que un escritor puede dar la impresión de moverse con libertad de una a la otra, ya que el hombre griego asume la historia que cuenta el mito, no solo como una historia sagrada protagonizada por los

dioses, sino como parte de su propia historia, cultural, política y guerrera. Así, los griegos incluso se consideraban descendientes lejanos de los antiguos héroes y dioses que pueblan la épica y la tragedia.

La dinámica de lo impensado

El filósofo español Hernández Mendo (2003) realizó una compilación de textos, en su gran mayoría clásicos, en los que hay consideraciones relevantes entorno a narradores, poetas y ensayistas que han abordado el deporte desde la perspectiva literaria, como Píndaro, Luis de Góngora, Dickens, Kipling, Miguel Hernández, Rafael Alberti y Rubén Darío, entre otros.

Destacan también textos aparecidos a finales del siglo XIX y XX escritos por integrantes del Movimiento Futuristas de Fillipo Tomaso Marinetti que se dio a conocer con el manifiesto publicado el 20 de febrero de 1909 en el diario francés Le Figaro. Al respecto señala Lynton (1998), que éste es el único movimiento de vanguardia en el arte del siglo XX. Un ejemplo es el poema de Rafael Alberti, "Platko", que transgrede las normas de la poesía clásica:

Nadie se olvida, Platko
No, nadie, nadie, nadie,
Oso rubio de Hungría

Ni el mar
Que frente a ti saltaba sin poder defenderte
Ni la lluvia. Ni el viento que era el que más regía

Ni el mar, ni el viento, Platko
Rubio Platko de sangre
Guardameta en polvo,
Pararrayos

Nadie, nadie, nadie

Camisetas azules y blancas sobre el aire
Camisetas reales
Contrarias, contra ti, volando y arrastrándote,
Platko, Platko, Platko,
Rubio Platko, tronchado

Tigre ardiendo en la yerba de otro país.
¡Tú llave, Platko, tu llave rota
Llave caída ante el pórtico áureo.

Este poema fue publicado el 20 de mayo de 1928 en Santander, España, en homenaje a Platko, portero del equipo Barcelona FC, de gran carisma y calidad, que se convirtió en fuente de inspiración para el poeta catalán, luego de una magistral actuación en la final de la Copa de 1928 contra la Real Sociedad, en la que el futbolista sufrió una herida en la cabeza durante el primer tiempo, y a pesar de tenerla vendada, el húngaro, haciendo caso o miso a las recomendaciones del médico, continuó en el partido cumpliendo una actuación brillante.

Rafael Alberti formó parte de la generación del 27 en la que figuraron otros grandes representantes de la cultura española como el afamado Luis Buñuel quien practico boxeo; Rafael María Hinojosa, tenis; Pedro Salinas, remo ; Concha Méndez, natación y Rafael Porlán, fútbol.

La influencia del deporte sobre los artistas, solapada ante la supuesta dureza de los juegos, frente a la belleza y la sensibilidad de la estética creadora, comienza a alcanzar cierta importancia a partir de los años 20, ya que como cualquier otra actividad social el deporte es reflejo del contexto social en el que se desarrolla. Mientras que los integrantes de la generación del 27 española concibieron al deporte como algo sensual y muy naif, con motivo de gozo, en los años de la posguerra predominaron los textos sobre boxeo y disciplinas más rudas.

El tema deportivo ha sido reflejado por los escritores y artistas de distintas formas y en varios géneros literarios. Así como el fútbol ha servido para ventilar un problema social, un crimen o una trama de amor, la vida de un boxeador ha ofrecido claves para la comprensión de las afinidades simbólicas entre el héroe triunfador y el héroe épico de la novela.

Si bien uno de los objetivos de esta investigación es indagar en los textos de algunos autores, básicamente hispanoamericanos, que han tenido el fútbol como un tema recurrente en sus obras, es importante destacar que el fútbol, y el deporte en general, ha sido desdeñado desde hace mucho tiempo por escritores e intelectuales que lo han ignorado por considerarlo quizás una hecho menor, casi insignificante, que no merece la atención de los académicos quienes no se animan a recrear el mundo del balón y su dinámica cotidiana a través de la reflexión y la ficción literaria.

Expresa Jorge Valdano (1998) que dentro de la cancha hacer cuento como hacer teatro, son malas artes; una prueba más, acaso casual, del poco aprecio que el fútbol siente por la inteligencia clásica. No descarta la venganza como móvil, al fin y al cabo pocas veces fueron amables las opiniones de los intelectuales con respecto al fútbol.

El fútbol, disciplina que el periodista argentino Dante Panzeri llamó la dinámica de los impensados, ha ganado detractores de lujo como el escritor argentino Jorge Luis Borges, el semiólogo italiano Umberto Eco, el novelista cubano Cabrera Infante y el filósofo Fernando Savater, entre otros, quienes, sin embargo, a pesar de la supuesta urticaria que le causa el juego no lograron abstraerse totalmente de la fascinación y el ruido que genera el fútbol y no superaron la tentación de escribir sobre el juego. Todo ellos observan este espectáculo como un instrumento de manipulación de las masas.

Señala el semiólogo italiano Umberto Eco (1986), quien ha publicado varios ensayos importantes sobre el fútbol como fenómeno social, que:

(...) el fútbol es una de las supersticiones religiosas más extendidas de nuestro tiempo. Podríamos decir ahora que es el verdadero opio de los pueblos. Por mi parte yo estoy muy contento porque cada vez que juega la selección italiana, me voy a dar unos paseos magníficos por las calles desiertas de Boloña.

Esa indiferencia de los intelectuales lógicamente que está en franca contradicción con todo lo que significa el fútbol como fenómeno antropológico cultural. Ya que siendo este un fenómeno que se mezcla y se tiñe con lo humanamente cotidiano como pocas actividades de la vida social, debería ser un tema de interés para la reflexión seria. Es el fútbol el deporte más universal de todos los deportes y el que desata las más fuertes pasiones y sentimientos. La fiebre de los Mundiales de Fútbol es más alta que la que pudiera generar, por ejemplo, los Juegos Olímpicos a pesar de que estos datan del año 776 antes de nuestra era, mientras que la primera copa del mundo apenas se jugó en Uruguay en 1930.

Explica Tomás Nagel (2006) que la principal ocupación de la filosofía es cuestionar y aclarar algunas ideas muy comunes que todos nosotros usamos cada día sin saber sobre ellas.

Resulta paradójico que tan pocos intelectuales se hayan interesado por el balompié. Y no hablamos de un interés por cuestiones pragmáticas y utilitarias como las estadísticas, las técnicas del juego, o los métodos de entrenamiento, nos referimos más bien a un esfuerzo por comprender y reflexionar profundamente acerca de todas sus implicaciones intrínsecas del mismo.

Señala el escritor español Javier Marías (2007) que, hace solo veinte años no había intelectual que se atreviera a confesar públicamente que le gustaba el fútbol, algo mal visto, "de derecha" si no franquista, una especie de opio laico del pueblo con el que se engañaba y se los apartaba de la lucha social.

Pero a pesar de los detractores, no hay dudas de que el fútbol es mucho más que un simple entretenimiento. De las cosas intrascendentes, para mal o para bien, seguramente no se ocupan ciertos notables. Alguna aura, o encanto especial tendrá el balompié para que hombres que han hurgado con obstinación en todos los recovecos de la naturaleza y la condición humana, desde la filosofía, pasando por el arte, hasta la física, hayan tenido palabras de elogio y reconocimiento para este deporte. El filósofo del pensamiento complejo Edgar Morin, así como Ernesto Sábato, Pier Paolo Pasolini, Gunter Grass, Vargas Llosa y Milán Kundera, entre otros, han dedicado páginas enteras a describir su experiencia con la pelota. Algunos incluso llegaron a jugarlo.

Afirma Javier Marías (ob.cit.), que Vladimir Navokov había jugado de portero en su exilio inglés y Albert Camus también se había colocado bajo los palos en su Argelia natal. Ese mismo puesto lo habían ocupado asimismo de chicos Benedetti y San Pedro, quienes confesaron haberse retirado por sendos balonazos recibidos en el estomago, con desmayo incluido del suramericano.

El filósofo vasco español, Fernando Savater (2003) obsesionado desde niños por las carreras de caballo, escribió en su autobiografía razonada que en su años mozos la política siempre le pareció un enredo gregario, propio de gente que no tiene buenas novelas que leer, como el fútbol o los campamentos juveniles de verano.

Con respecto al fútbol añade que desde pequeño fue alérgico a este deporte porque la peor pesadilla de sus recreos era el balón de cuero zumbando como una bala de cañón entre las piernas de sus compañeros.

Escribió el ex futbolista argentino Jorge Valdano (1989) que sin el auxilio de los intelectuales, el fútbol creó su propio lenguaje, de modo que uno puede oír, sin escandalizarse, que un jugador “saca un córner corto con pierna cambiada”. Si no les gusta, se lo merecen por habernos dejado solos por mucho tiempo.

Agrega que el juego es, como la literatura, una recreación de la realidad. Y que si los dos universos tardaron en confluir debe de ser porque sus caminos fueron siempre paralelos.

Si de algo se nutre la literatura es de la cotidianidad y los fenómenos sociales. El fútbol por supuesto es una realidad tangible que no escapa a la dinámica efervescente de un mundo en constante ebullición en el que se mezclan todo tipo de pasiones: desde el fanatismo más virulento hasta el fervor más desesperado, atizado además, no queda dudas, por los grandes medios de comunicación y la publicidad.

Edgar Morín, a quien nadie pudiera acusar precisamente de borrego o de hombre masa, observa el fútbol no como una forma de alienación, sino más bien que lo siente como una poesía colectiva. El filósofo y científico francés dijo durante la Copa del Mundo de 1998 que se realizó en su país que había suspendido todas sus citas y compromisos para observar todos los partidos.

El teórico del pensamiento complejo comparte la pasión por el fútbol con su compatriota Francois Sagan quien decía que el fútbol le recuerda viejos e intensos amores porque en ningún otro lugar como en el estadio se puede querer u odiar tanto a alguien.

Otro gran fanático del balompié es el alemán Gunter Grass (1999), Premio Nobel de Literatura del año 1999, quien en el libro *Mi Siglo*, incluye entre cien crónicas más importantes, una referida al fútbol en la que narra su vivencia personal con este deporte. Grass, hincha del SC Friburgo, de su país, sorprendió a los alemanes cuando en la famosa feria de libros de Alemania propuso leer alguno de sus libros ante 25 personas en un estadio de fútbol.

Ernesto Sábato (1948) autor de esa deslumbrante novela existencialista titulada *El Túnel*, fue siempre un ferviente seguidor del deporte más popular del planeta. En la obra *Sobre héroes y tumbas* una de las más emblemáticas, Sábato deja retratada claramente su pasión por el fútbol bonaerense. Uno de los personajes dice lo siguiente:

-Una tarde, al intervalo, Chancha (el negro Seoane) le decía a Lalín: cruzámela, vijo, que entro y hago el gol. Empieza el segundo jastáin, Lalín se la cruza, en efecto, y el negro la agarra, entra y hace gol, tal como se lo había dicho. Volvió Seoane con los brazos abiertos, corriendo hacia Lalín, gritándole: viste Lalín, viste, y Lalín contestó: si, pero yo no me divierto.

También tiene referencias en el cuento “*Fútbol del grande*”, que aparece publicado en el libro *Poli Delano, Hinchas y goles: el fútbol como personaje*, en el que Sábato evoca el balompié argentino de la década de los años quince, cuando el balompié ya comenzaba a popularizarse en Argentina. Reflexiona el personaje Humberto J. D Arcangelo “*¡Qué equipo, pibe ¡ El gran Tesorieri, nunca hubo, ni volverá a haber, oídme buen lo que te digo, ni volverá a haber, eh, un arquero como Américo Tesorieri. Te lo dice Humberto D Arcangelo, que ha visto Fotbal del grande...*”

El autor de *El Túnel*, *Sobre héroes y tumbas* y *Abaddon el exterminador* confesó haber sido un apasionado del fútbol:

El fútbol es una de mis debilidades porque es una pasión y yo siempre he sido hombre de pasiones: El fútbol me trajo hasta con cierta clase de delirio, porque basta con ver un buen partido para apreciar la belleza de ese deporte. Hay momentos del fútbol que se asemejan a pasos de ballet, por la armonía de los movimientos, por la sensibilidad y por el ritmo. Cuando se compara a este fútbol con el que practican los norteamericanos, que es bestial, uno se da cuenta de la gran diferencia. Lo que no tiene incorporado el fútbol no está en ningún otro deporte (1999:12).

Este físico matemático que en una ocasión decidió dejar los laboratorios para dedicarse a la literatura y más tarde a la pintura. Autor además de los textos biográficos *Antes del fin* (2000) y *La Resistencia* (2001) expresó opiniones acerca del jugador Diego Armando Maradona y otros de sus grandes ídolos como el boxeador Mohamed Alí:

(...) Me hubiera gustado jugar como él. Es un genio del fútbol. Un gran jugador como Maradona demuestra que no basta habilidad física, sino que se requiere de una variedad de virtudes que van más allá de lo meramente corporal (...) Admiro a Carlos Monzón fue un grande, y, por supuesto a Cassius Clay. Un fenómeno del boxeo. Un artista total. Claro que los negros tienen una ventaja con el deporte, no tengo dudas de que son una raza superior. Yo soy muy admirador de los negros. De su sensibilidad, de su talento, de su ritmo.

El fútbol es pura pasión. Es un sentimiento tan profundo y complejo a la vez que es difícil comprenderlo a partir de la lógica y de la razón, Quizás por eso el fútbol sea un deporte que incita a la violencia, como decía Cabrera (Infante), pero no por las patadas, sino por la angustia. A cambio, hay que reconocer que tiene algo inapreciable y que no suele darse en los demás ordenes de la vida: incita al olvido, lo que vale decir que a lo que no incita nunca es el rencor, algo que se aprende sólo en la edad adulta (Marías, 2007).

Borges y Gabo se pasan la pelota

Dos de los más grandes escritores que conozca la historia de la literatura universal, y quizás los más representativos de las letras latinoamericanas, el argentino Jorge Luis Borges y el colombiano, premio Nobel de Literatura en 1983, Gabriel García Márquez, tuvieron escaresos literarios con el fútbol, aunque desde experiencias y perspectivas diferentes. Jugaron en campos contrarios.

A pesar de todo Valdano se queja de que los intelectuales no hayan abonado su talento narrativo a la disciplina:

...A mi me duele entender que la pasión de la que vivo genere desconfianzas injustas. Culturalmente despreciado, políticamente utilizado y socialmente reducido a una expresión popular de menor cuantía, el fútbol sigue atrapando la emoción dominguera de aficionados de todo el mundo, convertido en un cautivante fenómeno de movilización masiva que debería ser merecedor de una atención más respetuosa, se queja Jorge Valdano en el Libro: Valdano Sueños de Fútbol, de Carmelo Martín, 1996.

Borges al parecer sentía animadversión por el fútbol. En una ocasión llamó a sus compatriotas, furibundos amantes del balompié, a participar en una conferencia sobre la inmortalidad del alma justamente el mismo día y la misma hora en que la selección argentina debutaba en el Mundial de Argentina 78.

El autor del *Aleph*, fue más lejos aún cuando desde su desprecio por lo masivo alguna vez declaró que “el fútbol es tan popular, porque la estupidez es popular” (Gross, 2008).

No obstante a pesar de su desprecio por el balompié, Borges, escribió a dos manos con su amigo Bioy Casares, el extraordinario cuento *Esse est percipi*. Cuento

incluido en las crónicas de Bustos Domecq y compilado por Roberto Fontana Rosa (1997) en el libro: *Cuentos de fútbol argentino*.

En esta narración Borges y Cassares, relatan la visita que realiza Domecq al presidente del Club Abastos Juniors, para indagar sobre la extraña desaparición del mítico estadio Monumental de River. Ya en la oficina conversando con Sevastano se entera por una conversación fortuita entre terceros de que los ídolos de su equipo no existen y que los partidos que él escuchaba apasionadamente todos los domingos desde la comodidad de su casa son inventados por un locutor de radio a quien le dan los nombres de los jugadores y los resultados.

El cuento es una estupenda crítica a la masificación del espectáculo deportivo, a través del uso del sarcasmo y la ironía en las que Borges era un verdadero maestro. Muestra la realidad virtual de los medios de comunicación. Aquí un fragmento de *Esse est percipipi*:

Ferrabás (el locutor): ya hablé con De Filippo y con Camargo. En la fecha próxima pierde Abastaos, por dos a uno: Hay juego recio, pero no vayas a recaer, acuértese bien del pase de Mausante a Renovales que la gente lo sabe de memoria. Yo quiero imaginación ¿Comprendido? Ya puede retirarse. Junté fuerzas para aventurar la pregunta: - Debo deducir que el scord se digita, Sabastano literalmente me revolcó en el polvo. No hay scord ni cuadros ni partidos. Los estadios ya son demoliciones que se caen a pedazos. Hoy todo pasa en la televisión y en la radio. La falsa excitación de los locutores ¿nunca lo llevó a maliciar que todo es patraña? El último partido se jugó el 24 de junio del 37. Desde aquél preciso momento, el fútbol al igual que la vasta gama de los deportes, es un género dramático, a cargo de un solo hombre en una cabina o actores con camiseta ante el camareman. Señor, ¿Quién inventa la cosa? - Atiné a preguntar – (ob.cit.: 16-17).

Gabo

La primera experiencia que tuvo el premio Nobel colombiano Gabriel García Márquez con en el periodismo deportivo, y específicamente con el fútbol, fue de

manera casual en el semanario Crónica, de Barranquilla. Un periódico formato tabloide de veinte páginas, de contenido literario y cultural, que nació el 29 de abril de 1950 gracias a la euforia y la iniciativa de Alfonzo Fuenmayor, uno de los integrantes más emblemáticos del llamado Grupo de Barranquilla.

A pocos días de cerrarse la primera edición ocurrió un suceso que no podía dejar de ser reseñado en el semanario, aunque era esa una noticia que supuestamente no tenía nada que ver con la especialidad del periódico. Había llegado con bombos y platillos al primer equipo de la ciudad, el Deportivo Junior de Barranquilla, el atacante brasileño Heleno de Freitas, y Cronos no podía, ni que quisiera, dejar pasar el acontecimiento y menos tratándose de un deporte tan popular en Colombia como el fútbol.

El trabajo se lo asignaron a Germán Vargas, un excelente escritor de reportajes y conocedor del fútbol. El mismo fue publicado en la portada del semanario con un dibujo del artillero brasileño, hecho por Alfonzo Melo, el buen y único caricaturista que brillaba como una esmeralda en la plantilla del naciente periódico.

La publicación se agotó el mismo día de su aparición, sólo que, por la fama del futbolista Heleno y el interesante trabajo de Germán Vargas, el público pensó que por fin había nacido el gran semanario deportivo que todos los barranquilleros estaban esperando. El domingo siguiente al lanzamiento de la publicación vendría una excelente actuación del jugador brasileño y un lleno en el estadio que traería como consecuencia que no hubiera poder humano ni divino que hicieran entender a la gente que Crónica no era un semanario deportivo sino un periódico cultural.

Es así como después de varias semanas sin publicar nada relacionado con el fútbol el público al cual estaba dirigido acogió el periódico con los brazos abiertos,

mientras que los aficionados se olvidaron de Crónica sin dolor. Para intentar recuperar al público de las tribunas, el consejo editorial decidió que Gabito, pichón de periodista, asumiera la responsabilidad de escribir un reportaje central esta vez con Sebastián Berascochea, otra de los grandes jugadores llegados al Deportivo Junior, con el propósito de conciliar al fútbol con la literatura como había tratado de hacerlo Gabito con otras disciplinas en su columna diaria del Heraldo de Barranquilla.

El autor de *Cien años de soledad*, quien ya para entonces mostraba la fina estampa de un gran escritor, se fijó como modelo el reportaje de su amigo Germán Vargas sobre De Freitas, pero solo después de haber publicado el trabajo se percató que había incurrido en un pequeño yerro. Así lo escribe el propio García Márquez (2002) en su autobiografía:

... Me sentí aliviado por una larga conversación con Berascochea, un hombre inteligente y amable y con un muy buen sentido de la imagen que quería dar al público. Lo malo fue que lo identifiqué y lo describí como un vasco ejemplar, solo por su apellido, sin parar mientras en el detalle de que era un negro retinto de la mejor estirpe africana. Fue la gran pifia de mi vida y en el peor momento de la revista, tanto que me identifiqué hasta el alma con la carta de un lector que me definió como un periodista deportivo incapaz de distinguir la diferencia entre un balón y un tranvía. El mismo Germán Vargas, tan meticuloso en sus juicios afirmó años después que el reportaje de Berascochea era lo peor de todo lo que yo he escrito, (ob.cit.: p.147)

Aunque no hay indicios de que Gabo haya incluido el fútbol como tema importante en sus obras, lo cierto es que en algunas entrevistas y en su autobiografía (ob.cit.), confiesa ser fanático del Junior de Barranquilla, además de haber jugado sobre todo durante su pasantía como estudiante de derecho en Bogotá. El biógrafo más importante de García Márquez, el inglés Gerald Martin (2009), dice de él que había descuidado muchos sus estudios de leyes antes de caer enfermo y después los desatendió aún con mayor determinación.

Era conocido por proclamar su aversión por el derecho y organizar partidos de fútbol improvisados en los augustos pasillos de la universidad. A pesar de ser un bohemio tímido y solitario que pasaba horas y días enteros leyendo y escribiendo, a García Márquez jamás le incomodó un deporte tan ruidoso y masivo como el fútbol, quizás porque tanto en Barranquilla como en Bogotá la tertulia futbolera ya para esos años era apasionada y ensordecedora en los bares y en los cafés. Tertulias en la que participaron por supuesto alguno de sus mejores amigos que trataban el tema en sus artículos como Germán Vargas, Alfonso Fuenmayor, y, entre otros el poeta Álvaro Cepeda Samudio, quien fue corresponsal del *Sporting News*, de Saint Louis Missouri, y que, por cierto, tiene un bellissimo cuento sobre fútbol titulado: *Desde que compro la cerbatana ya mi mujer no se aburre los domingos*.

Relata el periodista Plinio Apuleyo Mendoza (2002), un entrañable amigo de Gabo que recuerda a este en Bogotá, cuando vivía en una pensión antigua de la calle Florián, leyendo libros tras libros sentado en un tranvía que recorría la ciudad de sur a norte: mientras el tranvía aquel avanzaba lento en la soleada tarde del domingo. Por calles que las multitudes aglomeradas en el estadio de fútbol o en la plaza de toros habían dejado vacías (ob. cit.: p. 12).

El autor de *Cien años de soledad*, llegó a correr detrás del balón en los pocos ratos libres que le permitía la lectura. Seguro que jamás le pasó por su cabeza emular a los mejores futbolistas de su época, sino más bien a los grandes escritores que había devorado con pasión endemoniada en sórdidos cuartuchos de Bogotá y más tarde en París, entre ellos, su más admirado, el norteamericano William Faulkner. Estaba en lo correcto un paisaje de su biografía así lo confirma:

Escribe Carmelo Martín (1996), que durante buena parte de su vida, Cervantes no había obtenido el reconocimiento que merecía y había padecido grandes

frustraciones. En cambio García Márquez, cerca de cumplir ochenta años, en una época diferente, era uno de los escritores más queridos del planeta y una celebridad que difícilmente hubiera alcanzado una fama y un reconocimiento mayores en su propio continente de haber sido un futbolista.

El narrador uruguayo Mario Benedetti es uno de los escritores latinoamericanos que más ha vinculado el tema del fútbol con su obra. Él ha elevado este deporte al pódium de las letras a través de algunos cuentos como “*El césped*”, del libro *Despistes y franquezas y Puntero Izquierdo*, ambos publicados en *Cuentos de fútbol (volúmenes I y II)* de Jorge Valdano (1998). Benedetti (1979) hincha del equipo Peñarol de su Montevideo natal, reflexiona así por intermedio del personaje principal de su novela *La Tregua*:

(...) Imagino que ellos, cuando se repantingan en los mullidos sillones de la sala de Directorio, se deben sentir casi omnipresentes, por lo menos tan cerca del Olimpo como debe sentirse una alma sórdida y oscura. Han llegado al máximo. Para un futbolista el máximo significa llegar a integrar un día el combinado nacional, para un místico comunicarse alguna vez con su Dios; para un sentimental, bailar en una ocasión en otro ser el verdadero de sus sentimientos. Pero esta pobre gente, en cambio, el máximo es llegar a sentarse en los butacones direccionales (1998: p. 105).

Benedetti (1978) haciendo gala de su prosa poética, en torno a la libertad a través de Benja el personaje principal de su cuento *El Césped*:

El aire salitroso y los castillos de arena y las aguas vivas y las aguas que ha traído la penúltima ola. Todo es mío. ¿Qué sería de mí, el número ocho, sin estas mañanas en que la playa me convence de que soy libre, de que puedo abrazar esta roca, que es mi roca mujer o tal vez mi roca madre, y estirarme sin otros límites que mi propio límite o hasta que siento las tenazas del cangrejo barcino sobre mi dedo gordo? Aquí soy número ocho sin llevarlo en la espalda. Soy número ocho sencillamente porque es mi libertad (1979-91).

Uruguay tiene una larga historia y una rica tradición futbolera. Fue en Montevideo donde se jugó el primer mundial de fútbol en 1930, que lo ganaron precisamente los charrúas, que suman, entre otros lauros, dos títulos olímpicos, y son los máximos ganadores de la Copa América, el torneo más antiguo en la historia del balompié, con quince campeonatos. De allí que no sea para nada extraño que el gran poeta uruguayo, quien ha cantado al amor, a lo citadino y a las cosas sencillas, haya exaltado al fútbol en algunas de sus obras. Es tan importante el fútbol para los uruguayos, y principalmente para Montevideo, que ninguno de los habitantes pudiera imaginar la ciudad sin la omnipresencia de El Centenario, el estadio sede principal de aquella copa del mundo, que se levanta arrogante como un emblema de la cultura charrúa en el parque Batle.

Otro consagrado que no pudo resistir la tentación y la curiosidad por el fútbol fue Horacio Quiroga un grande de la literatura uruguaya. Quiroga, poeta de la corriente modernista, autor de *Cuentos de la selva* y *Los desterrados*, escribió el relato: *Suicidio en la cancha* que fue publicado en el libro: *Su majestad el fútbol* de Eduardo Galeano (1968):

(...) cuando un muchacho llega por a o por b, y sin previo entrenamiento, a gustar de ese fuerte alcohol de varones que es la gloria, pierde la cabeza irremisiblemente. Es un paraíso demasiado artificial para su joven corazón. A veces pierde algo más, que después se encuentra en la lista de defunciones... (1968: 42)

El fútbol a sol y sombra

Uno de los textos más hermosos que se hayan escrito sobre el balompié indudablemente que es *El fútbol a sol y sombra* del uruguayo Eduardo Galeano (1995). Es un excelente trabajo en el que el autor de *Las venas abiertas de América*

Latina desborda conocimiento, pasión y una imaginación prodigiosa en el que se conjuga la ficción literaria con el cuento corto, la crónica periodística, la fabula y los relatos históricos. El autor de *Las venas abiertas a América Latina* rinde tributo a los grandes ídolos: Pelé, Maradona, Garrincha, Di Stefano y otros. Pero también a la gloria y caída del héroe épico, como en la tragedia del portero del equipo Nacional que se voló los sesos con una pistola en medio de la cancha. El cuento se titula *Muerte en la cancha*:

...Abdón Porte defendió la camiseta del club uruguayo Nacional durante más de doscientos partidos, a lo largo de cuatro años, siempre aplaudido, a veces ovacionado, hasta que se le acabó la buena estrella. Entonces lo sacaron del equipo titular. Esperó, pidió volver, volvió. Pero no había caso, la mala racha seguía, la gente lo silbaba: en la defensa se le escapaban hasta las tortugas; en el ataque no embocaba una. Al fin del verano de 1918, en el estadio del club Nacional, Abdón Porte se mató. Se pegó un balazo a media noche, en el centro de la cancha donde había sido querido. Estaban todas las luces apagadas. Nadie escuchó el disparo. Lo encontraron al amanecer. En una mano tenía el revólver y en la otra una carta. (ob.cit.: p. 46).

Dice que *El fútbol a sol y sombra*, rinde homenaje al fútbol, música del cuerpo, fiesta de los ojos, y también denuncia las estructuras del poder, de uno de los negocios más lucrativos del mundo. Galeano es un fiel defensor del fútbol romántico y poético que se jugaba por amor a los colores y que tenía un sentido más lúdico, artístico y menos mercantil, por eso en el texto hace críticas al fútbol actual marcado por el fetiche de la televisión y el espectáculo publicitario:

... La tecnocracia del deporte profesional ha ido imponiendo un fútbol de pura velocidad y mucha fuerza, que renuncia a la alegría, atrofia la fantasía y prohíbe la osadía. Por suerte todavía aparece en las canchas, aunque sea de muy vez en cuando, algún descarado cara sucia que se sale del libreto y comete el disparate de gambetear a todo el equipo rival, al juez y al público de las tribunas, por el puro goce del cuerpo que se lanza a la prohibida aventura de la libertad (ob.cit.: p, 53).

Otro excelente texto de Galeano describe el gol número mil de Pelé:

Fue en 1969. El club Santos jugaba contra el Vasco de Gama en el estadio Maracaná. Pelé atravesó la cancha en ráfaga, esquivando los rivales en el aire, sin tocar el suelo, y cuando ya se metía en el arco con pelota y todo, fue derribado. El árbitro pitó penal. Pelé no quiso tirarlo. Cien mil personas lo obligaron gritando su nombre. Pelé había hecho muchos goles en Maracaná. Goles prodigiosos como aquel de 1961, contra el club Fluminense, cuando había gambeteado a siete jugadores y al arquero también. Pero este penal era diferente, la gente sintió que algo tenía de sagrado. Y por eso hizo silencio el pueblo más bullanguero del mundo. El clamor de la multitud callo de pronto, como obedeciendo una orden, nadie hablaba, nadie respiraba, nadie estaba allí. Súbitamente en las tribunas no hubo nadie, y en la cancha tampoco. Pelé y el arquero Andrada estaban solos. A solas esperaban, Pelé parado junto a la pelota en el punto blanco del penal. Doce pasos más allá. Andrada, encogido al asecho entre los palos. El guardameta alcanzó a rozarla, pero Pelé clavó la pelota entre la red. Era su gol número mil. Ningún otro jugador había hecho mil goles en la historia del fútbol profesional. Entonces la multitud volvió a existir, y salto como un niño loco de alegría, iluminando la noche (ob.cit.: p. 151)

Gol de Maradona

Otro estupendo relato es el que dedica Galeano a Diego Armando Maradona. Un trabajo muy especial porque tiene como argumento un gol que marcó el crack argentino cuando apenas era un pibito de doce años. Esta es una narración de tono nostálgico y anecdótico, más parecido a un cuento para niños, en el que se vislumbra lo que más tarde sería un genio, un malabarista de la pelota que llegó a superar la fama de Gardel, Evita Perón y el tango. Uno de los más grandes jugadores de la historia del balompié:

...Fue en 1973. Se medían los equipos infantiles de Argentinos Juniors y River Plate, en Buenos Aires. El número 10 de Argentina recibió la pelota de su arquero, esquivó al delantero centro del River y emprendió la carrera. Varios jugadores le salieron al encuentro: a uno se la pasó por el jopo, a otro entre las piernas y a otro lo engañó de taquito. Después, sin detenerse, dejó parálíticos a los zagueros y al arquero

tumbado en el suelo, y se metió caminando con la pelota en la valla rival. En la cancha habían quedado siete niños fritos y cuatro que no podían cerrar la boca. Aquel equipo de chiquilines, Los Cebollitas, llevaba cien partidos invictos y había llamado la atención de los periodistas. Uno de los jugadores, El Veneno, que tenía trece años, declaró: Nosotros jugamos por divertirnos. Nunca vamos a jugar por plata. Cuando entra la plata, todos se matan por ser estrellas, y entonces viene la envidia y el egoísmo.

Habló abrazado al jugador más querido de todos, que también era el más alegre y el más bajito de todos: Diego Armando Maradona, que tenía doce años y acababa de meter ese gol increíble. Maradona tenía la costumbre de sacar la lengua cuando estaba en pleno enfién. Todos sus goles habían sido hechos con la lengua afuera. De noche dormía abrazado a la pelota y de día hacía prodigios con ella. Vivía en una casa pobre de barrio pobre y quería ser técnico industrial. (Galeano, 1995. p. 160)

Adiós Maracaná

Quedaría incompleto este capítulo dedicado al fútbol y la literatura sino incluyéramos aquí a los narradores brasileños. No existe país en el mundo donde el fútbol se viva con mayor intensidad y alegría que en Brasil, con una historia y una tradición sin precedentes. Es el máximo ganador de títulos mundiales con cinco títulos, y es cuna de los mejores jugadores de Suramérica y el mundo. Entre ellos Pelé, Garrincha, Zico, Ronaldo, Romario, y recientemente Neymar un fenómeno del Santos comprado por el poderoso club Barcelona de España.

Agregamos a los brasileños Rubén Fonseca y Edilbertho Coutinho. El primero es uno de los escritores más importantes de ese país, quien durante años ejerció el periodismo, y es conocido internacionalmente por sus obras *Os prisioneros* (1963), *A grande arte* (1983) y *Agosto* (1990).

Por otra parte Coutinho, también periodista, narrador y ensayista ha publicado libros como *Sangue na praca* (1979), *Os jogos* (1984) y *Ofícios perigosos*

(1989). Es muy conocido por el cuento *Adiós Maracanã* (1980) con el que ganó el premio Casas de las Américas. *Adiós Maracanã* es uno de los textos sobre fútbol más importantes de Brasil; mientras que el relato, *Abril en río*, 1970, de Rubén Fonseca, mereció igualmente grandes elogios.

El personaje principal del prestigioso cuento *Adiós Maracanã*, es Anselmo un jugador que llega del campo a la ciudad de Río de Janeiro donde tiene la oportunidad de probar suerte como futbolista profesional. Allí vive vicisitudes, se convierte en un ídolo, pero lamentablemente cae en la tentación del alcohol las mujeres, la samba y las noches de locuras desenfrenadas. Coutinho retrata la cruda realidad de muchos futbolistas que han tenido que lidiar con las pasiones, los vicios y la fama. A continuación un pequeño extracto del cuento:

...El compadre me asusto, tenía los ojos desorbitados, estoy aquí, llegué, pobre Anselmo, sin aplausos, sin dinero, sin mujer, ella era los que yo más quería, compadre ¿has visto a mi hijo?, ¿ya habla?, ¿ya camina? Le pegué a mi mujer porque me estaba traicionando, el balón también me traicionó, las cosas que yo más quise en la vida, ella y el balón, compadre, las dos fueron acogidas por otros hombres, compadre. Esta Casa de Salud es un viejo caserón de puntal alto, con un bonito jardín al rededor, mucha tranquilidad, pero hace poco el doctor Santos al teléfono dio la alarma. Se escapó nadie sabe donde está nuestro amigo. Estoy muy preocupado, dijo el doctor Santos, unos tragos más y puede enloquecer definitivamente, tiene el cerebro muy dañado y si nada más huele el alcohol puede ser el fin.

Son muchos los episodios que pueden ser recreados a través de la literatura. No cabe duda que el cuento es un género propicio para narrar historias más intimistas, y de gran carga psicológica, como lo hace Rubem Fonseca en “*Abril, en Río, en 1970*”. Zé, el personaje principal es un futbolista mediocre que sueña con llegar a un club profesional y alcanzar la fama.

...Todo empezó cuando el tipo que se sentó cerca de mí en el pasto dijo, mira lo que es la escupida de Gerson. En el momento no le di importancia, me había costado un huevo llegar hasta allá, pero mi cabeza estaba en el partido del domingo y yo no relacionaba las cosas unas con otras. Al partido del domingo iba a ir Jair da Rosa Pinto, técnico del Madureira, que ya fue crack de la selección, y una cosa aquí dentro me decía, Zé, va a ser la oportunidad de tu vida. Yo le dije a mi chica que era dactilógrafa de la empresa, no salgo de cadete ni un mes más, también le dije que Jair da Rosa me iba a ver el domingo, pero las mujeres son bichos raros, ni me dio bola. Soltadme, déjame que te cuente. Me levanté de la cama, le explique, pucha, si juego bien y Jair da Rosa Pinto me lleva al Madureira, estoy hecho, nadie me para, pero ella me tiró de nuevo a la cama y fue aquella locura, mi chica es un fuego.

Otra interesante obra es la biografía *O Estrela solitaria*, un brasilero chamado Garrincha, del periodista Ruy Castro (2006) en la que el autor cuenta la dramática historia de un hombre que fue amado por un pueblo entero y que terminó en las calles de Río de Janeiro derrotado por dos enemigos implacables: la soledad y el alcohol. El de Castro es un libro lleno de revelaciones hasta para quienes creían conocer el genio y la mitología de uno de los futbolistas más brillantes y sui generis que haya visitado esta tierra, un extraterrestre que le dio más alegría al pueblo más risueño del planeta.

Verlo jugar era como ver a Charles Chaplin corriendo detrás de una pelota. Su juego era pura magia, pura versatilidad, pura poesía. Garrincha practicaba un fútbol de alta estética, romántico, desbocado de lirismo y de libertad.

Cuenta Castro que:

Cuando el niño Manuel nació fue la partera doña Leonor la primera en darse cuenta de sus piernas tuertas. La pierna izquierda era arqueada para fuera y la derecha hacia adentro Como que si una ráfaga de viento se las hubiese ladeado para el mismo lado. Manuel no había heredado las piernas de Amaro pero si la de la madre Carolina, sin embargo las

de ella no eran tan tuertas como la de él. Si durante la niñez le hubiesen colocado un aparato de corrección ortopédica, en poco tiempo las piernas de Manuel habrían estado alineadas, pero quien iba a pensar en eso en la calle El Chiqueiro, en Pau Grande en el año de 1933 (ob.cit.: p. 26).

Del cuento a la novela

El cuento, la crónica y la poesía han sido los géneros preferidos para narrar y cantar historias de fútbol, aunque en algunos autores como Galeano, por ejemplo, lo que hay es una interesante fusión de géneros donde en oportunidades se confunde lo fantástico con lo real y la ficción con la no ficción. A diferencia de estos géneros la novela es la menos empleada quizás por tener una estructura diferente, menos intensa, más amplia, que permite bifurcaciones, desarrollo y digresiones.

Los episodios que se suceden en un juego de fútbol guardan estrecha relación con las características básicas de un buen cuento en el que debe privar la tensión interna de la trama narrativa, una sumersión avasalladora.

Todo partido de fútbol está marcado por la desesperación exaltante, la angustia y la ansiedad, entre otras cosas, porque la lucha es nada más y nada menos que contra el tiempo. “El implacable” a decir de Silvio Rodríguez.

Otro de los aspectos interesantes que hay que destacar es que el fútbol además de producir una gran tensión nerviosa, de dientes apretados, en los futbolistas como en los espectadores, paradójicamente también genera mucho humor, risa y picardía, esencialmente cuando alguien se equivoca en una jugada, o el árbitro comete un desliz. Los episodios del fútbol están marcados por lo serio, pero también por situaciones chaplinezcas y absurdas que producen grandes carcajadas en el público.

Indudablemente que esos episodios picarescos son más fáciles de expresarlo a través del relato, utilizando recursos como la ironía.

Coinciden, Daniel Samper y Rafael Gordillo (2000) en el libro *Las leyes del fútbol* en:

“que el fútbol es feliz beneficiario de la Ley de Murphy. Una vez se pone en juego el balón, si algo puede fallar, habrá gol. Nada sería peor para él fútbol que la perfección. Si nada fallase, él no existiría... lo cual sería un fallo lamentable” (p. 9)

Argumenta un especialista del cuento, el argentino Julio Cortázar (2007), quien escribió dos famosos relatos sobre boxeo “*Torito*”, y “*El noble arte*”, que el cuento debe cumplir su misión narrativa con la máxima economía de medios, y que precisamente la diferencia entre el cuento y la novela se basa en la implacable carrera contra reloj que es un cuento plenamente logrado.

Este gran género en los que destacaron gigantes de la literatura como Edgar Allan Poe, Jorge Luis Borges, Juan Carlos Onetti, Tolstoi y Truman Capote, por nombrar a los más reconocidos, es el género que más ha acobijado al fútbol. No por casualidad el deporte donde hay más tensión en la lucha contra el tiempo, es decir, contra reloj, es el fútbol. Es además una lucha dramática porque es la lucha contra el tiempo real, que es el tiempo de la existencia misma.

Han desfilado por aquí algunos narradores que han dedicado historias cortas a la pelota y sus alrededores, es el caso de Galeano, Benedetti, Quiroga y otros. Sin embargo hay mucho más cuentistas que siendo forofos del balompié han querido rendir tributo a este deporte desde la libertad, el ritmo, la tensión y los imprevistos con que se escribe un cuento, pero también con que se vive cualquier final desde las tribunas.

Entre ellos podemos nombrar a Alfredo Bryce Echenique, "*Pasalacqua y la libertad*"; Roberto Fontanarrosa, "*19 de diciembre de 1971*"; Miguel Delibes, "*El campeonato*", Juan García Hortelano, "*Cuáles son los míos*"; Augusto Roa Bastos, "*El crack*", Juan Villoro, "*El extremo fantasma*"; Oswaldo Soriano, "*El penal más largo del mundo*"; Antonio Skarmeta, "*La composición*" y Álvaro Cepeda Samudio con "*Desde que compro la cerbatana ya Juana no se aburre los domingos*", entre otros.

La trama del fútbol ha sido contada mayormente a través del cuento y la crónica. Casi todos los más reconocidos aparecen compilados en algunos libros como *Cuentos de Fútbol I y II* de Valdano (1998), *Y el fútbol contó un cuento*, de Alejandro Apo (2007), *Cuentos de fútbol, argentino*, de Fontanarrosa (1997), además de algunas crónicas salidas de la pluma del colombiano Alberto Salcedo Ramos (2011) en el texto *La Eterna Parranda*.

(...) El sistema de referencias del fútbol está tan codificado e involucra de manera tan eficaz a las emociones que contiene en si mismo su propia épica, su propia tragedia y su propia comedia. No necesita tramas paralelas y deja poco espacio a la inventiva del autor. Esta es una de las razones por las que hay mejores cuentos que novelas de fútbol. Como el balompié llega ya narrado, sus misterios inéditos suelen ser breves. El novelista que no se conforma con ser un espejo, prefiere mirar en otras direcciones. En cambio el cronista (interesado en volver a contar lo ya sucedido) encuentra ahí inagotable estímulo (Villoro, 2006).

No obstante, aunque pocas han sido las novelas publicadas existen algunas interesantes como "*El delantero centro fue asesinado al atardecer*, del español Manuel Vásquez Montalbán (1998), en la que se narra que el club más rico del mundo recibe en sus oficinas un anónimo en el que se amenaza de muerte al recién

fichado delantero centro del equipo, Jack Mortimer. Los directivos del club contratan el emblemático detective Carvalho para que inicie la investigación, haciéndose pasar por psicólogo con el propósito de andar libre por el ambiente deportivo sin levantar la sospecha de la prensa.

Las pistas apuntan a un asunto de especulación inmobiliaria en el que están mezclados el presidente de un club de divisiones regional y el delantero centro de su equipo, un viejo ídolo venido a menos.

...El video había terminado y se hizo la luz, estallaron las conversaciones y los comentarios y las sombras fueron definitivamente sustituidas por el hervor de las palabras y los gestos. Tras la mesa presidencial aparecieron los bustos de los directivos encabezados por el presidente Basté de Linyola y en el centro geométrico permanecía iluminado, por una luz de animal elegido, Jack Mortimer, bota de oro y cabeza rubia de oro culminando una cara llena de pecas y sonrisas. Tomó la palabra el jefe de relaciones públicas Camps O Shea para recordar a los periodistas el motivo del encuentro, bajo la brusca iluminación de los focos de las distintas cadenas de televisión que grababa el clamoroso evento de la presentación pública del nuevo fichaje. El propio Camps O Shea se ofreció como traductor de Mortimer (ob.cit.: p. 17)

También en España, donde hay una importante producción de literatura deportiva, especialmente dedicada al fútbol, fue publicada la novela *Fuera de Juego* (del periodista Antonio Mérida (2000). La historia gira en torno a los episodios vividos por Pipe Moreno, un periodista sui generis con excelente habilidad para conseguir noticias y meterse en problemas. Él sueña con dejar de hacer periodismo y marcharse a vivir en el campo. Pero antes de concretar el sueño trabaja sin apuros, acompañado del fotógrafo discapacitado Leonardo Rico, un ser extraño con una particular manera de ver el mundo.

Las vanidades, las grandezas y las mentiras del fútbol ocupan su tiempo, pero la llegada de una estrella de fútbol que intenta superar un oscuro pasado, y la aparición de una misteriosa mujer dan al traste con la tranquilidad y los intereses de estos dos personajes. Mérida, en *Fuera de Juego*, describe el otro mundo del fútbol que existe entre telones y que pocas veces es reflejado en los medios de comunicación.

Sexo, intriga, dinero y fútbol. Un cóctel elaborado con ritmo y humor que atrapa la atención del lector. Con un grupo de personajes tan extravagantes como atractivos, que deambulan por escenarios reconocidos y situaciones delirantes ambientadas en el Madrid de los años noventa. Este es un relato por donde desfilan estrellas del balompié, periodistas, directivos, políticos y vividores de oficio que pasan de la realidad más cruda a la ficción más deslumbrante.

(...) Pipe se quedó con la vista fija en el lejano Acueducto. A través del amplio ventanal y desde la terraza, la panorámica era cautivadora. Segovia parecía más bonita que nunca bajo la celeste luminosidad. Hacía calor. Pero era otro tipo de calor. Soportable, hasta saludable. Era impensable que el joven Silva se pagara una puta por su cuenta, que esta llegara al hotel y que nadie reparase en ella. Tampoco parecía lógico que nada más llegar recibiera la visita de su novia. Y menos, a esas horas y tratándose de un chico que acababa de incorporarse y que debía estar pendiente del balón y de las bromas de los veteranos que de otra cosa. Pero más extraño era la reacción del entrenador, terriblemente enfadado. En fin...Tenía hambre y debía meter algo sólido en su maltrecho cuerpo. Apagó el cigarro y se largó al comedor (ob.cit. p. 97).

El miedo del portero al penalty, de Peter Handke (2006), publicada por primera vez en Alemania en 1970, cuenta la historia de Josef Bloch, viejo guardameta de un club de fútbol, que es despedido de su trabajo como mecánico y está obligado a comenzar una nueva etapa en su vida por caminos dolorosos y desconocidos para él.

Peter Handke nació en 1942 en Griffen (Austria). Desde la publicación de sus primeras obras se convirtió en uno de los novelistas en lengua alemana más prestigiosos y traducidos. Estudió derecho en la Universidad de Graz, y ha escrito poesía, novelas, obras de teatro y guiones cinematográficos. Algunos de sus libros más importantes son *El miedo del portero al Penalty* (1970), que fue llevada al cine por Win Wenderes, *El momento de la sensación verdadera* (1975), *El chino del dolor* (1983), *La tarde de un escritor* (1987), y *El juego de las preguntas* (1989). Recibió el premio Georg – Buchner en 1973.

-El portero está pensando hacia qué esquina va a lanzar el otro el balón- dijo Bloch -. Si conoce al jugador, sabrá cual es la esquina que elige normalmente. Pero, generalmente, el jugador que lanza el penalty cuenta también con que el portero está haciendo estas o aquellas conjeturas. Así que el portero sigue reflexionando, y llega a la conclusión de que esta vez el sitio irá dirigido a la otra esquina. Pero ¿qué ocurre si el jugador continúa reflexionando también, y decide elegir el tiro a la esquina acostumbrada? Etcétera, etcétera. Bloch vio como poco a poco todos los jugadores iban saliendo del área de castigo. El que iba a lanzar el penalty colocó el balón en el sitio adecuado. Entonces el mismo retrocedió y salió del área de castigo. -cuando el jugador toma la carrerilla, el portero indica con el cuerpo inconscientemente la dirección en que se va a lanzar, antes de que hayan dado la patada al balón, y el jugador puede entonces lanzar el balón tranquilamente a otra dirección – dijo Bloch -, es como si el portero intentara abrir una puerta con una brizna de paja. De repente el jugador echo a correr. El portero que llevaba una camiseta de un amarillo chillón, se quedó parado sin hacer un solo movimiento, y el jugador le lanzó el balón a las manos (ob.cit.: pp. 138 - 139).

A este lado del Atlántico precisamente en Chile, país que organizó la Copa del Mundo de 1962, y tierras de grandes figuras como Carlos Letelier, Marcelo Salas e Iván Zamorano, apareció la novela *El Fantasista*, un texto escrito con desparpajo, libertad y mucho humor del bueno.

Los habitantes de la salitrera Coya Sur se ven enfrentados a dos acontecimientos que cambiarán sus vidas para siempre: el cierre definitivo del campamento y el último partido de fútbol contra María Elena, sus archirrivaes de siempre. Y solo un milagro puede hacerlos ganar ese trascendental encuentro.

En la narración Hernán Rivera Letelier (2006) recrea el diverso ambiente de la pampa a través de una historia fascinante, donde los personajes se lo juegan todo por el honor, la amistad, el orgullo y principalmente por el amor:

(...)Un palo en la cabeza no lo hubiera dejado más atolondrado. Su corazón era un balón de fútbol inflado a presión y botando fuerte contra su pecho: Caminaba por la calle como pisando en el aire, sintiendo lo mismo que en la cancha cuando, tras sortear a dos o tres jugadores, avanzaba hacia el arco sin sentir el cansancio, sin sufrir el clavo en el zapato, sin oír los gritos y la aclamación en la tribuna, como si fuera corriendo por un campo insonorizado, como si en el mundo entero solo existiera él y la pelota. Eso mismo sentía ahora mientras avanzaba por la sombra del callejón sin esquivar el barro. En el mundo solo estaban él y su corazón del número cinco. No podía creerlo. Mañana haría el amor por primera vez (ob.cit.: p.135).

En su tránsito por los vericuetos de Coya Sur, *El fantasista* va dejando con la boca abierta a todos aquellos que se detienen en cualquier calle del condado a deleitarse con su agilidad, sus virtudes y malabarismo con la pelota. Es así como los habitantes de Coya Sur lo honran con el título de Mesías de la pelota blanca.

(...) La tocaba diestramente con ambos pies, con las rodillas; en un gesto técnico exquisito le daba de taco, de empeine, de revés; se la llevaba a la cabeza, la dejaba quiera en la frente, se acuclillaba con ella, se la pasaba a la nuca, se tiraba de bruceas al suelo; en un movimiento de cuncuna la hacía bajar por la espalda, la volvía a la nuca con un corcoveo cortito y después se inclinaba equilibrándola en la frente como si se trataba de una paloma dormida. ”¡Como si fuera una redonda hernia necrosada!“, diría luego Cachimoco Farfán que, por

haberse chulado mientras estudiaba medicina, mezclaba términos deportivos con nomenclatura médica (ob.cit.: pp. 14 - 15)

CAPÍTULO V

EL ARTE DEL FÚTBOL

En el principio, Dios iba a la escuela y se ponía a jugar fútbol, con sus amigos hasta llegar la hora de irse a sus salones, Aunque Dios sabe muchas cosas, quiere aprender más y hacer cosas nuevas. Un día Dios dijo “hoy trabajé mucho y es hora de ir al recreo”. Dios y sus amigos se pusieron a jugar fútbol y Dios chutó tan duro, que la pelota cayó en un rosal y se pinchó. Al explotar la pelota, se creó el universo y todas las cosas que conocemos.

Rodrigo Navarro Morales, 7 años.

Si Pareyson dice que el contenido de la obra de arte es el artista, podríamos analógicamente decir que el contenido del fútbol es el jugador. El estilo de juego constituye la marca indeleble de la personalidad de uno y otro. El estilo del jugador es su “forma” de presentación personal y su “expresión” personal. Forma y expresión están conjugadas en la personalidad del jugador.

Joao Ricardo Carneiro

En el Mundial México 70, Brasil mostró una selección tan extraordinaria y completa para jugar al fútbol, que periodistas, narradores y hasta poetas agotaron todos los adjetivos disponibles en cualquier idioma, para describir aquel juego maravilloso y espectacular que asombró al mundo del balompié por su belleza, su plasticidad y su ritmo. Un fútbol libre y abierto, de cuatro atacantes, que pasó a la historia como el más bello jugado jamás en cualquier cancha del planeta.

Todo eso ocurría paradójicamente en un momento cuando comenzaba a imponerse el fútbol defensivo, cerrado y pragmático perfeccionado progresivamente por los italianos a través del inefable catenaccio (“cerrojo”). Sería a partir del Mundial del 70, cuando los analistas profundizaron la discusión en torno a dos formas bien diferenciadas de jugar al fútbol: una rígida y defensiva, y otra abierta y ofensiva que pudiera denominarse como fútbol romántico o “fútbol - arte”.

Aquel equipo de Brasil en México 70 estaba conformada por jugadores excepcionales, que tenían gran manejo de la pelota. Malabaristas que practicaban un fútbol alegre y fantástico identificado plenamente con el temperamento y el desenfadado de la cultura popular brasileña, una cultura profundamente marcada por el colorido, la musicalidad y lo carnavalesco. Ese conjunto, en el que brilló con luz propia Edson Arantes do Nascimento (Pelé), estaba conformado por Rivelino, Carlos Alberto, Gerson, Tostao, Clodoaldo, Jairzinho, Everaldo y otros, no menos mágicos y talentosos, que hicieron posible que hoy se acepte, casi por unanimidad, a esa selección como la mejor que haya existido en la historia del balompié. .

La selección brasileña, campeona de la Copa del Mundo del 70, exhibió un juego de alto vuelo, exquisito y poético que fue quizás la gestación definitiva de un milagro maravilloso, disfrutado por millones de personas en el mundo, por primera vez a través de la televisión a color, en pueblos disimiles con lenguas diversas, pero en los que realmente se habla un lenguaje común: el fútbol. Una experiencia masiva que marcó la consagración definitiva del Rey Pelé, quizás el mejor exponente del fútbol arte, el que intentaremos de caracterizar en este capítulo. Quien no recuerda el magistral gol de cabeza contra Inglaterra en la final, suspendiéndose en el aire como una pantera, y girando todo su cuerpo para conectar la pelota con elegancia y precisión.

Desde hace ya varios años el fútbol ha estado dividido entre dos concepciones o dos maneras de percibir y practicar el balompié, por un lado están quienes defienden un fútbol cerrado en el que se privilegia la defensa. Este es un estilo pragmático y utilitarista que lo único que le interesa es el resultado y para ellos lo más importantes es ganar de cualquier manera. Especulando un poco, se pudiera decir que son los maquiavélicos del fútbol, para ellos el resultado justifica los medios.

Esta es una forma de jugar, con características bastante aproximadas al llamado catenaccio, que para algunos tiene sus orígenes con la selección de Italia que ganó los títulos mundiales de 1934 y 1938 dirigida por Vittorio Rocco. Uno de los mayores exponentes de esta táctica ultra defensiva fue el Milán de Italia, de la década de los sesenta, equipo con el que el entrenador español Helenio Herrera consiguió varios títulos en el calcio y en Europa.

El catenaccio es un sistema de juego que se caracteriza por una marca individual a los jugadores contrarios, además de la ubicación estratégica de un defensa libre, o “libero”, colocado detrás de la línea defensiva. Lo que realmente se pretende con la aplicación de este sistema es minimizar al máximo las posibilidades de gol del equipo rival, intentando siempre conseguir por lo menos un gol o más, para ganar, casi siempre, aunque por mínimas diferencias.

Por otro lado, está el fútbol que promueve más al ataque que la defensa. Este es un juego abierto y libre, maleable, menos estricto y menos esquemático, que privilegia la creatividad, la versatilidad y la soltura del jugador. Es un fútbol de fantasía, irreverente y desenfadado, en donde juega un papel fundamental la genialidad de los jugadores, y la capacidad que tengan los mismos para tocar la pelota y hacer todo tipo de combinaciones, pases y dribles antes de llegar al gol. Este es el fútbol arte, el fútbol romántico, el que intenta no perder el aspecto lúdico, la

imaginación, la pureza y la ingenuidad natural del juego. Reinventa las formas artísticas, y procura la estética y la belleza.

Por suerte todavía aparece en las canchas, aunque sea de muy vez en cuando, algún descarado cara sucia que se sale del libreto y comete el disparate de gambetear a todo el equipo rival, y al juez, y al público de las tribunas, por el puro goce del cuerpo que se lanza a la prohibida aventura de la libertad” (Galeano, 1995, p. 2).

En ese cara sucia del “potrero”, como llaman los argentinos al fútbol del barrio, se convirtió Diego Armando Maradona en el Mundial México 86, cuando con una habilidad y una rapidez sin precedentes se sacó con la pierna zurda maravillosa, por lo menos a siete jugadores de Inglaterra, desde la mitad de la cancha, y convirtió aquella joya del gol que aún están gritando desde argentina hasta Bombay.

Lamentablemente el fútbol romántico ha venido cediendo espacio importante a la táctica, el efectivo y otros aspectos objetivos que intentan encasillar al jugador a un reducto de la cancha, coartándole la posibilidad de creación. A través de un libreto impuesto por los entrenadores. Sin embargo, el fútbol ha podido resistir a los embates del tecnicismo gracias a su condición artística esencial. Un ejemplo de ello es el llamado “jogo bonito” de los brasileños. Por más innovaciones científicas que se le quieran imponer al fútbol moderno, siempre termina abreviando en la condición estética del juego.

“La tecnocracia del deporte profesional ha ido imponiendo un fútbol de pura velocidad y mucha fuerza, que renuncia a la alegría y atrofia la fantasía y prohíbe la osadía”, protesta Galeano (ob.cit.), en un tono nostálgico por un balompié que cada día es más lejano, que pierde las florituras y los encantos de otros tiempos. Lo que algunos llaman la identidad, la manera de jugar de cada equipo, la personalidad, su fisonomía, su estilo, las aplicaciones técnicas y tácticas dependen en gran medida de

las cualidades de cada jugador, pero además de los criterios y las valoraciones de los entrenadores. Por eso en ocasiones para definir una manera particular de jugar, se habla de la escuela brasileña, la escuela argentina o la escuela uruguaya, cada una con sus características propias y sus matices. Algunos entrenadores como el colombiano Francisco Maturana, han llegado a decir que “se vive como se juega”. Un poco para subrayar que el fútbol tiene que ver con la idiosincrasia y la cultura de los pueblos.

Cada entrenador tiene su propio catecismo y puede hacer dos cosas con él: excomulgar a quien lo trasgrede y expulsarlo al infierno del banquillo o, por el contrario, incentivar su libre aplicación. Los primeros pertenecen a una de las grandes confesiones, son militaristas más que estrategas y sostienen que todo el fútbol cabe en una pizarra, está escrito, y solo hay, por tanto, que ejecutarlo a lo largo y ancho del campo de batalla: el estadio. Para ellos que llevan gorra napoleónica y cruzan la mano entre los botones de la guerrera, el fútbol es de los entrenadores, que nadie lo discuta. Los segundos profesan la fe contraria; dicen que no existe el fútbol, sino los hombres que hacen fútbol; es un juego -”por tanto una cosa seria”- y pertenece a los futbolistas. No niegan la táctica y el orden, pero cultivan, sobre todo, el talento del verdadero creador, del artista en última instancia, que es el que salta al campo a ganar con una pelota en los pies y no con un fusil en las manos. Aquellos son, para entendernos, entrenadores de derecha, éstos, en cambio, están en la misma acera que Valdano y son de izquierda (Martín, 1996, p. 57).

Por supuesto que el fútbol a pesar de su aparente sencillez tiene muchas complejidades, variantes y formas de ser desarrollado en un campo de juego. Sin embargo, juéguese como se juegue, ofensiva o defensivamente, el balompié siempre preservará rasgos característicos que le otorgan una plasticidad y un lenguaje muy especial. El fútbol es movimiento, ingenio y espontaneidad; es sincronía y belleza.

Howard Gardner, brillante especialista, definió siete tipos de inteligencia que va desde la musical hasta aquella que consiste en conocernos a nosotros mismos. Sin

olvidarse, por supuesto, de la “inteligencia muscular”, que convierte el movimiento en una expresión creativa que sirve para elevar tanto al ballet como al deporte.

El fútbol es una experiencia que se puede vivir desde una perspectiva fenomenológica en la que se analicen los aspectos intrínsecos del fenómeno fútbol. Es decir, como una experiencia que el espectador puede captar y entender desde su racionalidad como lo explica, Charles Sanders Peirce.

Es una verdadera lástima que hasta ahora el fútbol no haya sido valorado en una dimensión artística, en la que se intente develar fenómenos, aparentemente ocultos, que tienen que ver con aspectos de forma, como la plasticidad de los jugadores para hacer combinaciones y construir jugadas tanto en lo individual como en lo colectivo. También algunas abstracciones que estarían conectadas con la experiencia estética. Quizás sea interesante estudiar no solo lo puramente escandaloso y masivo que existe en el fútbol, como se hace desde la investigación sociológica, sino también desde la belleza. Si hay una disciplina deportiva que merece ser observada con capacidad de asombro y perplejidad esa es precisamente la disciplina del fútbol.

Indudablemente que el balompié no se agota con el griterío de las tribunas, sino que es una puesta en escena en la que se pueden descubrir aspectos interesantes que sorprenden por la originalidad y la espontaneidad.

César Luis Menotti, en diálogo con Ángel Capa, define el fútbol como un deporte universal que ejerce una atracción masiva, porque permite una participación sin exclusión de tipo físico. Según su razonamiento, todo el mundo puede jugar al fútbol, al menos potencialmente, algo que no se puede decir de otros deportes, como el baloncesto, que selectivamente opta por los más altos, o el atletismo, inflexible con los que son pocos veloces o pocos resistentes en las pruebas de larga duración.

En fútbol, el único criterio para medir a un aspirante es el talento, una facultad que no se puede determinar a priori con relojes o cintas métricas. Un gordo bajito que le pega con una sola pierna y no salta a cabecear puede ser Puskas, Sívori o Maradona. (Martin, 1996, p. 57).

Para Valdano (1998) el fútbol tiene la capacidad de colocarnos ante tres maravillas humanas: la memoria porque recordamos los ídolos del pasado, la emoción por la incertidumbre de los resultados, el sueño por las ilusiones que genera y la belleza. *”Cuando mejor se juega al fútbol, más se estimula la imaginación, el entusiasmo creativo y el deseo de cantarle a los héroes, como ocurrió en la Grecia clásica”*. (Martin, 1996, p. 62).

¿Por qué es un arte?

El fútbol, más que otras disciplinas deportivas, ha sido muchas veces considerado un arte. El escritor Eric Hobsbawun señaló alguna vez que quien haya visto la selección de Brasil en México 70, no puede negarle al fútbol su condición de arte. Otros han comparado el balompié con disciplinas artísticas como el teatro, la danza, la música o el ballet. Incluso, el Premio Nobel de Literatura, el alemán Gunter Grass, dijo en una ocasión que le hubiera gustado leer sus textos en un estadio de fútbol porque, según él, es el mejor recinto para leer poesía.

Aunque no era el caso específico del fútbol, ya Cicerón, cientos de años antes de Cristo, en su definición de las artes había colocado al deporte, específicamente las carreras, como una de las artes menores. De allí que siendo el fútbol un deporte más universal, completo, elocuente y expresivo que el resto de las disciplinas, no hay dudas que tiene los méritos suficientes para ser elevado a esa categoría.

Cicerón incluyó en las artes mayores a las artes políticas y militares, en las medianas incluyó las artes puramente intelectuales, las ciencias, así como la poesía y la retórica; en la tercera clase incluyó la pintura, la escultura, la música, la interpretación y el atletismo. (Tatarkiewicz, 1997: pp. 84- 85)

Jorge Valdano, ex integrante de la selección argentina y el Real Madrid, es quizá quien más ha hecho reflexiones importante entorno al fútbol como arte, en artículos de opinión, libros y entrevistas. Valdano ha hecho un gran esfuerzo intelectual, desde la filosofía, la literatura y otros campos del saber, para observar al fútbol desde distintos ángulos de la experiencia humana.

El fútbol, su fútbol, es un espacio verde para ser libre. Al balón hay que sacarle música. Un estadio lleno es un teatro de ópera, que cuando es de calidad arranca "¡bravos!" y demás explosiones de alegría. El Santiago Bernabéu se presenta ante sus ojos como la Scala de Milán. Y no lo saquen de ahí. (Martin, 1996, p. 14).

Habría que hablar de la dramaturgia del jugador y del juego que es un tema que tanto atrae a Valdano. "El Fútbol" en su opinión:

Es una representación teatral en la que nunca se sabe dónde está el nudo de la obra". Y tiene como en la vida, suspense hasta el final. A veces llega, como el viento, un gol a favor o un gol en contra, ¿Quién puede saberlo? El hombre del fútbol es un actor y un artista. Creo que ser artista es atreverse a fracasar (op.cit.: p. 56)

Subraya para explicar su caso.

Menotti, Valdano y Cappa coinciden en que el entrenador es un director de orquesta y debe propiciar que sus músicos sean felices tanto en los ensayos como en el concierto de cada domingo. El periodista Julio César Iglesias dice que Valdano "quiere un equipo en el que todos toquen la pelota como si fuera un clarinete". Entre

hacer buena o mala música, Menotti siempre decanta por lo primero. "*Es como elegir entre ser toro o torero*", afirma. "*Yo quiero ser torero*" repite como si fuera una divisa el entrenador que ganó el Mundial de 1978. A menos sus enemigos lo tachan de romántico (op.cit., p. 59).

Haciendo una comparación del fútbol con el teatro, Galeano se pregunta:

“¿Quién escribe la obra? ¿El director técnico? La obra se burla del autor: Su desarrollo sigue el rumbo del humor y de la habilidad de los actores, y en definitiva, depende de la suerte, que sopla, como el viento, donde quiere. Por eso el desenlace es siempre un misterio, para los espectadores y también para los protagonistas, salvo en caso de soborno, o de alguna otra fatalidad del destino (Galeano, 1995, p. 12).

Por supuesto, que cuando alguien, sea espectador, periodista, cronista, o narrador eleva el balompié a la condición de “arte”, no lo hace en el sentido estricto y riguroso del término, como se conoce en la actualidad, sino más bien que lo hace para exaltar la creatividad y el desempeño individual o colectivo de los futbolistas. Es decir, lo que está es tratando de reflejar, de manera empírica, una de las características principales del arte que es precisamente la belleza, en este caso la belleza del fútbol. O sea está intentando, quizás inconscientemente, de comprar al balompié con las llamadas bellas artes, solo para otorgarle prestigio al desarrollo del buen juego.

Pero a decir verdad, el fanático que en medio de la euforia compara una jugada del brasileño Neymar, con el arte, aún sin detenerse a pensar “¿qué es arte?” no está nada equivocado, por cuanto si hay alguna actividad humana que reúne casi todas las características esenciales de lo que se ha intentado definir como “arte” en todas las épocas, desde los griegos hasta nuestros días, esa actividad es precisamente el fútbol, y así se intenta explicar en este trabajo.

Otro detalle que juega a favor de ese fanático, o de ese periodista deportivo, que supuestamente incurre en la ligereza de comparar al fútbol con el arte, es que no existe una definición exacta de lo que realmente significa la palabra “arte”. Han pasado miles de años desde que se comenzó a hablar sobre ese concepto y aún la discusión discurre abierta en cuanto a la precisión del mismo. .

Señala Wladyslaw Ttarkiewicz (1997), respecto a la imposibilidad de definir el arte que: *“nuestro siglo ha llegado a la conclusión de que conseguir una definición de arte que sea de una gran amplitud no es sólo muy difícil, sino imposible”*.

El concepto de arte ha cambiado constantemente y casi nunca ha habido un criterio que lo unifique. Por ejemplo, “arte” era un término que se aplicaba en la antigua Grecia a todo tipo de producción que se hiciera con destreza, es decir que se realizara de acuerdo con unos principios y reglas establecidas. Por lo tanto las obras de un arquitecto o de un escultor respondían a esta definición. Pero también lo hacían el trabajo de un carpintero o de un tejedor (ob.cit., p. 100).

El arte por bastante tiempo fue el término utilizado para calificar la habilidad de un hombre para elaborar y producir algunos objetos, hoy en día más bien tiene que ver con la colección de dichos objetos.

En Grecia en Roma y en la Edad Media, incluso en el Renacimiento arte significaba destreza, a saber, la destreza que se necesitaba para construir un objeto, una casa, una estatua,, un barco, un vestido y además la destreza que se requería para dirigir un ejército. Todas esas destrezas se denominaban artes: el arte del arquitecto, del escultor, del alfarero, del retórico.

Una destreza se basa en el conocimiento de una regla y por tanto no existe ningún tipo de arte sin reglas. De esa manera, el concepto de regla se incorporó al concepto de arte, a su definición.

De tal forma, que el arte para esa época era más amplio, menos restringido, no comprendía solo las bellas artes (pintura, escultura, poesía, arquitectura, música), sino además los oficios manuales, la pintura era una arte al igual que la sastrería. Pero también incluía a las ciencias.

Los antiguos y escolásticos no dividieron las artes en "bellas artes" y "artesánías", sino que lo hicieron según el esfuerzo mental o físico que requiriesen cada una de las actividades. De manera que no se trataba de una simple separación, sino que las dividieron en artes "liberales" y "vulgares" respectivamente. Para ellos las artes liberales eran infinitamente superiores a las comunes, o sea, las artes mecánicas. Así como no todas las bellas artes eran liberales, incluso la escultura y la pintura que necesitaban de un esfuerzo físico fueron consideradas vulgares. Entre las artes liberales estaban la gramática, la lógica, la retórica y la aritmética, entre otras.

Desde el siglo XVIII en adelante no había quedado ninguna duda de que los oficios manuales eran oficios y no artes y que las ciencias eran ciencias y no arte, de este modo, solo las bellas artes eran realmente artes. Pero este fue aceptado solo en el siglo XIX. Surgió así un nuevo concepto de arte.

La historia del concepto en Europa ha durado veinticinco siglos y se divide *grosso modo* en dos períodos, afirmando cada uno un concepto de arte diferente. El primer período – el del concepto- duró mucho tiempo, abarcando desde el siglo V antes a. C al XVI d. C., a través de estos largos siglos, el arte se construyó como una producción sujeta a reglas. Este fue el primer concepto que se elaboró.

Los años 1. 500- 1750 fueron años de transición del concepto antiguo, aunque había perdido su puesto anterior, se conservaba todavía, mientras que ya se estaba gestando el nuevo. Finalmente alrededor de 1750 el concepto antiguo cedió lugar al moderno. Ahora arte significaba producir belleza. Este último tuvo una aceptación tan universal como el antiguo e incluía las siete artes que Batteux había nombrado en su clasificación. Hasta que por fin surgió un cambio.

Los conceptos que han prevalecido es el del arte como producción de belleza y el que afirma que el arte imita a la naturaleza.

Belleza

Señalábamos anteriormente que el fútbol quizá es una de las pocas actividades humanas que reúne casi todas las características con las cuales se ha intentado definir el concepto de arte en la historia de la humanidad. Para explicar dicha afirmación, en adelante se toman los rasgos distintivos que se han utilizado para definir, qué es arte. En un ejercicio fenomenológico se intenta aquí hacer una comparación y, sobre todo, descubrir, ¿qué tanto arte irradia el fútbol como fenómeno de la cultura?

Por ejemplo, la definición clásica heredada del siglo XVIII es la que resalta que *el arte es aquella clase de actividad humana consciente que aspira y logra la belleza. La belleza es su propósito, su logro y su valor principal.* (Tatarkiewicz, 1997: p. 56).

Pero la belleza se puede observar como una noción ambigua y especialmente subjetiva. En su sentido más amplio, la palabra puede significar cualquier cosa que agrade, no es tanto un concepto sino un cierto tipo de exclamación.

Basados en esa concepción de la belleza entonces es interesante preguntarse: “¿Y por qué el fútbol no puede ser arte?”. ¿Acaso no tiene belleza que es un rasgo distintivo del arte? La belleza es un fenómeno humano, algo palpable, una experiencia cultural que puede ser constatada y vivida, algo inconfundible.

Entonces es pertinente otra interrogante: “¿y dónde está la belleza del fútbol?” Se puede responder que la belleza del fútbol llega por intermedio del placer que genera, y que a su vez produce delirio y exclamación en el espectador. Solo bastará con ir a las tribunas del estadio para ver como los fanáticos celebran no solamente el gol. También celebran la belleza con la que se van hilvanando las jugadas para llegar a la meta que es el gol, objetivo único y máximo del juego.

Pero análogamente la belleza del terreno se traslada a las tribunas en donde está presente el colorido, los cánticos y la euforia. Todo el estadio es una gran obra de arte en la que se genera toda una retroalimentación de sentimientos y estímulos.

Pero no se puede obviar la belleza de los movimientos y de las formas que dibuja el futbolista, en lo abstracto, de manera individual, en cada lance, con su habilidad y destreza, pero además en las jugadas colectivas en las que se pone a prueba la capacidad del equipo para las combinaciones de la pelota de manera sincrónica y precisa.

Advierte Johan Huizinga (1972) en *Homo Ludens*, que ya en las formas más primitivas del juego se engarzan, desde un principio, la alegría y la gracia y que la belleza del cuerpo humano en movimiento encuentra su expresión más bella en el juego. Agrega Huizinga que en sus formas más desarrolladas éste se halla impregnado de ritmo y armonía, que, según él, son los dones más nobles de la facultad de percepción estética con la que el hombre está agraciado. Culmina diciendo que múltiples y estrechos vínculos enlazan el juego a la belleza.

Por supuesto que todo lo que explica Huizinga no está relacionado directamente con el fútbol, pero es importante explicar que por sus características propias de movimiento del cuerpo, y el ritmo y la sincronía que se requiere para producir las jugadas en el fútbol, es posiblemente que este deporte sea el que más se adapta a la descripción que realiza el filósofo holandés.

En este mismo contexto, Nuño (1989), señala que a través de los juegos viven los hombres una verdadera relación creativa, propiamente poética. Porque cada juego es una creación a partir de nada, un acto gratuito y libre, algo que no tenía por qué existir en el mundo, que la imaginación humana ha introducido en él cuerpo extraño, solo para poder, a través suyo, alejarse por un tiempo del contexto real.

Quienes tuvieron el placer de ver jugar a Garrincha quizás no duden jamás en reconocer la belleza que tiene incorporada el fútbol. No hubo artista del balón alguno, con la irreverencia y la imaginación desbordada que mostró este inmenso jugador brasileño. Para él lo importante no era marcar goles, ni ganar partidos, al parecer, él solo se preocupaba por divertirse y hacer feliz al público de las tribunas con sus malabarismos y regates. Garrincha practicaba un fútbol incontaminado, casi salvaje y lúdico que lo llevó a ser el jugador más popular y más querido de Brasil. Un fútbol vagabundo, de favelas. Se puede especular un poco diciendo que Garrincha hacia cine de comedia, era un actor en la cancha, no en vano Galeano (1995) lo bautizó como el Chaplin del fútbol.

“Nunca hubo un puntero derecho como él. En el Mundial del 58, fue el mejor en su puesto. En el Mundial del 62, el mejor jugador del campeonato. Pero a lo largo de sus años en la cancha, Garrincha fue más: él fue el hombre que dio más alegría en toda la historia del fútbol” (ob.cit.: p. 118).

Por supuesto que hay muchos grandes jugadores que aportaron creatividad para que se descubriera toda la belleza intrínseca que posee el balompié. Son muchos los futbolistas, entre ellos, por ejemplo: Pelé, Maradona, Di Stefano, Cruyff, Puskas, Ardiles, Zidane, Valderrama, Ronaldo, Romario, y ahora, Messi y Neymar, entre otros, quienes con su talento han hecho posible que el fútbol aún conserve lo sublime, a pesar del pragmatismo introducido en el juego por la vía del tecnicismo y los grandes intereses económicos.

El gusto, la imaginación, la sutileza, la libertad, el agrado, la emoción, son conceptos que han estado presentes tanto en las teorías objetivas como en las teorías subjetivistas de la belleza. Lo más importante es que esos conceptos que, según algunos historiadores, han sido siempre inherentes a la belleza, también forman parte del fútbol y reaparecen de vez en cuando en su mayor expresión.

El ansia de jugar bonito tiene su origen en un nivel trascendental, es un ansia que nace de una sublimación estética: sobre los criterios utilitarios que buscan la eficiencia de cara a la victoria, se imponen criterios estéticos que se caracterizan por el derroche y un mayor riesgo en aras de una concepción del juego bello.

Quien pudiera dudar del buen gusto que mostró Brasil en México 70 con el tratamiento limpio y exquisito de la pelota. A caso no fue producto de la imaginación aquel famoso pase de Pelé a Carlos Alberto para el tercer gol frente a Italia. ¿Había o no, sutileza en los regates de Gerson con la pelota pegada al pie? Sin la libertad suficiente para moverse por toda la cancha hubiera sido imposible que la canarinha deslumbrara a los presentes con aquel fútbol agradable que emocionó hasta las lágrimas a los amantes de este deporte.

Representación de la realidad

En un esfuerzo por demostrar que el fútbol debería ser considerado una manifestación artística como la pintura, la música el teatro o el ballet iniciaremos esta parte de la investigación, por descubrir en el fútbol el rasgo distintivo, según el cual el arte representa o reproduce la realidad.

Según Tatarkiewicz (1997), en el pasado Sócrates se preguntaba, por ejemplo: *“¿No es el arte la producción de las cosas visibles? Mientras Leonardo, dos mil años más tarde, decía que: La pintura más digna de alabanza es aquella que está lo más posible de acuerdo con lo que representa”* (p. 115).

Para el filósofo venezolano Juan Nuño (1990), los juegos requieren satisfacer la condición de ser una “representación”, una “imitación de algo”. De allí que muchas veces el fútbol, e incluso, otras disciplinas deportivas, hayan sido consideradas como una prolongación de la guerra, esta vez por otros medios. No es de extrañar, por ejemplo, que en el fútbol se hable de retaguardia, defensa y ataque. Así como de “estrategia” y de reducto sagrado que no debe ser violado por el adversario.

En el fútbol existe un discurso, un lenguaje simbólico, que a su vez recrea otra realidad más concreta. Pero no solamente el fútbol remite a la guerra como metáfora, también es capaz, a través del recurso mimético, de reproducir los signos de la naturaleza humana y social. En un campo de juego están presentes aspectos interesantes como la solidaridad, el valor, la ética, la disciplina y el trabajo, así como el engaño, la picardía, el egoísmo, el individualismo y la mentira.

“El fútbol es un buen escenario para conocer al hombre” Las reglas del tiempo son las mismas: ”En fútbol, el reloj marca los mismos segundos que en la calle: el juego, como las personas, nace, transcurre y muere tiranizado por el tiempo” (Martín, 1996, p. 55)

Para Platón, la esfera, al conocer toda otra forma, es la forma perfecta. Además como explica en el *Timeo*, el universo fue creado en guisa en un globo perfecto. Así mismo la cabeza humana es nuestra parte más divina por ser lo más cercano a esa forma. En el *Fedón*, Platón compara la tierra a una pelota multicolor de cuero. De haber visto el balón reglamentario con el que se juega ahora, confiesa que hubiera utilizado este en su antología. Su entusiasmo por el fútbol (en versión griega) es palpable en una de sus cartas a Dionisio, tirano de Siracusa, donde se despide indicando que desea que dé sus saludos al grupo con que Dionisio juega a la pelota. (Torres, Campos, 2006: p. 50).

Creación de formas

Otro rasgo distintivo del arte es la creación de formas. Se puede señalar que es la configuración o la construcción de cosas. Es decir, que el arte dota a la materia y al espíritu de forma. Pudiera entenderse que el concepto está restringido única y exclusivamente a las artes como la escultura o la pintura figurativa que reproducen las formas de la naturaleza.

Sin embargo, se podrá entender que esa mimesis incluye las formas abstractas y allí entraría fácilmente el fútbol por las figuras artísticas que crea a partir de los movimientos de los jugadores de manera individual y colectiva.

Eso es fácilmente percibido en las gambetas y en las filigranas que hace un jugador para engañar a otro, o por ejemplo, en el vuelo cuando el jugador mexicano Hugo Sánchez se levantaba la habilidad de una pantera contorsionada y le pegaba a la pelota con tanta precisión como para enviarla al fondo de la red.

La idea de la reproducción de formas se retrotrae a Aristóteles quien decía que *“nada debe exigirse a las obras de arte excepto que tengan forma”*. No obstante, hubo que esperar hasta el siglo XX para que esto se incorporara a la definición de arte. Su definición podrá aplicarse igualmente a las formas musicales, a las formas que exhiben los bailarines en sus poses y gestos. Todas son formas construidas conscientemente.

De todas las definiciones del arte conocida, esta es la más moderna. Es la que más atrae al hombre moderno, posiblemente según la concisa fórmula de August Zamoyski donde se afirma que *“El arte es todo aquello que ha surgido a partir de una necesidad de darle forma a algo”*.

La mayoría de los teóricos modernos utilizan el vocablo “forma” en un sentido bastante más amplio que comprende, además de las formas abstractas, también las realistas, y, además de las formas especialmente construidas, también las formas que se reproducen del mundo real.

El fútbol ha sido muchas veces comparado con el ballet y con el teatro precisamente por las formas que son creadas durante los movimientos y los gestos de los futbolistas. Eso se puede constatar incluso a través del lenguaje utilizado por los periodistas, narradores y comentaristas:

Air Pelé bautizaron esa fotografía que registra uno de los goles más bellos, de los 1. 250 que anotó como profesional, porque tiene el encanto de retener el vuelo de dos hombres de distinto color, buscando con la frente una esférica invisible, a una altura imprevista, donde las piernas levantadas exceden el marco del piso de la cancha, y no puede saberse a qué nivel se quedan congeladas en la mitad del salto. Se elevan para peinar una pelota que parecía “bañarlos”, pero que descendió en el mismo momento en que pelé alcanzaba su pirueta más alta. (Camacho, 2004, p.21).

La expresión

El rasgo distintivo del arte es la expresión. Esta definición distrae nuestra atención de la actividad del agente, y se concentra en la intención del artista. Los protagonistas principales de esta definición fueron Benedetto Croce y sus seguidores, algunos filósofos partidarios de la psicología del arte, y también un número de artistas en activo como Kandisky.

El rasgo distintivo del arte es que éste produce la experiencia estética. Esta expresión a su vez se concentra en el efecto que una obra de arte produce en el receptor. Según ésta, el arte es capaz, en efecto, de producir la experiencia de la belleza. Pero se sigue dando las mismas dificultades que antes. El término "experiencia estética" no es más claro ni menos ambiguo que el de la belleza.

Este es posiblemente el rasgo característico del arte que está más presente en el fútbol. Sólo que en el caso específico de esta disciplina la mayoría de los artistas, que son cada uno de los futbolistas, juegan muchas veces sin percatarse de los efectos que su arte produce en los espectadores. Decimos que la gran mayoría, porque existen algunos que deliberadamente dentro del terreno de juego intentan estimular la máxima emoción y la exaltación en los espectadores. Son los que juegan para la tribuna, los actores que se salen del libreto y montan un espectáculo aparte, como acertadamente lo explica Carmelo Martín (1996):

En su evolución, el fútbol fue desarrollando las formas colectivas de juego- pases, paredes, triangulaciones – y penalizando las individualidades. Los grandes regateadores que narcotizan al público con su habilidad desesperan a los entrenadores por su indisciplina táctica. Son solitarios y algo exhibicionistas, por eso prefieren la banda: para alejarse del equipo y acercarse al público. Como el buen hablador le gusta escucharse, al habilidoso le gusta regatear, demorarse, enrollarse con el balón, son enemigos de la línea recta. Si en

Latinoamérica se cultiva el dribbling es porque es tierra que exalta al individualismo, porque el balón proporciona tal placer personal que los jugadores se olvidan del equipo. Aman el balón y si a veces se pasan es porque, como escribió Chamfort, todas las pasiones son exageradas, y son pasiones solo porque exageran (p. 76).

Las expresiones que genera el fútbol difícilmente las produzcan otros juegos. El furor, el placer y la excitación desenfrenada que provoca un gol, es diferente a cualquier otra, es quizá única, original. No en vano la emoción que estimula un gol ha sido comparada muchas veces con la emoción de un orgasmo. Pero esto no sucede solamente con el gol, sino también con las jugadas bien hilvanadas y de alta estética. No es casual que en muchos estadios del mundo se premie el buen juego con el grito de ¡ole! ¡ole! Como en los toros. La gente no solamente expresa el placer que le produce el hecho de que su equipo marque los tantos, sino que además el equipo gane jugando bien al fútbol.

Lo más interesante es que en el fútbol se vive una experiencia estética en los fanáticos que aprecian el "*jogo bonito*" de su equipo. Solo que, quizás, a diferencia de otras actividades como la pintura o la poesía, el artista, es decir el futbolista, también vive simultáneamente esa misma experiencia estética de forma sublime y original, cuando goza su agonística y lúdica actuación individual. Ese goce y esa excitación la experimentan a través de una fuerte empatía con el público de las tribunas.

Choque en el espectador

Otra característica que ha preponderado en las definiciones modernas de "arte" es que éste para ser considerado como tal debe producir un choque en el espectador, o el receptor, para plantearlo en términos del proceso de comunicación.

Este es un efecto que debe impresionar a quien contempla la obra. El mismo es un rasgo reciente del arte contemporáneo.

Señala Tatarkiewicz (1997), que muchos pintores modernos, escritores y músicos creen que su tarea es producir un tipo de experiencias que más que estéticas son abrumadoras, desconcertantes o plenamente escandalosas. Se considera que una obra de arte tiene éxito siempre que haya producido ese efecto (p. 59).

Dicho de otro modo, la función del arte no es expresar algo, sino impresionar en un sentido bastante literal.

Según el efecto que causa en el receptor, algunas obras de arte hacen surgir experiencias estéticas, como sentimientos de deleite, o éxtasis, otras actúan de forma diferente, pueden emocionar, sorprender o producir un choque, esto es, producen efectos que difieren mucho del deleite o del éxtasis (ob.cit., p. 66).

El del choque es un rasgo interesante del arte que indudablemente está presente en el fútbol, solo que con matices diferentes, relacionados directamente con la posición en la que se encuentre el espectador al momento de la jugada que produce tal efecto. Es decir, si es fanático del equipo que se beneficia con la jugada, o por el contrario del equipo a quien le afecta la misma.

Por ejemplo, una jugada tan extraordinaria como la que realizó Diego Armando Maradona en México 86, cuando burló a más de siete defensores para anotar el segundo gol contra Inglaterra, no cabe duda que generó un gran placer y una gran felicidad a los hinchas de la selección Argentina, pero, por otro lado, produjo un "choque" a los fanáticos ingleses que observaban el encuentro directamente en el estadio o por televisión.

En este caso, la extraordinaria obra de arte que produjo los pies del Pibe seguramente generó en los ingleses un efecto abrumador, angustiante y escandaloso, según lo planteado anteriormente por Tatarkiewicz (ob.cit.).

Con la mágica jugada, Maradona simbólicamente le devolvió la frustración de la derrota que habían sufrido los argentinos durante la guerra de Las Malvinas que fue ganada por los ingleses en 1982.

CAPÍTULO VI

LA FILOSOFÍA DEL FÚTBOL

Desde el fútbol uno puede filosofar, pero desde la filosofía es imposible hacer fútbol.
Jorge Valdano

Es fácil comprobar que la parte lúdica de la experiencia humana nos ha sido ocultada por los historiadores, los sociólogos, los antropólogos, o que, al menos, ha pasado inadvertida para ellos. Ni siquiera la propia filosofía le da importancia.
Jean Duvignaud

Las prosaicas nimiedades del día a día no suelen ser objeto de reflexión por parte de los llamados “intelectuales serios” que han defendido con notable tenacidad sus razones para trazar una línea divisoria imaginaria entre la vida académica y la vida cotidiana.
Peter Pericle Trifonas

Experimentar una lectura filosófica del fútbol no sería otra cosa que detenerse a pensarlo de manera diferente a como comúnmente se hace. No se trata aquí de imbuirse en el frío territorio de las estadísticas, las técnicas de juego, los sistemas tácticos, los tipos de estrategias, o la memorización de récord, fechas y nombres de jugadores.

El propósito es más bien, indagar, escudriñar y reflexionar el fenómeno fútbol desde una perspectiva filosófica, por supuesto, bien distante del pensamiento lógico

instrumental, dominado por la inmediatez de los medios de comunicación, el embobamiento que genera el espectáculo, y la racionalidad cosificada que domina la conducta de los constructores de la opinión pública deportiva.

Eso sí, tampoco se trata de un análisis dirigido a quienes exhiben un lenguaje y un conocimiento especializado, fundado en las más importantes tradiciones filosóficas. Todo lo contrario, este es un acercamiento que intenta penetrar con destreza y habilidad goleadora en las cotidianidades del fútbol. Siempre estimulados por la capacidad de asombro, y dispuesto a profundizar en las perplejidades del fútbol y en las cosas supuestamente aparentes que requieren ser comprendidas e interpretadas tomando en consideración la definición etimológica de “filosofía”, que no es otra que la que señala, según los pensadores griegos, que la filosofía es el “amor por la sabiduría”.

Alertamos que si bien es cierto el análisis no está elaborado para eruditos, no quiere decir que no se haga un esfuerzo sistemático y organizado para sondear con algún rigor todas las aristas inherentes al balompié. Sobre todo, y es quizá lo más importante, para abordar en forma sistemática aspectos del fútbol que pocas veces, han sido observado por intermedio del cristal de la filosofía.

Es evidente que en el desarrollo de casi todos los capítulos de este trabajo se ha intentado, de una u otra manera, quizás no tan directamente como aquí en este punto, reflexionar de manera filosófica en torno al deporte, y específicamente en torno al fútbol. Sin embargo, el propósito de incluir este capítulo titulado Fútbol y filosofía es hacer nuevos aportes, esta vez desde las consideraciones como la semiológica, éticas y fenomenológicas.

Esta es la parte si se quiere más compleja de esta tesis de grado, por cuanto son pocas las fuentes bibliográficas, y de otros tipos de información, existentes que estén directamente relacionadas con el tema. De manera que de lo que se trata es de

construir una aproximación al tema utilizando como herramienta fundamental, la experiencia, el conocimiento del fútbol, y una serie de lecturas previas que pueden ayudar a desarrollar muchas de las abstracciones intrínsecas al balompié, o al *soccer*, como le llaman en los Estados Unidos.

Este es un ejercicio del conocimiento en la línea que plantea Fernando Savater (1999), quien advierte que la filosofía suele preguntarse principalmente sobre cuestiones que los científicos (y por supuesto el común de la gente) dan por "supuesto o evidentes".

Se trata de hacer un aporte, en cuanto a pensar el fútbol como fenómeno "filosofable" ya que lamentablemente este, y por supuesto la gran mayoría de los deportes, no se han hecho merecedores de que la academia los aborde como "objeto de estudio" y menos desde la filosofía, que es un espacio del conocimiento desde donde quizá se observa el balompié con desdén y prejuicio, posiblemente porque lo eruditos no han querido aceptar que se trata de una actividad humana que sorprende por el gran interés que genera en las masas y por la cantidad de fenómenos que se generan a su alrededor, lo que obligaría, además, por supuesto, a un estudio desde muchos enfoques, y, sobre todo desde una posición transdisciplinaria.

El fútbol es un fenómeno social y cultural que ha sido legitimado por su propia tradición y por su propia historia. El ha venido evolucionando a través de cientos de años hasta convertirse hoy en día en el deporte más popular y universal de todos. Es un texto amplio desde donde brotan un sinnúmero de significados que posibilitan una inmensa riqueza y variedad semántica.

Además se destaca por ser diferente en muchos aspectos, pero principalmente por uno muy específico y es que a diferencia de otras disciplinas como el baloncesto, el beisbol, el tenis o el boxeo, que se juegan con la mano, este se juega con los pies. Lo que le permite una valoración cultural especial y única, que al mismo tiempo introduce una importante contradicción:

La mano es la parte del cuerpo más relacionada con la habilidad. Es el instrumento de la civilización ella hace posible la música, la arquitectura, la pintura, el cine y la literatura. No obstante en lo que concierne a los deportes, el fútbol en este caso, el pie es superior, más versátil y hábil. Curiosamente el pie es directamente erótico por estar localizado en la mitad inferior del cuerpo humano. La mano es racional pero el pie es intuitivo.

Este deporte tiene cualidades únicas. No se parece a ningún otro juego que practicamos. Dicha actividad se lleva a cabo en un espacio especial, tiene un patrón de juego propio y requiere la implementación de habilidades específicas. El fútbol tiene sus propios olores, sonidos, ritmos y dramas. Está claro que hay algo en el fútbol, aparte de la posibilidad de ganar o perder, que atrae poderosamente a millones de aficionados y jugadores alrededor del mundo. (Torres, Campos, 2006)

Una experiencia lúdica

El futbol sigue siendo un juego y también una experiencia lúdica, a pesar de todos los cambios que ha experimentado en el transcurso del tiempo hasta convertirse en un negocio sumamente lucrativo. Los futbolistas, sobre todo los profesionales que participan en las principales ligas de Europa, como la española, la inglesa o la italiana reciben grandes cantidades de dinero, lo que pudiera suponer que ellos juegan solo por enriquecerse.

Esto pudiera ser verdad, solo que si se profundiza en el análisis se puede llegar a la conclusión de que esa mercantilización pasa a ser un problema extrínseco del fútbol, algo exógeno que lo afecta en tanto y cuanto le es inherente a su propia organización y funcionamiento institucional, pero que no le atañe en lo esencial, en su identidad y en su pureza lúdica. Lo que se quiere explicar es que el fútbol como

deporte no puede cargar, por ejemplo, con la mácula de que los jugadores no respeten las reglas, de que los árbitros no la apliquen correctamente, o de que los fanáticos enciendan la violencia en las tribunas.

Aquí el mejor auxilio es nuevamente el del escritor uruguayo Eduardo Galeano que con su prosa poética en pleno creación, destaca que el fútbol profesional hace todo lo posible por castrar esa energía de felicidad, pero ella sobrevive a pesar de todo los pesares. Y agrega, que quizás por eso ocurre que el fútbol no puede dejar de ser asombroso. Como dice un amigo, Ángel Ruocco, eso es lo mejor que tiene su porfiada capacidad de sorpresa. Y sigue Galeano, por más que los tecnócratas lo programen hasta en el mínimo detalle, por mucho que los poderosos lo manipulen, el fútbol continua queriendo ser el arte de lo imprevisto. Donde menos se espera salta lo imposible, el enano propina una lección al gigante y un negro esmirriado y chueco deja bobo al atleta esculpido en Grecia (Galeano, 1995, p. 243).

Al fin y al cabo el fútbol sigue siendo el mismo en sus connotaciones intrínsecas y la experiencia lúdica sigue estando presente en el fútbol, a pesar de que algunos ya no se recreen en el juego seducido por el placer, la creación, la espontaneidad y la libertad que son condiciones propias de lo lúdico. Por suerte nunca faltará un grupo de niños que sigan fantaseando con una pelota bajo el sol, abstraídos, sublimados y lejos de una realidad que sigue su curso fuera de la cancha sin que ellos se percaten de la misma.

Podemos decir que el juego en su aspecto formal, es una acción libre ejecutada “como sí” y sentida como situada fuera de la vida corriente, pero que, a pesar de todo, puede absorber por completo al jugador, sin que haya en ella ningún interés mercantil ni se obtenga en ello provecho alguno, que se ejecuta dentro de un determinado tiempo y un determinado espacio, que se desarrolla en un orden

sometido a reglas y que da origen a asociaciones que propenden a rodearse del misterio o a disfrazarse para destacarse del mundo habitual.

Participar del fútbol solamente por un interés objetivo, por conseguir dinero siempre será menos elevado que participar del juego de forma placentera y gratificante. Expresa R. Scoot Kretzmar, en el libro *¿La pelota no dobla?* De Torres y Campos (2006), que tomar parte de un juego en forma prudente, regulada y planeada para obtener algún tipo de beneficio palidece la cara de los juegos que se conducen en un espíritu de creatividad, espontaneidad y con buena disposición para recibir y disfrutar de lo sorprendente, lo inesperado (p. 61).

El fútbol quedaría muy mal parado si perdiera su condición lúdica. Expresa Aristóteles que las actividades que son un fin en sí mismas, son superiores a las actividades que son simplemente medios para llegar a un fin.

Otro que hace un aporte en esa línea es el filósofo y poeta inglés Frederick Von Schiller (1969), quien afirmó que el hombre solo alcanza su estado pleno cuando juega. "El hombre solamente es hombre completo cuando juega" (pp. 92-93).

Por su parte Platón, uno de los filósofos más importantes de la cultura Occidental, quien elogió la experiencia lúdica de los juegos se refirió al respecto en términos bastante elocuentes al señalar que:

el hombre (...) no es más que un juguete que ha salido de la mano de Dios y que ésta es, en efecto, la más excelente de sus cualidades; que es preciso, por consiguiente, que todos los hombres y mujeres, se conformen con este destino, y consagren su vida a los más preciosos juegos (p.33).

Ocurra lo que ocurra el fútbol jamás perderá su carácter lúdico, entre otras razones, por lo que se explicaba anteriormente, existen factores extrínsecos a este deporte que influyen en la calidad del espectáculo como los esquemas tácticos rígidos que le coartan la iniciativa y la espontaneidad al jugador. Sin embargo, siempre se impondrá la experiencia lúdica, y los rasgos intrínsecos y peculiares, incluso por encima de la condición agonística, que siempre está presente en toda actividad deportiva.

El fútbol así como otros juegos, explica Scoot, necesitan el espíritu lúdico para no transformarse en meras obligaciones adicionales, en un mundo plagado de presiones y rutinas insignificantes. Y aclara, que sin la experiencia lúdica, el fútbol perdería gran parte de su magia y de su encanto. Pero para los seres humanos, el jugar, la experiencia lúdica, también necesita de los juegos (Torres, Campos. 2006, p. 87).

Semiología del fútbol

No dejan de impresionarse quienes de repente se enteran que el escritor italiano Umberto Eco, el mismo que se hizo célebre gracias a la novela *El nombre de la Rosa*, ha escrito una serie de trabajos importantes sobre el fútbol. Lo interesante es que Eco no es un admirador de este deporte, por cierto muy popular en su país de origen, sino que por lo contrario, al igual que Jorge Luis Borges en su momento, es un detractor del fútbol como espectáculo masivo. Más que un detractor de lujo, para no ser tan punitivos, es un crítico punzante que intenta explicar el fenómeno desde su gran reducto intelectual que es la semiología.

Umberto Eco es un intelectual comprometido con la interpretación de las prácticas cotidianas. Al igual que su colega, Fernando Savater, le gusta indagar en las cosas comunes que muchos observan como obvias pero en las que se pueden

develar cosas trascendentes desde el punto de vista filosófico. El fútbol es una metáfora que sirve como medio para interpretar los detalles, los matices, y los excesos de la fascinación humana con ideales, a los que la cultura convierte en obsesiones por las celebridades del deporte.

Dice Peter Pericle Trifonas (2004), que para Eco el fútbol es más que un juego; es un sistema de signos que codifica las experiencias y le da significado a diversos niveles. Permite al espectador leer la vida con la ayuda de los recursos mediáticos que orientan y controlan nuestra visión de la experiencia.

No cabe duda que la vida en sociedad está llena de signos y de un universo simbólico en el que se confunde incluso la ficción con la realidad, por supuesto que el fútbol no escapa a esa situación. Es posible que no exista otro deporte que tenga la fuerza simbólica del fútbol. Ese lenguaje cruza de un lado a otro del mundo en tiempo "real" a través de su gran aliado que es el discurso mediático, y especialmente el de la televisión.

Ya Borges se adelantaba cuando en el relato, citado anteriormente, titulado "*Esse est percipi*", escrito a dos manos con su compañero Bioy Casares, hacía una crítica al fútbol como espectáculo virtual, cuando este deporte apenas comenzaba a mostrarse como un gran fenómeno de masas en Argentina, y el resto del mundo.

El futbol está sostenido sobre un discurso global construido de imágenes y palabras. Por su atractivo y elocuencia, pero además por su sencillez y universalidad el fútbol le ha venido como anillo al dedo a la industria cultural, un gancho, un medio perfecto, para a través de su creciente popularidad introducir en la sociedad contemporánea la ideología política del consumo de masas, y con ello la integración de las grandes mayorías en el consumo

No hay una actividad que encaje más perfectamente en el concepto de la "Aldea Global" puesta de moda por el teórico de la comunicación, Marshall McLuhan, que el fútbol. Según Ramonet (2001), la aldea global es un concepto, una noción que se ha vuelto cada día más importante y que borra completamente las diferencias culturales, sociales, económicas y políticas.

La caza a universalistas es lo que va a cimentar el mercado único, que es un ideal porque en la realidad es difícil de llevarlo a cabo. La casa de universalistas se construye sobre la capitalización de las referencias y símbolos culturales reconocidos universalmente. El fútbol es un referente destacado. La tesis es que existe en el mundo una convergencia cultural de los consumidores, y que esa convergencia cultural de los consumidores se hace hacia un estilo de vida global.

La masificación del fútbol ha avanzado a la misma velocidad que el desarrollo científico tecnológico al servicio de los grandes medios de comunicación. No hay un espectáculo más visto por televisión que los Mundiales de Fútbol, según algunas estadísticas, cada una de las últimas ediciones de este torneo han sido vistas por más de diez mil millones de televidentes y generado un aproximado de 100 millones de dólares diarios.

Los espacios de televisión dedicados exclusivamente al fútbol superan con creces a los dedicados a otros temas. Incluso existen canales especializados como Fox Sport que tiene espacios simultáneos para atender la voracidad del público en diferentes países del continente suramericano como Brasil, México y Argentina, por ejemplo, los jugadores por vía del culto a la personalidad, son elevados a la condición de ídolos, mitos, y héroes, cuyas camisetas se venden por millones en todos los estadios y en todos los grandes centros comerciales del mundo.

Una pasantía del Real Madrid o el Barcelona de España por China, significa grandes ganancias para esos clubes, sólo por la venta de millones de camisetas identificadas con los nombres y los números de Cristiano Ronaldo o de Lionel Messi, respectivamente.

El mismo Eco (2004) En el libro *Apocalípticos e integrados*, formula entre otras cosas, que los *mass media* tienden a imponer símbolos y mitos de fácil universalidad creando "tipos" reconocibles de inmediato, y con ello reducen al mínimo la individualidad y la concreción de nuestras experiencias y de nuestras imágenes, a través de las cuales deberíamos realizar experiencias (p. 66).

En la actualidad los grandes medios de comunicación de masas especialmente los audiovisuales, gracias a los avances tecnológicos han abierto el consumo de las imágenes deportivas a un mercado compuesto por cientos y, hasta en ocasiones, por millones de personas, lo que implica una sustancial diferencia por la dimensión de su impacto social.

Si las imágenes deportivas constituyen un magma de signos y significaciones perfectamente aprehensibles por millones de personas se debe, sin duda alguna, a que estas se encuentran perfectamente articuladas a partir de un código único para todos los deportistas del mundo.

El lenguaje deportivo ostenta estructuras metacomunicativas mediante las cuales un abigarrado universo de símbolos: banderas, emblemas, gestos, himnos, canticos o sonidos se muestran y expresan cuando las acciones deportivas funcionan como signos, es decir, acciones de juego cargadas de significación,

(...) así una falta, un gol, o una aceleración del atleta favorito son interpretados colectivamente de forma automática, pues se asocian y

remiten inmediatamente a sentimientos y emociones colectivamente compartidas ; alegría, entusiasmo, tristeza, frustración, miedo, éxtasis, complacencia, goce estético o rabia contenida.

Para desarrollar este apartado sobre semiótica del fútbol se utilizará básicamente como bitácora el libro Umberto Eco y el fútbol, escrito por Peter Pericle Trifonas (2004), pero, por supuesto, con apoyo en otros textos, otras fuentes y otras herramientas del conocimiento que permitan hacer aportes para el análisis y desarrollo del tema aquí planteado.

Riqueza simbólica

Umberto Eco a diferencia de muchos filósofos acartonados en la academia ha demostrado que le interesa observar el mundo desde la plaza pública y el mercado. Para él, el mundo de la cotidianidad, ofrece un espacio riqueza cultural y simbólica, donde se puede pensar la vida en muchos ángulos y perspectivas, observando los fenómenos guiados por una concepción fenomenológica y hermenéutica que permita interpretar y comprender, en este caso, el fenómeno fútbol en la más amplia, completa, y profunda expresión como fenómeno de la cultura. Son muchos los temas desde el cine hasta la gastronomía por los cuales se ha interesado el pensador italiano para abordarlos semióticamente, el fútbol es uno más de esos fenómenos en lo que se permite esclarecer, transparentar matices y excesos de la condición humana.

Se podría decir, que para Eco el mundo es un texto en el que todos los signos se hallan en juego perpetuamente. Los signos pueden proliferar tanto por medio de las asociaciones como en el modo en que se apartan de sus fuentes. Eso los convierte en iguales en su capacidad de significar y para mentir y desviarse de la verdad.

En tal sentido Eco dice que:

“La semiótica se ocupa de todo lo que puede percibirse como signo. Un signo es todo aquello que puede percibirse como sustituto significante de otra cosa. Esa "otra cosa" no necesariamente tiene que existir o estar presente en el momento en que un signo lo reemplaza. Así, pues, La semiótica es en principio la disciplina que estudia todo aquello que puede ser utilizado para mentir. Si algo no puede ser utilizado para mentir, tampoco puede ser utilizado para decir la verdad. De hecho, no podrá utilizarse para "decir" nada en absoluto. Creo que habría que considerar la definición de una "teoría de la mentira" como un programa bastante exhaustivo de una semiótica general". (Trifonas, 2004, p. 23)

El fútbol es una mentira que muchos, pero muchos, se toman en serio. Pero si este deporte escandaloso, masivo y popular es una mentira. Sería interesante tratar de comprender y explicar por qué tantas personas en el mundo viven y mueren por él. ¿Será a caso que tiene un poder de persuasión tan grande que los espectadores no pueden evitar su fiebre y su furor?

El fútbol es una especie de psicopatía del deseo reprimido. Una neurosis de la cultura que no tiene cura. Eco quizá no entiende como todos los domingos los estadios se abarrotan de apasionados que se emocionan hasta las lágrimas por el color de una camiseta o simplemente al escuchar el canto de guerra (o de amor) de su equipo favorito:

(...) los espectadores – es decir, la mayoría que se comportan exactamente como cuadrillas de maníacos sexuales que fueran, no una vez en la vida, sino todos los domingos a Ámsterdam para ver como una pareja hace, o finge hacer el amor (o como aquéllos niños paupérrimos de mi infancia a quienes se prometía llevarlos a ver como los ricos comen helados. (Trifonas, 2004, p. 26)

Peter Pericle Trifonas manifiesta que Eco toma las teorías freudianas del voyeurismo y la conducta obsesiva para explicar la condición psicológica de los fanáticos:

El aficionado al fútbol necesita y anhela el fútbol por encima de todo lo demás. No existe sustituto posible, a al menos evidente. Esta teoría freudiana vendría a abonar las conclusiones de Eco sobre la motivación de los aficionados al fútbol. (...) En cuanto espectador y no participante en el juego en si, además de ser un obsesivo compulsivo, el aficionado al fútbol es incluso peor que el pobre niño sin madre freudiano, porque su relación con el fútbol es indirecta, y por tanto voyerística. La incapacidad para realizar el acto (la connotación sexual es intencionada) genera la necesidad de la emoción subsidiaria de observar con el fin de intentar estimular – subliminal y físicamente – la liberación de la ansiedad (sexual) mediante una forma de placer visual que afecta al cuerpo” (ob.cit. p.28)

Son muchos los aspectos que aborda Eco, apoyándose básicamente en la semiología. Así como observa patologías psicológicas en los fanáticos del fútbol, también intenta descubrir rasgos peculiares en la conducta del publico que tienen que ver con manifestaciones en que la ética y la moral, son dejadas a un lado por la pasión y el amor a los colores del club que se defiende a ultranza, el término "ultranza" encaja perfecto, no en vano algunas barras italianas son conocidas como los "ultras".

Las agresiones, los desafíos, el enfrentamiento físico y otros gestos están acompañados de una semántica y una retórica en la que sobresalen los signos de la violencia juvenil y callejera. Canciones, ademanes, parafernalia, son herramientas de persuasión que son utilizadas en defensa de la identidad y el orgullo de pertenencia a los equipos por más pequeños o grandes que sean. Hay incluso un ejercicio ritual que busca orientar las emociones de los espectadores, algo que siempre estará presente en el fútbol por la tensión, la angustia y el drama que estimula el impulso agonístico de este deporte, es decir, la idea de competencia.

Se pregunta Trifones (2004), por ejemplo, “como se explica que los adversarios del Aberdeen provoquen a los aficionados de ese club coreando como locos ¡una panda de folladores de oveja eso es lo que sois!”.

Más inquietante aún, desde el punto de vista psicoanalítico, es el hecho de que los propios seguidores del Aberdeen hayan adoptado esa burda caricatura de sí mismos y sus supuestas tendencias sexuales, y la hayan convertido en su grito de guerra para dar la vuelta a la tortilla y replicar a los seguidores del equipo contrario: “*¡una panda de folladores de oveja, eso es lo que somos!*” (ob.cit., p. 29)

En la adopción de este extraño epíteto por parte de los seguidores del Aberdeen: “¡una panda de folladores de oveja, eso es lo que somos!” está presente la noción semiótica de Eco de la manipulación de los códigos, y la conversión activa de un código ideológico. Lo que más o menos, plantea esto, es que se intenta revertir el impacto de una connotación negativa, asumiéndola y transformándola en una connotación positiva. Lo que hicieron los seguidores del Aberdeen fue asumir el epíteto sin rubor moral para revertirle el efecto y anularlo. .

Nada más que un juego

También el novelista y semiólogo italiano intenta mostrar que el fútbol es un importante hecho que ha estado presente siempre en la historia de la sociedad, como se puede comprobar en el desarrollo de la cultura occidental, pero lo más importante es que trata de revelarlo como un juego y nada más que juego. Que no es una forma de vida y que puesto que no es así la sociedad no tiene porqué dejarse convencer por quienes manipulan el fútbol ideológicamente o como forma de control social.

A pesar de haberse desarrollado en un contexto donde el fútbol es tan habitual para los niños y para los viejos como los helados o los espaguetis, Umberto Eco lo deja fuera del ámbito de sus pasiones y más bien cada vez que puede lo demoniza un poco. Sin embargo lo interesante es que como intelectual compenetrado con ese amplio y complejo texto que es la sociedad de fútbol, trata de desnudarlo desde sus significaciones y sus metáforas de representación simbólica. O sea, que Eco no esconde su problema personal con el fútbol, algo que, por la importancia de este intelectual, en vez de minimizar al deporte de las patadas, lo reivindica cultural y filosóficamente:

Muchos lectores recelosos y malignos, al ver el distanciamiento, fastidio y, digámoslo, mala intención con que trato aquí el noble juego del fútbol, albergarán la vulgar sospecha de que yo no quiero al fútbol porque el fútbol jamás me ha querido a mí. Es decir, creerán que he pertenecido a esa categoría de niños o adolescentes que, apenas tocan el balón, - admitiendo que lleguen a ellos, lo lanzan dentro de su propia portería o, en el mejor de los casos, la pasan al adversario, cuando no lo mandan, con tenaz obstinación, fuera del campo, más allá de setos y vallas, perdidos en cuevas y arroyos, o ahogados entre varias fragancias en el carrito de los helados, de modo que sus compañeros no lo quieren consigo y lo excluyen de las ocasiones agonísticas más alegres. Nunca sospecha habrá sido nunca más lúcidamente cierta (ob.cit., p. 35)

De ese esquivo, esa filigrana que hace Eco para evadir al fútbol, como cualquier hábil delantero deja regado a un defensa contrario, nace la imperiosa necesidad de desmitificar al balompié. Producto de haber asistido a la cancha, guiado por su padre que era *tifoso* moderado, le brota la idea de que el fútbol es “una representación cósmica sin sentido”, lo que además le provoca una crisis de Fe, al concebir este deporte como un sustituto de la fe, incluso de la fe en Dios.

(...) Digo todo esto para explicar que desde siempre el fútbol ha estado para mí asociado con a la ausencia de fines y a la vanidad del todo, al hecho de que el Ser no puede ser (o no ser) más que un agujero.

Quizás por esto (creo que único entre los vivientes) he asociado siempre el juego de fútbol con las filosofías negativas (ob.cit., pp. 36 - 37).

A Eco le preocupa, entre otras cosas, la manera casi religiosa como los hinchas asumen su desvelo por el fútbol. Para hacer la crítica recurre al humor negro, la parodia y la exageración lo que le permite ir directo contra la cultura heredada del mito del “*homo sportivus*” que no es otra que la unidad histórica que señala que el deporte está intrínsecamente ligado a la humanidad y a la sociedad.

Ataca la actitud y la concepción dogmática con la que asumen los fanáticos de todas las aristas de la tierra su pasión por el fútbol, algo que se sitúa prácticamente en el plano mítico, religioso. Pero, entre otras cosas el escritor italiano se lanza con fuerza contra la lógica de esa asociación de unidad cultural, y la subvierte a través del análisis semiológico.

Indica Trifonas (2004), que Eco “*rompe la lógica de la cadena sintagmática, esas relaciones e interacciones semánticas que unen conceptualmente deporte, humanidad y sociedad, ya que dicha lógica es articulada mediante el fanatismo que rodea al fútbol*” (p. 34).

Tomando al fútbol como un símbolo el autor de El nombre de la rosa, realiza una crítica incisiva y despiadada contra la civilización occidental y el humanismo clásico, que, según él, ha manipulado al deporte y lógicamente a los deportistas por intermedio de los espectáculos circenses.

Fundada a su vez en la contemplación, en la noción de ciudad o en la primacía del hacer, sino en el deporte, como derroche calculado, cobertura del problema, “cháchara” elevada al rango de tumor (...) el deporte es la aberración máxima del discurso “fáctico” y por tanto – al límite- es la negación de todo discurso, y por consiguiente es el

principio de la deshumanización del hombre, o la invención “humanística” de una idea del hombre falseadora desde el principio (ob.cit., p. 42 -43).

La crítica es dura, implacable y urticante sobre todo porque plantea que el deporte es una “influencia corrupta en la autenticidad del ser”, no obstante deja margen para la discusión y para comenzar a problematizar al deporte, y específicamente al balompié, desde posiciones mucho más complejas, en términos morineanos.

Para Eco el fútbol no es un simple deporte sino que él lo identifica como una “*guerra de guerrilla semiótica*” en la que el sistema de significado que rodean el juego construyen el campo simbólico de la afición mediante la transmisión de una economía de valores a los participantes y espectadores a través de la representación mediática (ob.cit., p. 45)

Lo que plantea esa afirmación es que todas las imágenes que llegan directa o indirectamente al público están mediadas por el poder de persuasión de los medios de comunicación. Que esa abundancia de significados son ordenadas de tal manera que producen reacciones emotivas inmediatas en el público; reacciones que pasan por suspenso, drama y alegría, entre otras. Además el poder de impacto y magnificación que produce la televisión predispone a los espectadores a una contaminación ideológica.

El poderoso entramado de los medios de comunicación y la publicidad se encargan de crear ídolos y celebridades. Construyen mitos a imagen y semejanza del prototipo universal, heredado de la concepción griega de belleza, que tanto disfruta no sólo el aficionado tradicional, sino el consumidor de fetiche y otras mercancías humanas.

De allí que las contrataciones de los grandes equipos ya no tienen que ver tanto con la calidad de los futbolistas en cuestión, quizás el caso del inglés Gareth Bale fichado por el Real Madrid por casi cien millones de euros pudiera ser un buen ejemplo, sino que más bien esas contrataciones tiene que ver con las cualidades de los futbolistas para potenciar el marketing. Además de jugar bien y conseguir los resultados para el equipo, las estrellas deben ser tan hábiles y creativas en el terreno de juego, como en el firmamento de las vanidades cotidianas.

El fútbol, como todos los deportes, produce sus propias formas de comunicación, que movilizan signos y sistemas de signos para construir códigos y estructuras códicas en el seno de las cuales se crea e interpreta el significado. Las reglas de adhesión son un ritual de iniciación al código exegético del juego. Al margen de la ideología, hay que conocerlas para comprender y explicar que ocurre en el campo de juego entre los jugadores. El fútbol produce así su propio “lector modelo”, o mejor dicho, su “aficionado modelo”, es decir, aquel que percibe, aplica y reproduce las estructuras cognitivas y estéticas que entran en juego en los niveles interpretativos y representativos del juego en sí, incluyendo el texto de su discurso. El problema para Eco no es el fútbol en cuanto deporte, sino la forma de relacionarse con el mundo- y, más importante todavía, con los demás – que el fútbol y su maquinaria significante enseña al aficionado. La triste realidad es que los atletas rivalizan por juego, pero los voyeurs lo hacen en serio tan cierto es como que luego se pegan o mueren de infarto en las gradas (ob.cit., pp. 54-55)

El tiempo y la angustia

El tiempo ha sido uno de los mitos más importantes de la cultura occidental. Los escritores, por ejemplo, han estado por muchísimos años obsesionados y al borde de la locura por el tiempo, ese problema filosófico irresoluto que resulta un enigma, y, porque no decirlo, un sufrimiento para muchos seres humanos.

James Joyce, en *Ulises* (1922), describe los acontecimientos acaecidos durante un único día, el 16 de junio de 1904, en la capital irlandesa de Dublín. No es fácil lo que intentó, es más o menos como tratar de reducir toda la historia del universo a solo 24 horas, y en unas cuantas páginas.

La extraordinaria novela de Marcel Proust, *En búsqueda del tiempo perdido*, es una obra sobre el tiempo, sobre el olvido y el recuerdo, y sobre la cuestión de cómo evadirse del implacable desvanecimiento del tiempo y, con ello, de la transitoriedad y de la costumbre, a través de la memoria. Mientras que Franz Kafka en *El Proceso* (1925), además de hacer una crítica despiadada a la ley como una horrible pesadilla, también muestra sus devaneos psicológicos con el tiempo.

Y qué decir de Samuel Beckett en *Esperando a Godot* (1952), puro teatro del absurdo en el que Vladimir y Estragón esperar incansablemente a ese alguien llamado Godot, que no conocen ni se imaginan, ni jamás han visto ¿a caso Godot será una metáfora del tiempo?. El gran mito de *La Odisea* es el viaje y el regreso de Ulises, pero ¿no tiene que ver el viaje con la circularidad del tiempo? Y sin ir muy lejos, H. G Wells, en *La máquina del tiempo* (1895) describe a un grupo de hombres acaudalados, cómodamente sentados después de una cena opulenta, que empiezan a discutir una cuestión complicada: ¿Es posible moverse en el tiempo del mismo modo que en el espacio? Entonces uno de los huéspedes afirma que eso es posible, al menos con el pensamiento, porque según él, los hombres puede recordar, olvidarse del presente y también imaginar el futuro. Mientras que el anfitrión, el “viajero sin nombre a través del tiempo” afirma haber construido una máquina en la que cualquiera puede moverse en el tiempo. Incluso, hablar con los de la antigüedad y echarle una ojeada al futuro.

Uno de las reflexiones filosóficas más importantes sobre el tiempo, pero esta vez referido al fenómeno fútbol, la hizo el pensador venezolano Juan Nuño (1989)

en el ensayo Teoría de los juegos, publicado en el libro La Veneración de las astucias. Allí plantea Nuño como el tiempo en el fútbol, a diferencia del resto de los deportes, corre paralelo al tiempo de la existencia, y que quizás por eso es que este deporte, tan dramático y emocionante, tiene millones y millones de seguidores en todo el mundo.

Lo de Nuño no deja de ser novedoso y sorprendente porque pocos autores, y menos aún filósofos, han intentado tratar el problema del tiempo en los deportes, y específicamente en el balompié. Incluso, es tan así, que ni siquiera Galeano que escribió El fútbol a sol y sombra, el texto quizás más importante que se haya publicado sobre fútbol en mucho tiempo, no dedica ningún capítulo al tiempo.

Escribe Nuño (ob. Cit.) que en el fútbol el factor tiempo, además de tomarse en cuenta, existir para el juego, se toma en cuenta de la misma forma como se hace en la realidad cotidiana: el tiempo transcurre para el balompié de la misma manera como transcurre en y para la vida de los espectadores. Y agrega el filósofo que el tiempo interno del juego de fútbol, coincide con el externo, es decir, el tiempo real (p. 110).

El autor compara el tiempo del fútbol con el tiempo en el béisbol, éste último, según algunos cronistas deportivos, el deporte más popular en Venezuela, afirmación, por cierto, fácilmente rebatible por el auge que ha alcanzado el balompié durante los últimos años en ese país.

Dice Nuño (ob.cit.), al respecto de la comparación que en el béisbol ni siquiera existe el tiempo pues es un juego atemporal para el cual el tiempo no transcurre. Según Nuño: *”es algo que queda del otro lado del estadio, creándose entonces una especie de espacio mágico en el que tan sólo existe juego puro, situado fuera del tiempo”*. (p. 110).

Explica que aunque en el baloncesto también existe el tiempo, éste avanza diferente a como transcurre en el fútbol. No obstante, indica que aunque el baloncesto no es un deporte atemporal como el beisbol, el tiempo se para a cada instante y es controlado por una mesa arbitral que administra los segundos y minutos a su antojo.

Se entiende que para Nuño el tiempo es el que determina las diferencias fundamentales entre los distintos juegos, porque el mismo es un aspecto que incide con mucho peso en la dinámica, desarrollo y experiencia de cada uno de éstos. Incluso de la concepción del tiempo se deriva la diferencia fundamental entre las disciplinas. El fútbol es probablemente el deporte que más apasiona en tanto espectáculo y que arrastra más multitudes en todo el mundo. Porque al ser real el tiempo que se juega, se engendra una doble tensión: la del juego en sí y sus incidencias y la de la lucha que se establece en contra del paso de tiempo; la segunda es la importante.

Todos los juegos generan tensión, todos son agónicos, en todos combaten dos rivales, pero si en unos hay más tensión que en otros, ello solo puede deberse a que existe una tensión agregada, la del tiempo, que es la que realmente afecta a jugadores y a espectadores (ob.cit., p.111).

La tensión que se siente en un estadio cuando un equipo necesita un gol asfixiado por la presión de los fanáticos y el avance indetenible del tiempo, sólo puede ser descrita por quienes hayan vivido la experiencia desde el propio campo de juego, o desde las tribunas de cualquier estadio. Incluso, en ocasiones esa experiencia estética, ese choque, es más intenso, desde la televisión o la radio, cuando va acompañada de la emoción adicional que es estimulada por la voz de los narradores.

Son muchos los ejemplos de victorias o derrotas sumamente dramáticas, una de las más famosa es el triunfo de Uruguay 1 por 2 sobre Brasil en la final de la Copa Mundial, efectuada el 16 de julio de 1950, en el estadio Maracanã de Río de Janeiro para conseguir su segundo título planetario. Aquel mítico acontecimiento fue bautizado por los medios de comunicación como el "Maracanazo".

Así describe el periodista Luis Prats (2010), el segundo tanto que le dio la histórica victoria a Uruguay:

Corrían 34 minutos cuando Ghiggia cometió falta sobre Bigode en la mitad de la cancha. Juvenal ejecuto, directo al área. Nadie alcanzó la pelota, que cruzó el área hasta que rechazó Gambetta. Bauer recuperó y pasó a Danilo, pero Julio Pérez, le quitó la pelota y entregó a Míguez. Este devolvió a Pérez, quien tocó en pared con Ghiggia y lanzó en profundidad al puntero. Ghiggia corrió por la punta, como en el gol de Schiaffino. Pero esta vez no tiró centro, sino que apuntó al espacio que había entre Barbosa y su palo izquierdo. Luego de dar dos pasos en el área, remató con el pie derecho, fuerte y bajo. La pelota entró por el hueco y recorrió toda la red por su parte interior. (Prats, 2011, p. 113).

Al culminar el partido todo Brasil era un mar de lágrimas. Las más de 250 mil personas que estaban en el estadio y sus alrededores, además de los 120 millones de habitantes, entraron en shock. Se dice que algunos murieron de infarto y otros intentaron suicidarse. Una pesadilla kafkiana que muchos han querido olvidar, como el protagonista de un cuento de ciencia ficción, que viajaba en el tiempo para tratar de evitar aquella derrota y para su espanto no hacía sino provocarla.

Así recuerda Pelé, siendo apenas un "menino", aquella tragedia del fútbol brasileiro:

(...) Un poco más tarde se vuelve a hacer un terrible silencio. . . un silencio en el que solo se oye al relator, diciendo con tono de pésame “Alcides Ghiggia”, gol de Uruguay. El desconcierto es total. Así como antes la alegría era algo nunca visto, ahora las lágrimas llenan el rostro de mi padre y de sus amigos. Veo a todos esos hombres grandes llorando y no entiendo nada...

¿Qué pasa, pa?

Perdimos, Dico – dice entre llantos, como avergonzado-, perdimos 2 a 1-

Es la primera vez que veo llorar a Dondinho. No sé por qué, tal vez sea una de esas cosas de niño, pero a pesar de que mi mundo parece sacudirse, me invade una gran calma, y desde el fondo del alma me sale una respuesta:

No llore, pa. Yo voy a ganar una Copa Mundo para usted, se lo prometo. (Camacho, 2004, p. 26).

Entonces Pelé no ganó una Copa del Mundo ganó tres y se convirtió en el más grande de la historia del fútbol.

Seguramente el momento más agónico de aquel partido no fue el último gol marcado por los uruguayos, sino más bien los once minutos restantes del partido, durante los cuales los brasileños buscaron desesperadamente el empate. Sin exagerar se puede decir que fueron los minutos más efímeros y dramáticos que recuerden los habitantes de ese inmenso país. Una lucha extasiante, una metáfora de la muerte.

Un partido de fútbol es más angustioso y dramático que otro juego cualquiera porque en él, el tiempo corre paralelo al tiempo de la existencia humana. La pasión que genera el fútbol hunde sus raíces en la oculta presencia de la muerte, que está presidiendo todos los actos humanos, cada vez que estos actos se miden con el paso del tiempo. De ahí esa angustia por el final de un juego de fútbol; de ahí, también, esa carga tensional cuando algo ayuda a eliminar la presión del tiempo (por ejemplo, una gran diferencia de goles, prácticamente imposible de remontar). Contraprueba de eso la proporcionan esos espectadores que cuando tal sucede, es decir, cuando por la seguridad de que el resultado ya está sirimido, comienza a desfilar antes de que termine el encuentro: ya no hay más que ver, porque ya el tiempo ha dejado de pesar aplastantemente sobre el resultado del juego. En realidad, estrictamente

hablando hasta el pitazo final del árbitro que dirige el encuentro, siempre hay más que ver, pero aquella actitud solo prueba que el interés esencial del espectador, más que el juego, es el resultado, y como quiera que este viene condicionado por el factor tiempo, despejado el mismo desaparece aquel interés, y el espectador siente que debe marcharse. Entonces, el tiempo real, el de la vida de cada espectador, y la de todos, recobra su pudor y autonomía: cada uno tiene de pronto que hacer, tiene que irse a casa, recoge a su mujer, tiene que pensar al menos en salir pronto del atolladero de automóviles estacionados en el gigantesco estadio. Ha desaparecido el tiempo real del encuentro y solo queda el no menos amenazante y no menos real tiempo de la existencia; sólo que con éste, el hombre tiene otros recursos para luchar o, al menos, olvidarse de él. (Nuño, 1990, p. 112).

En tal sentido agrega Valdano en conversación con Carmelo Martín (1996) que: *"El fútbol es un buen escenario para conocer al hombre"*. Las reglas del tiempo son las mismas: *"En fútbol, el reloj marca los mismos segundos que en la calle; el juego, como las personas, nace, transcurre y muere tiranizado por el tiempo"*. Solo acaso, un ligero matiz sobre la duración: *"En la lucha que el hombre tiene establecida con el tiempo, gana siempre el tiempo; en el fútbol también, pero antes que en la vida"*. (Op. Cit., pp. 55 - 56)

No es cualquier cosa el problema del tiempo. Cuando se habla de él en el fútbol, por supuesto no se pretende un metarrelato que justifique todas sus intenciones ideológicas, míticas o de fe. Juan Nuño, un intelectual serio, no habría perdido tiempo en sumergirse en las perplejidades del fútbol. Dice la biblia (1993) en Santiago capítulo 4, versículo 14: (...) *cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece.*

CONCLUSIONES

Esta tesis: Una hermenéutica del fútbol como fenómeno de la cultura, es un esfuerzo, o más bien un goce intelectual que equivale a miles de horas de lectura a lo largo de toda una vida. Pero no específicamente lecturas sobre el tema en cuestión, es decir, de “fútbol” o “hermenéutica”, sino sobre los más diversos temas que van desde la literatura pasando por el periodismo, el cine, el arte, la antropología, la farándula, la gastronomía, la política, el sexo, el deporte, en fin, una variedad incalculable de discursos y significantes con los que nos relacionamos a través de los libros y otros medios de comunicación para lograr una modesta percepción de la realidad, o de la irrealidad.

Sin embargo, eso no es lo más importante, sino el hecho de que esta investigación concentra todo un caudal de experiencias de vida inagotables, de vaivenes cotidianos y existenciales sin los cuales no hubiera sido posible construir este texto, que atendiendo los preceptos del filósofo francés Paul Ricoeur, no estará realmente concluido hasta que no encuentre un lector que ayude a su interpretación. Dice Ricoeur que “Una vez que este proceso se ha producido, también el texto entra en el ser íntimo del lector, transformándolo con la propuesta de mundo que presenta”.

O sea, que ésta es una investigación inacabada, quizás no en la información que ofrece, sino en el sentido temporal, porque cada vez que aparezca un curioso ella tomará una nueva dimensión y una nueva perspectiva, y así hasta el infinito. A menos que a algún piromaníaco se le ocurra que ella deba correr la misma suerte de Giordano Bruno.

De allí que, seguidamente enumeraremos algunas consideraciones que a manera de conclusiones, aclaren, o más bien sustenten los motivos que nos llevaron a hacer esta investigación que como señalamos en el primer capítulo, nació sin partera, y lo que es peor, en la soledad teórica casi absoluta, por cuanto existen muy pocas fuentes epistemológicas y referencias de estudio que estén estrecha y directamente referidas a un tema originalísimo como la hermenéutica del fútbol, ni siquiera en países con vasta tradición como Brasil o Argentina.

Creemos que este trabajo representa un modesto aporte para el doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Carabobo, y muy específicamente en el ámbito de los estudios culturales, por cuanto son pocas, o casi nulas, las investigaciones que se han hecho sobre el deporte, y específicamente sobre el fútbol, en una dimensión filosófica como fenómeno de la cultura. No en vano señala Eco, refiriéndose al fútbol, que las prosaicas nimiedades del día a día no suele ser objeto de reflexión por parte de los llamados “intelectuales serios” que han defendido con notable tenacidad sus razones para trazar una línea divisoria imaginaria entre la vida académica y la vida cotidiana.

Estimamos que este trabajo contribuya a que se valore al deporte como uno de los fenómenos más importantes de la cultura occidental. A valorar que la cultura griega nació y se desarrolló al calor de esta práctica social tan antigua como el hombre. Es que acaso no tiene importancia, que textos fundamentales, que al mismo tiempo facilitaron el puente hacia la literatura, como *La Ilíada* y *La Odisea*, de Homero, recreen al deporte como un tema recurrente desde la mitología hasta la historia.

Por supuesto que esta investigación no tiene grandes pretensiones teóricas, sino más bien que es una aproximación al abordaje de un tema como la hermenéutica del fútbol que seguramente continuará enriqueciéndose con el concurso de otros

investigadores, que seguramente se interesen por facilitar sus aportes, en el contexto de las ciencias humanas.

De lo que sí estamos totalmente convencidos es que quienes se acerquen como lectores a la tesis "Una hermenéutica del fútbol como fenómeno de la cultura", se sorprenderán de algunas perplejidades del fútbol, que quizás por ser tan evidentes siempre han quedado inadvertidas, por poca capacidad de asombro.

REFERENCIAS

- Aguirre, J., y Bisbal, M. (1981). *La ideología como mensaje y masaje*. Caracas: Monte Ávila.
- Apo, A. (2007). *Y el fútbol contó un cuento*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Apuleyo Mendoza P. (2002). *Aquéllos tiempos con el Gabo*. Barcelona, España: Plaza y Janés.
- Ariza J. (2003). *Literatura*. Bogotá: Intermedios Edif.
- Atlas Universal de Filosofía. (s/f). *Manual didáctico*. Barcelona, España: Océano.
- Benedetti, M. (1979). *La tregua*. Bogotá: Seix Barral.
- Blanco G. (2004). *La Vinotinto de Richard Páez*. Caracas: Biblioteca Últimas Noticias.
- Brito C. (2004). *Luz y sombra de la Gloria*. Caracas: Biblioteca Básica Temática CONAC.
- Bayon, J. (2006). *Hacia una Hermenéutica Crítica*. Madrid: Biblioteca Breve.
- Burns J. (1997). *La mano de Dios*. Buenos Aires: Planeta.
- Caillois, R. (1986). *Los juegos y los hombres*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Camacho, N. (2004). *Pelé, de la favela a la gloria*. Bogotá: Panamericana.
- Candal, L. (2002). *El Fútbol es risa y poesía*. Caracas: Eduven.
- Canetti, E. (2005). *Masa y poder*. Barcelona, España: De Bolsillo.
- Castro, R. (2006). *Estrela solitaria*. Sao Paulo, Brasil: Companhia Das Letras.
- Chapela, D. (1995). *El 11 de América*. Caracas: Fondo Editorial Cárdena Lárez.
- Colmenárez E. (1997). *El léxico del béisbol*. Caracas: Centauro.
- Cortázar, J. (2000). *La vuelta al día en ochenta mundos*. Tomos I y II. Madrid: Siglo

XXI Editores S.A.

Cuenca H. (1980). *Imagen literaria del periodismo*. Caracas: Edic. Biblioteca Central-UCV.

Díaz Castañeda, R. (2004). *Viaje al primer béisbol*. Caracas: Edic. Central Banco Universal.

Duvignaud, D. J. (1982). *El juego del juego*. México: Fondo de Cultura Económica.

Eco, U. (1986). *La tragedia de la ilusión*. Barcelona, España: Lumen

----- (1986). *El Mundial y sus pompas*. Barcelona, España: Editorial Lumen.

----- (2004). *Apocalípticos e integrados*. Barcelona, España: De Bolsillo.

El léxico del boxeo. Fragmento (1984). Caracas: UCV Facultad de Humanidades y Educación, Instituto de Filología “Andrés Bello”. UCV.

Ferrater, M. (1964). *Diccionario de Filosofía*. Buenos Aires: Sudamericana.

Fernández R. (1965). *Obras Completas de César Vallejo*. México: FCE.

Fernando, M.; Barato, N.; y Otero, F. (2009). *Sociología del deporte*. Buenos Aires: Alfaguara.

Foer, F. (2006). *El mundo es un balón*. Caracas: Randon House Mondadori.

Fontanarrosa, R. (1997). *Cuentos de futbol argentino*. Buenos Aires: Alfaguara.

Gadamer, H. (1995). *Verdad y Método I*. Salamanca, España: Ediciones Sígueme.

Galeano, E. (1968). *Su majestad el fútbol*. Montevideo: Bolisilibro-Arca.

Galeano, E. (1995). *El fútbol a sol y sombra*. Madrid: Siglo XXI.

García-Márquez, G. (2002). *Vivir para contarla*. Bogotá: Norma.

Gasdik, R. (2005). *La integridad del deporte*. Caracas: Aequitas, C.A.

González J. (2003). *El béisbol en Venezuela*. Caracas: Fundación Bigott.

Grass, G. (1999). *Mi siglo*. Barcelona. Alfaguara.

- Grosso, G. (2008). *Por amor a la camiseta*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Guillén N. (1973). *Obras completas*. La Habana: Instituto Cubano del Libro.
- Handke, P. (2006). *El miedo del portero al penalti*. Madrid: Santillana.
- Hemingway E. (1985). *Muerte en la tarde*. Bogotá. Seix Barral.
- Hernández Mendo A. (2003). *Deporte y Literatura: algunos versos*. Revista Digital. Buenos Aires - Año 5 - N° 22.
- Homero (1996). *La Odisea*. Madrid: Edaf.
- (1999). *La Ilíada*. Bogotá: Panamericana.
- Huizinga, J. (1972). *Homo ludens*. Madrid: Alianza Editorial.
- Letelier, H. (2006). *El fantasista*. Madrid: Santillana.
- Levinsky, S. (1996). *Maradona: rebelde con causa*. Buenos Aires: Corregidor.
- Lezama Lima, J. (1958). *Tratados de la Habana*. La Habana.
- Liendo, E. (2002). *El round del olvido*. Caracas: Monteávila.
- Maradona, D.A. (2000). *Yo soy El Diego*. Buenos Aires: Planeta.
- Maradona, D. A. (2000). *Yo soy el Diego*. Colombia: Editorial Planeta.
- Marías, J. (2007). *Salvajes y Sentimentales*. Barcelona: Ediciones de Bolsillo.
- Martí, J. (1963). *Obras completas*. La Habana: Editorial Nacional de Cuba.
- Martin, C. (1996). *Valdano, sueños de fútbol*. Barcelona, España: El País, C.A.
- Martin, G. (2009). *Gabriel García Márquez: Una Vida*. Bogotá: Mondadori.
- Maslow, A. (1943). *Una teoría sobre la motivación humana*. Madrid: Siruela.
- Meneses, G. (1990). *Campeones*. Caracas: Monteávila.
- Mérida, A. (2000). *Fuera de juego*. Madrid: Edaf.

- Mires, F. (1996). *La revolución que nadie soñó*. Caracas: Nueva sociedad.
- Monsiváis, C. (1995). *Los rituales del caos*. México: Nueva Era.
- Nuño, J. (1990). *La veneración de las astucias*. Caracas: Monteávila.
- Ortega y Gasset, J. (1983). *Obras Completas*. Vol. II. Madrid: Alianza Editorial.
- Orwell, G. (1984). *1984*. Barcelona, España: Desino Libro.
- Otero Silva, M. (2002). *Oficina N° 1*. Caracas: CEC.
- Pacanins, F. (1998). *El Libro del béisbol: Cien años de la pelota en la literatura Venezolana*. Caracas: CEC.
- Peirce, C. (1972). *Fenomenología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Píndaro, J. (2006). *Odas y fragmentos*. Caracas: El Perro y la Rana.
- Poli Delano. Hinchas y Goles: el futbol como personaje*. Fragmento. (1984). Buenos Aires: Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos.
- Popol Vuh, libro del común de los Quichés*. Fragmento. (1989). La Habana.
- Prats, L. (2010). *Crónica celeste*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Ricoeur, P. (2003). *Teoría de la Interpretación: Discurso y Excedente de Sentido*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Rosental, M. (2002). *Diccionario Filosófico*: Lima, Perú: Ediciones Pueblo Unido.
- Sábato, E. (2000). *Antes del fin*. Bogotá: Seix Barral.
- (2001). *La resistencia*. Bogotá: Seix Barral.
- Salcedo Ramos, A. (2011). *La eterna parranda. Crónicas 1997-2011*. Buenos Aires: Aguilar.
- Samper, D., y Gordillo, R. (2000). *Las leyes de fútbol*. Madrid: Planeta.
- Santaella, J. (2002). *Pie de atleta*. <http://www.comala.com>

- Savater, F. (2003). *Mira por dónde: Autobiografía razonada*. Madrid: Taurus.
- Scout W. (1962). *Principios de crítica literaria*. Barcelona: Laia.
- Sher, A. (2006). *La pasión según Valdano: Reportaje al fútbol*. Barcelona, España: Capital Intelectual.
- Silva, L. (1984). *La plusvalía ideológica*. Caracas: Universidad Central de Venezuela. Ediciones de la Biblioteca.
- Socorro, M. (1994). *Alfonso "Chico" Carrasquel, con la V en el pecho*. Caracas: Fundarte.
- Tatarkiewicz, W. (1997). *Historia de la seis ideas*. Madrid.
- Tratado de Nicolás Guillén. Obras completas*. Fragmento (1974). La Habana: Unión Edic.
- Trifonas, P. (2004). *Umberto Eco y el fútbol*. Barcelona: Gedisa.
- Torres, C., y Campos, D. (2006). *¿La pelota no dobla? Ensayos filosóficos entorno al fútbol*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Uslar Pietri, A. (1996). *La invención de América mestiza*. México: FCE.
- Valdano, J. (1998). *Cuentos de futbol. I y II*. Madrid: Grupo Santillana.
- Valdano, J. (1986). *Sueños de fútbol*. Madrid: Aguilar. Valdés, M. (2000). *Indagaciones Hermenéuticas*. Caracas: Monteávila.
- Vásquez Montalbán, M. (1998). *El delantero centro fue asesinado al atardecer*. Barcelona, España: Planeta.
- Villoro, J. (2006). *Dios es redondo*. México: Planeta.
- Vitoria Vera E. (2002). *En tres y dos*. Caracas: Pavilium.
- Virgilio (1992). *La Eneida*. Madrid: Aguilar.
- Vivaldi, M. (1986). *Curso de redacción*. Madrid: Paraninfo.
- Wolfe T. (1992). *La hoguera de las vanidades*. Barcelona: Anagrama.

Zárraga, R. (1978). *La última oportunidad del Magallanes*. San Felipe: Fondo
Gobernación del Estado Yzacuy.

----- (2004). *Versos del mal vivir*. San Felipe: Ateneo de San Felipe.

Zschirnt, Ch. (2004). *Libros*. Bogotá: Taurus.

